

JUGADORES DEL JUEGO DE LA GENTE

John Brunner

1

El aire era, literalmente, nauseabundo. Godwin Harpinshield se pasó la lengua por los labios y, al hacerlo, paladeó el polvo levantado por el ataque aéreo de la mañana que todavía no se había remansado. Y ahora, otra vez, en este mismo instante, las sirenas ululaban bajo el oscuro cielo de verano.

Sentía un ligero dolor en la pierna derecha, pero no era insoportable. Más bien, casi le parecía agradable, era un indicativo de que la herida sanaba. Llevaba encima demasiada ropa para un clima tan caluroso; dentro de los zapatos negros, fuertemente anudados, sus pies se cocían; en la cabeza llevaba una rígida gorra. Para ser precisos, vestía un uniforme de oficial de la RAF con—se miró las hombreras—galones de teniente de escuadrilla. En la parte izquierda del pecho se veían las alas de piloto. Se notaba las palmas de las manos pegajosas y también los dedos, pues llevaba unos guantes de cuero marrón que eran de uso obligatorio. El humo hacía cosquillear sus ojos y su nariz, pero a medida que caía la noche, una brisa perturbaba el tranquilo aire.

Desde su posición, no podía ver el sol, pues se encontraba de pie entre la doble hilera de casas, hechas en parte con ladrillo y en parte con tejas azules y amarillas, que habían conocido días mejores. Las ventanas estaban cubiertas con papel adhesivo marrón y los caminos de acceso a las casas estaban cubiertos por altas paredes hechas con sacos de arena de color caqui. Aquí y allá faltaban pedazos de los pisos superiores, como si un perro rabioso hubiera descendido volando y hubiera clavado sus fauces en lo que había confundido con comida, y después hubiera escupido el resto a la carretera. La gente, alertada por las sirenas, apagaba las luces y corría las cortinas. Ninguna de las farolas de la calle estaba encendida.

Un autobús de dos pisos, con los faros delanteros cubiertos, traqueteaba entre los montones de escombros. Godwin estaba en la parada, una instalación provisional situada en una calle tan estrecha que ningún transporte público la hubiera usado en circunstancias normales, aunque no hubiera ni un solo coche o una furgoneta aparcada en ella. La razón para tal cambio se aclaraba por las señales dispuestas en los dos extremos de la calle: PELIGRO—DAÑADO POR LAS BOMBAS—NO GIRE NI A DERECHA NI A IZQUIERDA.

—Oh, maldición—dijo una voz resignada—. Justo cuando aparece un Número Ocho.

Otras personas esperaban junto a él: una pareja mayor de aspecto cansado y dos quinceañeras con dientes como lápidas descoloridas.

Un caza nocturno dejó, sobre sus cabezas, un leve rastro de humo de este a oeste. Un foco de luz surcó el cielo formando grandes arcos. En algún lugar de su recorrido, iluminó el flanco plateado de uno de los globos de cortina, creando un fragmento de luna artificial. Por encima de las sirenas comenzó a retumbar el sonido de unos centenares de bombarderos.

—Ahí están otra vez—dijo una de las niñas, con tan poco énfasis como si hiciera un comentario sobre el tiempo.

Casi en el mismo instante, a lo lejos, hacia el este, se oyeron varias explosiones que provenían de las baterías antiaéreas emplazadas en Kent y el Medway. Aunque el autobús se detuvo, no lo hizo para recoger más pasajeros, sino para descargar los que llevaba. El conductor paró el motor y se tiró al suelo, maldiciendo. Aunque todavía no era un hombre maduro, parecía viejo. Su piel era rechoncha, testimonio de años de alimentarse a base de pan, mantequilla y bacon.

Los pasajeros descendieron del autobús quejándose, pero sin protestar. Media docena de muchachos y hombres mayores, ataviados con cascos de metal marcados por delante y por detrás con las siglas ARP, salieron de los portales cercanos. Las mismas iniciales, que en inglés querían decir "precauciones contra incursiones aéreas", podían verse en numerosos carteles que aconsejaban lo que se debía hacer cuando la Luftwaffe atacaba Londres. En una zona donde la mayoría de la gente apenas sabía leer, todos aquellos avisos eran totalmente inútiles. La gente corría de un lado a otro como hormigas asustadas a medida que salían a la carretera.

Haciendo bocina con las manos, los hombres de la ARP gritaron para advertirles que en la siguiente calle se había aclimatado un sótano para convertirlo en refugio oficial. Pero dirigirse hacia allí significaba encaminarse al este, hacia donde provenía el ruido del tiroteo y ahora, probablemente, de la primera andanada de bombas. Los guardias se vieron desbordados en cuanto los ocupantes de los otros edificios fueron apareciendo. Al principio salieron pocos; luego, una bandada de familias con niños pequeños, guiadas por mujeres, porque todos los hombres activos habían sido reclutados para la guerra, se precipitó hacia el que consideraban refugio más seguro de una estación de metro que había a unos pocos metros al oeste de allí.

Sabiendo cuándo estaban derrotados, los guardias intentaron al menos que los fugitivos mantuvieran el orden. Pero los chiquillos, sacados de la cama y obligados a salir a la calle en pijama o en ropa interior, se sentían asustados. Lloraban; algunos chillaban. La prisa amenazaba con convertirse en pánico. Aunque los guardias gritaron, no consiguieron que la multitud les obedeciera. Había demasiado ruido: el ulular de las sirenas como espíritus que condujeran una tormenta invisible, más explosiones, algunas de las cuales muy posiblemente provenían de las bombas lanzadas sobre el puerto de Londres. El rugido de los aviones enemigos resultaba casi ensordecedor (esta vez venían, aproximadamente, un centenar, y cada uno contaba con un par de motores de mil caballos). También se podía oír el silbato de la policía y las sirenas de los bomberos y las ambulancias, y el sordo retumbar de los edificios de ladrillo y hormigón que se venían abajo, derrumbados por la devastadora acometida.

Bruscamente, el cielo se iluminó de rojo, y, de inmediato, se oyó un estallido. Algo altamente inflamable había sido alcanzado: aceite, cera, incluso era posible que fuesen municiones. Cuando la gente llegó a la estación de metro, los chillidos de miedo se

redoblaron, dándose cuenta de lo estrecha que era la entrada y lo empinados que eran los escalones.

Al menos los empleados de la estación tenían la gentileza de no insistir en la tarifa del penique y medio de rigor por cada adulto, aunque se encontraban todavía de servicio. Algunas veces, guiados por su humanidad, el deber es más importante que lo establecido oficialmente. Esta gente, pensó Godwin con orgullo, jamás podría dirigir un campo de exterminio...

Pero la pura y simple buena voluntad no era suficiente; la multitud estaba a punto de convertirse en una chusma sin control. Si por casualidad alguno de los niños tropezaba, moriría pisoteado sin remedio.

Mentalmente, Godwin anotó la situación. El dolor de la pierna le indicaba una debilidad potencial, pues la herida había sido causada por una bala, aunque ya casi había sanado. Pero el hecho de llevar el uniforme que llevaba, y no cualquier otro, tendría que servir para algo. La publicidad había hecho que el mundo se familiarizase con el uniforme y las alas de la RAF; a pesar de que alguno lo mirase resentido, como si su presencia—un guerrero armado contra el enemigo—pudiera conjurar sobre esta calle una maldición que no recaería sobre las otras.

¿Qué está haciendo aquí en lugar de volar en su aparato y matar nazis?

Entonces experimentó la urgencia de tomar una decisión.

A unos pocos metros de distancia, una mujer con un abrigo gris que cubría su camión acunaba a un bebé e intentaba no perder de vista a tres niñas pequeñas, todas rubias y delgadas, víctimas de la desnutrición que había afectado al país durante la Depresión y que no había rectificado aún el racionamiento. Tal vez tenían tres, cinco y siete años, y miraban alrededor con ojos atontados y soñolientos, como si se preguntaran si todavía estaban en el país de los sueños, donde no hay que obedecer las órdenes de los padres.

El suelo tembló. Cascos de ladrillo y argamasa se desprendieron de las fachadas de los edificios colindantes. Con cada una de las bombas incendiarias que plantaban las semillas del infierno por toda la ciudad, el cielo se encendía más y más.

La gente que confluía en la estación se empujaba y se insultaba; dentro de unos minutos empezaría a pelearse. El miedo al fuego era uno de los más antiguos símbolos del terror; ¿que podría tomarse como símbolo de calma?

La niña de tres años serviría. En dos zancadas, Godwin se colocó a su altura, cogiéndola en brazos como si fuera su padre.

—¡Vamos, hombres!—gritó con el tono más militar que pudo.

Había algunos hombres apiñándose en las escaleras, y eran lo suficientemente viejos como para recordar la otra guerra.

—¡Las mujeres y los niños primero! ¡Tenga, asegúrese de que estas niñas están a salvo!

Le entregó la niña (no sin cierto alivio, pues sentía su pelo y sus ropas grasientas bajo su contacto) al hombre más alto que había a su lado en uno de los escalones inferiores, y se giró para recoger a la otra niña, a la hermana.

Funcionó. El pánico se contuvo. Primero pasaron a los niños por encima de sus cabezas—y algunos lloriquearon por ello, pero al menos no chillaron aterrorizados—, y el abigarrado grupo de gente se distendió a medida que los de abajo se dispersaban por los andenes y tranquilizaban a los más pequeños. Poco después, las mujeres pudieron seguir a los niños. Los hombres se hicieron a un lado para dejarlas pasar. Hubo algunas sonrisas, especialmente por parte de los celadores, que se alegraban de la valiosa intromisión de un miembro de la clase oficial, prueba renovada de que siempre era seguro confiar en un Caballero.

Más tarde, por supuesto, los descensos nocturnos a los refugios de Londres sería algo muy común, pero ahora era extraño e increíble que uno se encontrara en aquellos fríos andenes junto a vecinos que hasta ese momento eran extraños. Los alemanes acababan de volcar toda su atención en los campos de aterrizaje de las ciudades; el nombre "Batalla de Inglaterra" había sido acuñado recientemente. Era un verano maravilloso, y esas nubes de humo y aquellas espirales de polvo nunca deberían haberlo estropeado.

Algunos policías, que tenían órdenes expresas de Whitehall de impedir el acceso al metro durante los ataques, se sentían embarazados y se miraban a los pies sin hacer ningún movimiento por llevar a cabo sus instrucciones. En cuanto tenían una excusa para quitarse de en medio, como el sonido de la sirena de una ambulancia, suspiraban agradecidos y desaparecían.

—Muchas gracias, señor—dijo un celador por debajo del ribete de su casco—. Necesitábamos a alguien que se hiciera cargo.

Se movió ligeramente hacia un lado para dejar entrar a los más retrasados; ahora un grupo regular y controlado bajaba por las escaleras, y alguien intentaba entonar una canción de coro con "Roll Out the Barrel".

—Anoche—continuó—, mi mujer se cayó y se rompió un brazo. No habría sido mucho peor si los nazis la hubieran atrapado—añadió, en un vano intento de recuperar el sentido del humor—. ¿Es usted de por aquí, señor?

—Mis padres lo eran—dijo Godwin, sin mirarle—. Como puede ver, estoy convaleciente de una herida. Hoy vine a visitarles, pero cuando llegué aquí, sólo encontré ruinas—dijo, encogiéndose de hombros.

—Son unos bastardos, ¿verdad?—dijo el celador con inusitada pasión—. Unos malditos bastardos. Bien, creo que ya podemos bajar y reunirnos con los demás.

Estas últimas palabras no llegaron a los oídos de Godwin, aunque los dos así lo hicieron. Una andanada de bombas fue lanzada por un avión desviado de la ruta que seguía el grupo principal, quizá evadiendo uno de los focos o cazado por uno de los pocos pilotos que la RAF podía arriesgarse a enviar contra los atacantes durante la noche. El sonido era como el aplastar de las botas de un gigante al caminar por encima de las frágiles creaciones de la humanidad.

—¡Abajo!—gritó Godwin, y se arrojó al suelo, arrastrando con él al celador.

Una detonación sacudió el aire, e incluso antes de que sus torturados oídos se recuperaran del impacto, pequeños fragmentos de mampostería salpicaron sus cuerpos. La bomba había caído a unos cincuenta metros de distancia, probablemente en la calle de donde la multitud había escapado hacía escasos minutos.

El rumor de las paredes al desplomarse fue seguido por un grito.

—¡Greer! ¡Greer! ¿Dónde está mi Greer?

Subiendo las escaleras, esta vez sin el bebé, estaba la madre de la familia a la que Godwin había ayudado. Se agarró a su brazo, sollozando.

—¡Greer, mi hija mayor!—farfulló—. Myrna, Bette y Merle están aquí, pero ¿dónde está mi Greer? ¿Dónde está mi hija? ¡La desperté. juro que lo hice, pero estaba en otra habitación y...! ¡Ohhh!

Un sollozo deshizo la coherencia de sus palabras.

Simultáneamente, el sonido de desplome, mezclado con el siseo de una instalación de gas ardiendo, indicó que un bloque de pisos acababa de ser destruido, tal vez el suyo.

—Yo la encontraré—prometió Godwin, y saltó sobre sus talones, olvidando por completo el dolor de su pierna herida.

—¡Alto! ¡Alto!—gritó el celador, que era de mediana edad y estaba exento del servicio militar.

Tras una breve pausa en la que pensó si era correcto dirigirse así a un oficial, añadió:

—¡Maldito loco!

Para entonces Godwin ya había llegado a la esquina. Excepto correr tras él, no había nada que pudiera hacer para detenerle.

El cielo se tornó aún más rojo, el aire se hizo más sucio y el mal olor más penetrante. Y los horribles y amenazantes *crump-crump-crump* se multiplicaron cuando los pájaros de metal arrojaron su carga de destrucción sobre lo que, una vez, había sido la ciudad más próspera del planeta.

Las finas suelas de cuero de los zapatos de Godwin le permitían darse cuenta de todas y cada una de las irregularidades de la calzada. Sus pantalones eran de un material grueso que le quedaba ajustado a las pantorrillas; en algún lugar del camino, había dejado caer los guantes. La ropa interior le apretaba la entrepierna, y aquella estúpida gorra intentaba desprendérsele de la cabeza, aunque se las arregló para mantenerla en su sitio hasta que llegó a la calle donde se encontraba la parada del autobús. Al tropezar con un bloque de escombros que no había visto, la perdió y además aquel tropiezo no le hizo ningún bien a su pierna herida.

Aun así, consiguió levantarse y contemplar el escenario que le rodeaba.

La bomba había caído, no en la casa de donde había salido la familia con nombres de estrellas de cine (¿cómo se llamaría el bebé? ¿Cary? ¿Gary? ¿Van?), sino justo en el tejado del edificio de al lado, y había estallado al contacto con el suelo. Las paredes que habían sido destrozadas se desplomaban sin sentido a su alrededor, crujendo y lanzando al aire una lluvia de polvo. Dar un solo paso adelante resultaba una empresa imposible, no sólo porque los cristales y los ladrillos crujían con cada movimiento y le traían a la memoria la imagen del gigante (aunque el avión se alejaba ya, aliviado de su carga de bombas), sino porque aquellas altas fachadas de mampostería habían sido construidas precariamente, ya que la seguridad había sido cambiada por algo aleatorio, peligroso, imprevisible de razonar y comprender...

Godwin no se había sentido tan excitado en toda su vida.

Una pared en concreto parecía a punto de derrumbarse: la parte frontal del edificio donde se escondía la pequeña Greer, si es que aún continuaba con vida. Además de haber perdido todos sus ornamentos, estaba resquebrajada por grandes grietas de tamaño irregular que brotaban de las esquinas de la puerta y las ventanas. Estaba oscuro. La oscuridad apestaba. El seco aire reseca de tal manera la boca, la garganta y las entrañas a Godwin Harpinshield que se sintió como si estuviera cantando en una ópera pasada de moda uno de aquellos insoportables cánticos agónicos contra el bajo continuo de las bombas que caían y los edificios que se desmoronaban en la atormentada ciudad.

Atrapado por la experiencia, era una mariposa prendida sobre el mustio y desnudo tablero del tiempo.

Un estallido, o un haz de luz rebotado de los focos, inundó el mundo de blanco. De repente, con toda claridad, vio a la niña en la entrada del camino cubierto por los sacos de arena. Unos brazos esqueléticos sobresalían de un camión de algodón que le quedaba demasiado pequeño; la niña tenía los ojos y la boca abiertos en redondo y gritaba aunque, obviamente, el espantoso fragor se tragaba el sonido. En ese momento, el edificio adyacente comenzó a arder de arriba abajo, y las llamas crepitaron como el siseo de un dragón acercándose a su presa. Costaba trabajo respirar el oxígeno que se quemaba en el aire.

Tranquilo, Godwin calibró sus opciones mientras avanzaba entre los pilares de escombros. Era difícil, pero no imposible. Firme en su decisión, corrió hacia adelante igual que un jugador de rugby, sorteando los obstáculos como si fueran defensas del equipo contrario. Las paredes, a su derecha e izquierda, empezaron a temblar, desprendiendo ladrillos a su paso.

—¡Alto! ¡Deténgase, señor!—aulló el celador que le seguía, invocando la razón más poderosa que conocía, su estatus social.

Godwin no le hizo caso. Aunque a cada nuevo paso la pierna le dolía más, aguantaría. Greer se precipitó a su encuentro. La tomó en brazos, dio la vuelta y regresó corriendo por donde había venido, llevándola como si fuera tan liviana como un balón de fútbol. Ahora sólo le separaban unos veinte metros, tal vez menos, de la esquina...

El impacto de otra bomba, caída a una o dos calles de distancia, fue demasiado fuerte para que las paredes del edificio en llamas lo soportasen. Un torrente de chispas y llamaradas brotaron del primer piso, y se abrió una enorme boca entre los ladrillos.

—¡De prisa!—gritó el celador.

Godwin se lanzó hacia adelante como si se acercara a la línea de gol, arrojando a la niña fuera de su alcance. No fue lo bastante rápido para salvarse. Una andanada de mampostería le golpeó en el brazo derecho y sintió cómo los huesos chasqueaban. Pero antes de que el dolor le hiciera perder el conocimiento, pudo darse cuenta de que había salvado a la niña que, ahora lo advertía, no tendría más de diez años y le miraba con sus oscuros ojos muy abiertos, casi hambrientos, como si intentase devorar la imagen misma de su salvador.

También estaba allí, junto con su madre, sus hermanas y el bebé, entre la multitud que se apretujaba en la acera para ver la llegada de los héroes a la investidura real la semana siguiente. Las altas cancelas de hierro del palacio habían sido derribadas para construir con ellas material bélico, pero los ciudadanos leales no habrían soñado a aventurarse en los terrenos del palacio sin una invitación previa.

Al marchar formalmente a la llamada de su nombre y saludar de manera un tanto incómoda con el brazo izquierdo, porque tenía el derecho en un cabestrillo, Godwin pensó que era curioso y también algo decepcionante que este rey no fuera todo lo majestuosamente alto que los niños desearían, su estatura era media, y que la reina tuviera ese aspecto de ama de casa... Pero recordaría siempre como un tesoro aquel instante en que aquellos dedos finos e inseguros alzaron la Medalla George (el nombre de un santo y también el del propio rey) del cojín de terciopelo rojo y la colocaron bajo los galones y condecoraciones de los que no se había desprendido, aunque llevaba el uniforme de comandante de las Reales Fuerzas Aéreas.

—Mi enhorabuena, comandante de escuadrilla—dijo. El ascenso había sido publicado mientras Godwin estuvo en el hospital—. Por cierto, su nombre es algo peculiar. ¿Irlandés?

—Sí, Majestad. Siempre hemos dicho, perdonadme, que descendemos de los Grandes Reyes de Erin.

Aquello provocó una sonrisa.

—¡Una casa más antigua que la mía, y cuyos miembros tuvieron el buen sentido de dedicarse a los negocios antes que se inventara la guerra moderna!

Por todo el mundo era conocido que en el palacio había una pequeña factoría donde el propio rey fabricaba bombas y granadas.

—Tengo entendido que, en un reciente ataque, perdió a sus parientes—continuó el rey, tras un momento de duda.

—Sí, Majestad.

—Lo lamento de veras.

Una pausa. Había más gente esperando, así que era el momento de dar un paso atrás y saludar de nuevo con la mano izquierda. Distraídamente, el monarca le devolvió el saludo. Había otra medalla sobre el cojín de terciopelo; anunciaron otro nombre. Se había acabado.

Pero, naturalmente, tenía que hacer que pareciera mucho más dramático ante los ojos de la señora Gallon y sus niños y de todos los otros desconocidos que se agolparon a su alrededor cuando salió a la calle. Las niñas llevaban puestas sus mejores ropas, aunque resultaba penoso verlas, pero al menos habían sido restregadas cuidadosamente y su pelo limpio brillaba al sol, haciéndolas compartir una belleza que resultaba difícil reconocer entre los cansados rasgos de la madre. Les contó lo sucedido en la ceremonia con todo lujo de detalles inventados pues, en realidad, no había prestado demasiada atención al mobiliario o la decoración de la sala; se había limitado a mirar al rey y a la reina.

Finalmente, dijo que tenía que marcharse. Saludó a la señora Gallon, que le sonrió y se sonrojó, y acarició la cabeza de cada una de las niñas, dejando a Greer para el final. Pero eso a la pequeña no le parecía suficiente. Le agarró la mano, obligándole a agacharse, le agarró por la base del cuello y le sorprendió con su precocidad al besarle en la boca e introducirle la lengua entre los dientes.

—¡Greer!—dijo su madre, horrorizada—. ¡No debes hacerle eso al caballero! Lo siento, señor... Es un auténtico diablo. De verdad que no sé de dónde aprende esas cosas.

Pero lo último que Godwin deseaba era que la niña se detuviese. El contacto era increíblemente erótico; la sensación bajó por su espina dorsal como una descarga eléctrica, sacudiendo todos sus reflejos.

Tenía que detenerse. Imaginó los titulares de los periódicos del día siguiente hablando de un asalto indecente a plena luz del día. No tendría ninguna importancia que fuera ella quien lo había cometido.

Se contentó con pasar una sola vez su lengua sobre la de ella, lo que convenientemente anuló un rastro de saliva que, de no ser así, habría brillado en su barbilla (y entonces recordó irrelevantemente que se suponía que llevaba bigote). Levantó a Greer con un brazo y la depositó nuevamente en el suelo.

Pensó en la posibilidad de infección y en el incontable número de muchachas de esta generación a quienes les regalarían un juego de dientes postizos al cumplir los veintiún años.

—¡No se preocupe, señora Gallon!—dijo en el tono más tranquilizador que pudo—. Estoy seguro de que lo ha hecho por puro afecto. Cuídate, jovencita, y algún día harás a un hombre extremadamente feliz, estoy convencido. Y ahora...—Miró alrededor—. Tengo que marcharme. ¡Ahí viene mi autobús!

Todos sabían que, con los tiempos que corrían, los autobuses eran demasiado puntuales como para permitirse el lujo de perderlos. Era la excusa perfecta. Se marchó.

Al volver a casa, aterrizó su Fouga Magistère (su favorito entre los aviones supersónicos de dos plazas) en el aeródromo de Stag Lane y se dirigió al centro de Londres en su Lamborghini Urraco. Un programa de *reggae* en la radio le sirvió para distraerse de los ocasionales atascos del tráfico, pero, como siempre, hizo un promedio excelente; incluso los conductores mas audaces parecían reacios a jugar con una máquina de tanta potencia. Dejó el automóvil en el garaje de siempre para que se lo lavaran y pusieran a punto. El resto del trayecto lo hizo a pie, alzando el cuello de su gabardina contra la lluvia, resguardando cuidadosamente su medalla y el recorte de periódico que la autentificaba.

Al llegar a la esquina de su calle, advirtió que no había aparecido nadie para llevarse el Jaguar Mark X que había dejado en la acera cuando se quedó sin gasolina... ¿Cuánto hacía de eso? El suficiente para que envoltorios de helados, bolsas de papel y latas de refrescos vacías se hubieran acumulado entre las ruedas. Los parabrisas y retrovisores estaban destrozados, y los chiquillos habían intentado prenderle fuego empleando una caja de cartón colocada debajo del tanque de combustible, pero como el tiempo entonces era demasiado seco, solamente habían conseguido chamuscar un poco la pintura.

Lástima.

La lluvia arreciaba y el viento era gélido. En cuanto llegó al piso superior de la casa donde tenía alquilada una habitación, se dio cuenta de que lo que realmente necesitaba era un poco de sol y calor. Aunque cerró cuidadosamente la puerta, de hecho, la vieja propietaria de la casa, aficionada a la ginebra, a quien podía oír riendo las gracias de un programa de televisión, no le habría interrumpido sin permiso, pues ésa era una de las condiciones del contrato entre ambos.

Se quitó el sombrero de tweed Dunn's y su gabardina Gannex (llamada así en honor a un reciente primer ministro). A continuación hizo lo mismo con el jersey, los tejanos, las botas y los calcetines. Se sirvió un buen trago de tequila José Cuervo, añadiéndole sal y limón, mientras se encaminaba a la ducha. Cuando por fin salió, lo último que deseaba era volver a vestirse por el momento, sintió hambre. Con la cabeza todavía mojada, se tumbó al sol y comió una o dos lonchas de salmón ahumado con ensalada, acompañándolas con cerveza. Satisfecho, encendió un puro El Rey del Mundo y trató de decidir el lugar de la vitrina de recuerdos en el que colocaría la Medalla George y el recorte de papel fechado el 20 de septiembre de 1940, dos columnas situadas bajo una cabecera corriente que decía: **HÉROES LOCALES CONDECORADOS EN PALACIO**. En la columna de la izquierda se hacía una descripción de la ceremonia, con una lista de nombres, mientras en la de la derecha había cuatro fotografías tamaño carné, la segunda de las cuales rezaba Sgn. Ldr. G. Harpinshield, G. M. El parecido era excelente. El fotógrafo se había esmerado en captar el contraste entre sus rasgos pálidos, su cabello y sus ojos negros.

Finalmente, decidió que la medalla estaría mejor junto a la Copa Schneider y la colgó allí, con la intención de pegar al lado el recorte.

Sin embargo, curiosamente, cada vez que miraba el recorte se sentía incapaz de apartar de su memoria el recuerdo de la niñita rubia que le había besado con una desproporcionada habilidad dada su corta edad. La asociación erótica fue tan fuerte que, inconscientemente, dirigió la mano a la entrepierna.

Antes de decidirse por colgar el recorte o masturbarse, bostezó. Se sintió extenuado, lánguido. No era extraño que le sucediera eso inmediatamente después de recibir una de sus recompensas.

Sin embargo, no merecía la pena intentar reprimirse, al menos así lo creía. De hecho, nunca había realizado tal intento y, posiblemente, no lo haría nunca. Siempre se permitía un pequeño margen, esta vez lo empleó para doblar cuidadosamente el recorte, introducirlo en un sobre y guardarlo. Era todo cuanto le daban. Resignado, apagó las luces de la habitación.

Rodeado ahora por paredes recubiertas de un descolorido papel pintado, con telarañas en las esquinas y una pátina de grasa en el fregadero que servía también como lavabo, se tumbó en la cama estrecha, incómoda y sin hacer, y cerró los ojos.

Era el momento de pagar.

Cuando despertó, ya era sábado. La cabeza le dolía de tal manera que le hacía pensar en bombas cayendo y en una niña de pelo rubio revuelto. Tenía una amarga sensación en la boca y el estómago, como si hubiera pasado cuarenta y ocho horas de profunda autoindulgencia y haber comido, bebido y fumado en exceso. Sin ni siquiera molestarse en encender las luces de la habitación, se dirigió al cuarto de baño, allí orinó y se cepilló los dientes con tanta fuerza que se lastimó las encías. Acto seguido, se tomó una taza de café solo y, por fin, empezó a sentirse un poco mejor, a excepción de las magulladuras y las lesiones.

Al verse reflejado en el espejo de la habitación, hizo una mueca. En lugar de los treinta y dos años que había escogido, parecía tener cincuenta años. Así que tendría que ir a visitar a Irma. No necesitaba cita previa, le atenderían inmediatamente. Nunca resultaba agradable, pero en su mente bullía la sensación de que esta noche tendría una misión que realizar: una de esas misiones en las que era tan bueno. Aunque hubiese preferido haberse marchado a las Bermudas o al Caribe para recuperarse de lo que le habían hecho a su cuerpo, después de todo tenía la Medalla George.

Estaba bien.

Encendió las luces, se dirigió al armario y encontró ropas adecuadas: una chaqueta blanca cruzada con rayas doradas, pantalones negros, botas negras con anchas suelas elásticas. En la mesa colocada junto a la enorme y circular cama de agua había unas gafas oscuras y la llave de una habitación del Hotel Global en Park Lane.

Cuando salió, la habitación se cerró automáticamente. Fuera, el día estaba encapotado y húmedo. Un puñado de chiquillos, dos negros y cuatro blancos, habían hecho del Jaguar Mark X su lugar de recreo tras haber forzado las puertas. Oh, bien...

Cuando llegó al final de la calle se dio cuenta de que había olvidado afeitarse, pero debería de haber una razón para ello: estilo, moda...

Siempre había una razón para todo cuanto hacía, lo entendiera o no.

Como era de esperar, no había ninguna señal de que aquí, en una de las direcciones más de moda de Bond Street, fuera donde la Gente Guapa gastaba la mayor parte de su dinero en serlo. Los contactos de persona a persona servían infinitamente mejor para mantener y satisfacer las ambiciones de Irma.

Con el día que hacía, nadie sino uno de sus más antiguos conocidos (¿amigos?, de alguna manera aquel concepto sonaba falso, pero estaba allí) podría haber llegado hasta allí para requerir sus servicios. Sin embargo, ella estaba esperando a Godwin. Se conocían desde hacía mucho tiempo, desde hacía tanto que era preferible no contar los años.

Ella le vio llegar desde el segundo piso, donde llevaba a cabo su negocio. Era una mujer hermosa, de cara cuadrada y cabello platino que había decidido aparentar cuarenta años y clamaba tener cincuenta en honor a Signe Hasso en L'Eternel Retor, que era, de hecho, el nombre de su tienda. Su hobby, que databa del tiempo en que trabajaba como lectora en la universidad, era el cultivo de plantas exóticas. En la actualidad, tenía una especie que brillaba con un bonito tono verde cada vez que decidía cruzar la calle en busca de otro asentamiento. Había dispuesto una docena de macetas con tierra fuera, y mecanismos electrónicos que provocaban la respuesta. Cuando Godwin entró, tres de aquellas cosas (regordetas, delicadas, como cactus, pero luminosas y bastante más exquisitas) iban de camino a plantarse en otro sitio. La primera era de un tono rojo rubí, la segunda amarilla y la tercera con un azul vibrante.

—¡Tiempo perfecto!—aplaudió Irma cuando Godwin entró—. ¿No te parece que son encantadoras?

Hablaba con un especial fervor. Por razones obvias, casi ninguno de sus clientes podía ver y admirar sus tesoros, y la visita de alguien a quien se le permitía presenciar sus logros tenía que ser explotada al máximo.

Sin embargo, Godwin se sentía dolorido de la cabeza a los pies. Con lo que quiera que su cuerpo se hubiera tenido que enfrentar recientemente, había requerido un gran esfuerzo y desgaste de sus recursos.

—Sí, muy bonitas—dijo mientras se quitaba la ropa y se preparaba para tumbarse ante la máquina que Irma preparaba—. Pero ¿qué les pasó a las plantas regulianas que tenías antes?

—¡Rigelianas!—corrigió ella, empujándole firmemente con una mano para que se colocara en la posición correcta sobre la ancha, blanca, fría y muy dura mesa—. Sí, a su estilo estaban muy bien, pero no podían soportar el nitrógeno... ¿O era el monóxido de carbono? No, esas eran las que tuve antes... ¡Oh, no importa! Estas son encantadoras, ¿verdad?

—Maravillosas—dijo él, con fingido entusiasmo, cerrando los ojos—. ¿De dónde son?

—Oh, no lo sé. Supongo que de algún lugar interesante. ¿Qué te has estado haciendo?—preguntó mientras probaba la textura de su cuerpo—. Espero que te hayan concedido mucho tiempo, porque ni en lo más remoto pareces tener tu edad.

Se resignó ante aquel sarcasmo; se lo merecía. Era el talento de Irma el que debía encargarse de corregirlo para que cada vez que saliera de allí pareciera exactamente alguien de treinta y dos años. Por supuesto, él no era el único que recibía aquel tratamiento.

Como siempre, en cuanto ella se puso manos a la obra, se sintió mejor. Cuando comenzó a remover la grasa superflua, Irma empezó a canturrear, y cuando llegó el momento de borrarle las arrugas (no sólo las de la cara, sino de cada palmo de su piel) ella se sentía lo bastante alegre como para iniciar una conversación de cotilleo.

—¿Sabes quién estuvo ayer aquí? ¡Bruce Bastardo, de los Claimjampers! Ya sabes, ese grupo de sick-rock del que ahora todos hablan. ¡Estaba hecho polvo! Te aseguro que no sé cómo se las arreglan para arruinarse el cuerpo en tan poco tiempo. Claro que si tuvieran guía...

Mientras tanto, ella reajustaba sus cabellos para que correspondieran con la moda actual y le deshidratava de un kilo de líquido superfluo. Godwin podía sentir la sensación tintineante cuando salía de sus poros, llevándose la fatiga acumulada en torno a sus lesiones y magulladuras. Se relajó y, a pesar de la incomodidad, empezó a sentir simpatía hacia ella. Casi afecto.

—Supongo que tienes que mantener el nivel de diecisiete cetosteroides, pero eso le sienta fatal a tus folículos—dijo, suspirando al comprobar su nivel hormonal.

Suspirar con fuerza era una de sus habilidades menores. Pero él la toleraba, como hacia con su creencia en lo de ser guiado apropiadamente. Después de todo, era una manera tan buena como cualquier otra de definirlo.

—Ahora vamos a ver ese ojo derecho—continuó, retirando una de las máquinas y acercándole otra que enfocó una luz verde en su retina—. Ya me lo imaginaba, todavía un poco flojo. Será cuestión de un momento... Por cierto, ¿qué es de tu vida?

—Oh, nada fuera de lo común.

No merecía la pena hablar de ello a menos que hubiera personas a las que poder contárselo, y éstas eran tan pocas que fue al asunto directamente.

—Gané una Medalla George por rescatar a una niña durante la segunda guerra mundial. Le salvé la vida.

—¿Sí? ¡Siempre supe que lo harías! Vaya, vaya, de modo que por fin ganaste una medalla. ¿Te la entregó el rey en persona?

—Sí. ¿Quieres que te enseñe el recorte de prensa donde está escrito?

Ya al contarle por primera vez parecía algo remoto e irrelevante. El ojo ya estaba bien, y todo en la habitación, incluyendo los reflejos color ámbar, rojo y naranja en los azulejos provocados por el desplazamiento de las plantas de una maceta a otra, se veía desenfocado. Sabía que, a continuación, una serie de agujas probarían los músculos de los hombros y el cuello, eliminando placas reumáticas, y después de eso ella le pondría al día. Irma era invariablemente meticulosa. Cada vez que salía de allí tenía exactamente el mismo aspecto de un hombre de treinta y dos años contemporáneo, aunque no siempre la experiencia era agradable.

—¡Una Medalla George!—repetía ella, como para saborear el hecho—. ¡Vaya! ¡God, apuesto a que te gustaría poder contárselo a todo el mundo!

La idea era tan absurda que le resultó incómoda. Giró el cuello para que ella pudiera introducir las agujas y vio otra vez las plantas.

—Son realmente muy hermosas—dijo, haciendo un esfuerzo—. ¿De dónde dijiste que proceden?

—Oh, creo que de uno de los planetas de Sirio—respondió ella, ausente—. Espera un segundo. No te muevas. No respires. Ya está. Sí, de Sirio o de uno de esos sitios. Pero deberías ver las grandes que tengo en casa. ¡Son más altas que yo y realmente hermosas! Deberías dejarte caer por allí de vez en cuando. ¿Qué te parece esta noche?

Ambos sabían cuál iba a ser la respuesta, pero él se alegró de poder ser sincero esta vez.

—Me temo que no. Me han llamado.

—Ya veo. Por eso estás aquí, ¿no?—dijo ella con un tono de fingida indiferencia—. Muy bien, se acabó tu reuma. Ahora nos encargaremos de tu cara y tus manos, y habremos terminado.

La voz la traicionaba. Debía de haber pasado mucho tiempo desde la última vez que la habían llamado. Estaba claro que no disfrutaba de un retiro. Era más, dado que ambos habían empezado casi al mismo tiempo...

Ella lo encaró bien y, al cabo de un momento, al reorganizar sus cejas, añadió:

—Voy a ganar un trofeo en la Muestra Floral de Chelsea, ¿sabes? Por los gladiolos, creo. Y mañana, quiero decir el lunes, ¿a que no adivinas quién va a venir a verme por primera vez? ¡Candida Bright! ¡Ya sabes, la actriz que este año ha ganado el premio de interpretación de la ITV!

—¿Cuándo?

—Oh, creo que el mes pasado. Salió en los periódicos.

—No, me refiero al trofeo.

—Espero que pronto—dijo.

Incluso antes de que las palabras fueran pronunciadas, Godwin se dio cuenta de lo falsas que eran. Ella dio un paso atrás y le indicó que ya podía levantarse y vestirse. Eso provocó una sonrisa. Le acompañó personalmente hasta la puerta y le besó en las dos mejillas antes de dejarle salir a la calle.

—Recuerda lo que dije sobre dejarte caer alguna vez, ¿quieres?—dijo Irma cuando él ya se perdía.

Eso le obligó a darse la vuelta, saludar con la mano y mirarla de nuevo. Hubiera preferido no verla tal como era con las defensas bajas: como otras personas no tenían el privilegio de verla, como ella misma no podría verse nunca.

Para aquella visión interior había también, por supuesto, una razón.

Una apropiada advertencia.

Aunque la noche era fría, al menos no llovía. Godwin condujo el Urraco hasta el aparcamiento subterráneo de Park Lane y lo dejó allí, haciendo tintinear la llave del hotel que había encontrado. Al cruzar la calle se dio cuenta de que las fulanas y los mendigos se dedicaban aquella noche con todas sus fuerzas a su negocio, aunque el tráfico fluía con tan poca intensidad como de costumbre. Media docena de parejas de policía—hombre y mujer todas ellas—intentaban evitar que la gente se fuera con ellas a la

cama, pero aquél era un trabajo igual que pintar el puente de Forth. Limpio un sitio, la porquería se rematerializaba, apenas un instante más tarde, en otro.

Uno de los conserjes que cumplía su servicio delante del Hotel Global, al ver que se aproximaba, reaccionó alerta.

—¡Buenas noches, señor!—saludó, mientras se dirigía hacia las puertas automáticas para ahorrarle a Godwin el trabajo de empujarlas él mismo.

—Buenas noches, esto...—dijo Godwin, y deslizó una libra en el guante blanco del hombre.

—¡Jackson, señor!

—Gracias, Jackson.

Entró en el recibidor, que a aquella hora estaba lleno de clientes cuidadosamente vestidos para pasar una noche en la ciudad. Reconoció a algunas personas, los nombres de las cuales le resultaban familiares (actores, políticos, hombres de negocios). Aunque no recordaba haber estado allí antes, también él fue reconocido. Pero así eran las cosas en su vida.

—¡No hay mensajes, señor!—le dijo la muchacha de recepción guiñándole un ojo—. Pero reservé su mesa en nuestra discoteca. Se abre a las diez.

—Gracias, Molly—dijo él, tras leer su nombre en la tarjeta identificadora que llevaba prendida en la camisa, y dejó discretamente otra libra sobre el mostrador.

Al darse la vuelta divisó una cabeza rubia sobre una espalda musculosa y, por un momento, imaginó..., pero no. Pertenecía a un hombre joven; cuando éste se giró, vio que llevaba barba. Además, ¿por qué tenía que prestar atención a ese tipo de cosas?

Todo el personal que encontró camino de su habitación (el posesivo le resultaba significativo), le reconoció. Al entrar en ella, descubrió que le aguardaban una botella de champaña y una cesta de frutas. La tarjeta que completaba el lote anunciaba que venían con los cumplidos de la casa.

Asintió pensativamente, aprobando todo lo que aquello implicaba. En los primeros días, había habido desastres que evitar; a medida que el tiempo pasaba, este tipo de cosas se habían vuelto más y más típicas. Uno iba adquiriendo la habilidad que da la práctica, o quizá se debía a algo completamente distinto. No había manera de saberlo, así que no merecía la pena preocuparse por ello.

Llamó al servicio para pedir caviar, un filete poco hecho y una ensalada mixta. Comió tranquilamente en su habitación, sin tan siquiera probar el champaña. Solamente podía beber en la seguridad de su propia casa, pero probó la fruta y la encontró deliciosa.

Encendió otro de sus puros y bajó a la discoteca del hotel pocos minutos después de las diez.

A esta hora tan temprana, la discoteca, a excepción del personal, se encontraba casi vacía. El techo estaba lleno de espejos que proyectaban ángulos absurdos. Las sillas y las mesas se agrupaban formando una herradura. En el centro había una burbuja de grueso cristal, constantemente en movimiento, sobre la que se reflejaban luces que cambiaban de color insistentemente. Una barra se extendía a lo largo de una pared, y en ella se sentaban unas cuantas prostitutas de aspecto aburrido, presumiblemente toleradas por la dirección porque reportaban una parte de sus ingresos. Realmente, parecían maniqués en un escaparate. El disc jockey tenía aspecto aburrido y apilaba sus cintas y sus discos; los camareros bostezaban como si se hubieran acabado de levantar; las mujeres estaban demasiado pintadas, como si esperaran ser vistas en un escenario desde el otro lado de las luces y no de cerca. Una muchacha, delgada y huesuda, giraba y revoloteaba en la pista, era como una moneda bailoteando sobre una bandeja.

—Ah, buenas noches, señor—dijo una camarera—. Le hemos reservado la misma mesa de anoche y anteanoche. Me temo que no le esperábamos tan temprano, por eso no tenemos el champaña a punto.

—Coca-Cola—dijo él.

Ella parpadeó. Era bonita, joven, de pelo castaño.

—Coca-Cola—repitió.

Ella se encogió de hombros y no dijo nada, se dio la vuelta, suponiendo (por supuesto) que él conocía cuál era la mesa que tenía reservada.

Godwin no se movió de donde estaba, miraba a su alrededor, preguntándose para qué estaba allí. En líneas generales por supuesto que lo sabía, pero le faltaban los detalles. No podía hacer otra cosa sino esperar.

La muchacha regresó con la Coca-Cola y la enorme carta que le entregó tras acompañarle a su mesa. Él miró muy por encima el menú y pudo darse cuenta de que la comida que ofrecía era extremadamente simple (hamburguesas, pizzas), pero a precios exorbitantes, nada que pudiera preocuparle. Casi inmediatamente se la devolvió, negando con la cabeza.

—Ya he comido—murmuró, y se echó hacia atrás para saborear el cigarro.

Completamente aturdida, le miró, se encogió nuevamente de hombros y se marchó. Poco después, la vio hablando con el jefe de los camareros. Los dos le miraban insistentemente. Godwin los ignoró. Al cabo de unos momentos, la atención de los dos fue recabada por la llegada de nuevos clientes. Media hora después, había ya veinte personas y cuatro parejas jóvenes bailaban bajo las luces y también sobre ellas. El efecto del reflejo era muy colorido y lleno de imaginación; la mayor parte del tiempo que estuvo sentado solo, se entretuvo mirándolo.

De vez en cuando, su atención se veía interrumpida por el paso de un camarero o camarera que le saludaban cordialmente y dudaban un momento, esperando claramente que él les ordenara algo. Todos se marcharon luciendo la misma mirada de perplejidad.

En la sala empezaba a hacer calor. Una de las muchachas, que había llegado con un tipo grueso que podía ser su padre, se quitó la blusa y empezó a bailar en top-less; otra, para no ser menos, se quitó el vestido y bailó en bragas, descalza. Las dos eran jóvenes y bastante atractivas, y por un momento Godwin se preguntó si debería interesarse por ellas. Pero ninguna mostraba signos de reconocerle.

No fue hasta medianoche, cuando el lugar estaba abarrotado y su mesa, que sólo ocupaba él y sobre la que únicamente había una botella de Coca-Cola medio vacía y un cenicero limpio, formaba el ojo de un huracán de ruido, gritos y actividad febril, que apareció la muchacha que estaba esperando.

Dos hombres jóvenes, aparentemente árabes, ataviados impecablemente con trajes de etiqueta que combinaban, incongruentemente, con turbantes, entraron acompañando a dos mujeres; una gordita y rubia, de unos treinta años, y la otra delgada y de pelo castaño surcado por una veta plateada, mucho más joven, a lo sumo de dieciocho años. Fue ella quien, al mirar en derredor, le divisó, dirigiéndole un nervioso saludo a espaldas de sus compañeros. Llevaba pantalones de satén amarillo, muy ajustados, y una blusa azul sin tirantes, sujeta por una tira elástica interior. En la parte izquierda de su cuello, disimulada inexpertamente, había una roja marca de mordisco. Parecía cansada, pero sonrió en el momento en que vio a Godwin, y todo (o casi todo) se aclaró para él.

Una mesa, colocada en un sitio bastante alejado de la pista, estaba vacía, así que el grupo fue conducido hasta ella. De inmediato, les trajeron una botella de whisky, hielo y soda, junto con los platos de comida que Godwin había rehusado insistentemente desde su llegada. Como el alcohol, aquello era algo a lo que solo se arriesgaría en la seguridad de su casa. Esperó otro par de minutos hasta que el grupo se acomodó, y entonces se levantó y se aproximó a ellos con el más leonino de sus andares. Gracias a Irma, su cuerpo rebosaba vitalidad y, virtualmente, todo el mundo en la sala le miró mientras se movía.

La muchacha se levantó de su sitio, excitada, tendiéndole la mano en cuanto estuvo lo suficientemente cerca.

—¡Me alegra tanto que estés aquí!—exclamó—. Deja que te presente a mis amigos. Éstos son Rashad y Afif. Ella es Peggy. Este es Godwin.

Los saludó con una serie de fríos movimientos de cabeza, sin soltar la mano de ella. Por sus expresiones, resultaba muy claro que ni Afif, el mayor, ni Rashad, recibían con agrado su intrusión. Realmente, los dos parecían muy molestos. Sintió avisos de tormenta, pero aun así continuó.

—Hola, he venido a pedirte si quieres bailar conmigo.—Su voz, cuidadosamente controlada, recorrió la mesa.

—Sí, me encantaría. Me disculpas, ¿verdad?—le preguntó a Rashad, su acompañante por esa noche, dondequiera que ésta hubiera comenzado.

—No.

Ella le miró, sorprendida. Él señaló la pista de baile. Una ligera indicación por parte del encargado había hecho que las muchachas en top-less se vistieran, pero dos o tres bailaban ahora en shorts y camisetas sin mangas o vestidos sin tirantes recogidos en la cintura.

—No—repitió—. Te he comprado por esta noche. Se te ha pagado. Si bailas, lo harás conmigo o con mi hermano.

El aludido asintió, mostrándose completamente de acuerdo. La rubia Peggy parecía un poco alarmada, pero hizo cuanto pudo para intentar controlar su reacción.

Godwin se apoyó en la mesa con los nudillos y se inclinó hacia Rashad.

—Le he pedido a la señorita que bailara conmigo y me ha dicho que sí—espeto—. No me importa cómo tratéis a las mujeres en los mercados de esclavos de tu piojosa tierra, pero en este país ni se compran ni se venden. Son personas, ¿entiendes? Ahora vamos a bailar—concluyó, dirigiéndose de nuevo a la muchacha.

La mano de Rashad cruzó la mesa y agarró la de ella por la muñeca.

—Harás lo que te he dicho—siseó.

—¡Suéltame, me haces daño!

A esas alturas, la atención de la mitad de la sala estaba centrada en ellos. La mayoría de los bailarines habían dejado de moverse y miraban hacia allí. Los ojos redondos, la boca abierta, obviamente estaban hambrientos de algo que saliera del curso ordinario de las cosas, y se sentirían encantados cuanto más violento fuera.

Pero nada de lo que esperaban iba a suceder. Rápidamente, tres camareros fornidos se acercaron. Dos de ellos se colocaron a ambos lados de Godwin, y el tercero se inclinó ceremoniosamente ante la mesa de los árabes.

—¿Les está molestando este caballero?—preguntó.

Rashad murmuró algo en árabe e hizo ademán de escupir. El camarero se dirigió a Godwin.

—Creo que el encargado quiere hablar con usted, señor. Si me permite, le acompañaré hasta su despacho.

Después de lo que Irma le había hecho, Godwin era plenamente consciente de que podría haberles dejado fuera de juego a los tres sin ni siquiera jadear, pero de alguna manera aquélla no parecía la respuesta adecuada. Encogiéndose de hombros, se dejó conducir hacia una puerta disimulada al final de la barra, e instantáneamente entró en otro mundo: un mundo de carreras y prisas, de retrasos y órdenes dadas a gritos, de polvo, basura y suciedad, todo ello oculto a la clientela. Cruzaron un corredor débilmente iluminado y entraron en la oficina del encargado. Era una habitación pequeña, amueblada de modo funcional, con una mesa pasada de moda, teléfonos, cajas atiborradas de papeles y

una alfombra arrugada.

El encargado, un hombretón de unos cincuenta años, ni se molestó en mirar a Godwin, lo único que hizo fue limitarse a decir:

—No sé cuál es su juego, amigo, pero no me gusta. Ni siquiera estoy seguro de que sea usted y no su hermano gemelo. Anoche y anteanoche estuvo aquí derrochando e invitando a champaña, y fue bienvenido. Hoy no come, no bebe, no baila, se sienta como una maldita estatua y, para completarlo, se dedica a molestar a los príncipes Afif y Rashad.

Uno de los teléfonos situados sobre la mesa sonó; era la línea interior.

—¿Sí?—ladró el encargado, y escuchó—. ¡Al infierno, eso es exactamente lo que no queremos!

Colgó el aparato y, por primera vez, miró directamente a Godwin.

—¡Se han marchado! ¡Me han comunicado que no esperaban ser tratados de esa forma! ¡Supongo que ahora estará satisfecho!

—¿Qué quiere usted que haga si sus amigos ricos se comportan como traficantes de esclavos?

—¡Me trae sin cuidado lo que haga siempre y cuando no me estropee el negocio!—Se puso en pie; era unos cuantos centímetros más alto que Godwin—. Creo que tiene una habitación en el hotel. ¡Váyase a ella y buenas noches! Y no vuelva a mi discoteca, ¿me oye? No hasta que esté dispuesto a actuar como un cliente otra vez y no como un fantasma. ¡Santo cielo!, ¿qué espera usted que haga? ¿Que le soporte porque ya ha gastado aquí tanto dinero que se ha quedado limpio? ¡Si ése es su juego, no le va a funcionar conmigo, amigo! ¡Aquí sólo se quedan los que pueden permitírselo! Y ahora piérdase, ¿de acuerdo?

Dirigiéndose a uno de los camareros le dijo:

—Muéstrale el camino de vuelta al recibidor. ¡Y no le permitas volver a la discoteca!

Godwin se dejó conducir dócilmente, sabiendo lo que le esperaba.

Justo a tiempo, eludió al camarero que le escoltaba, escabulléndose por la puerta del lavabo de caballeros antes de que llegaran los dolores del castigo. Había un joven en el cuarto de baño, casi un niño, que se apartó nada más verlo, equivocándose al juzgar su condición. A pesar de las apariencias, Godwin no iba a vomitar ninguna borrachera, aunque la palidez y el temblor dieran esa impresión.

Simplemente sufría, y se resignaba ante aquel hecho. Después de todo, había echado a perder su misión, una de las misiones en las que era tan bueno.

Se esforzó para no resistir los estertores, reconociéndolos como justos. Pero reprimir los quejidos, encerrado en uno de los retretes, le costó toda su energía, y cuando el dolor se acabó tuvo que sentarse, con la cabeza entre las manos, durante un largo rato antes de aventurarse a salir de nuevo.

Sin embargo, aprovechó el tiempo para elaborar un plan.

Milagrosamente, parecía que nadie se había acordado de advertir a Jackson. Godwin salió cautelosamente al recibidor del hotel, puso el gesto más audaz que pudo y se acercó a la entrada como si quisiera ver qué tal tiempo hacía. El conserje se acercó de inmediato.

—¿Va a salir, señor?

—En este momento no—dijo Godwin, meditabundo, y depositó un billete de cinco libras en la mano del hombre—. Por casualidad, ¿ha visto usted salir a los príncipes Rashad y Afif con un par de muchachas?

—¡Oh, sí! Con Peggy y Gorse. Yo mismo les pedí un taxi.

—Bien, voy a quedarme un rato en el bar de recepción. Me gustaría saber cuándo regresarán. ¿Tienen habitación aquí?

—La Suite Imperial en la segunda planta—confió Jackson, que había hecho desaparecer el dinero sin inmutarse.

—Bien. Me sentaré donde pueda verlo reflejado en la puerta de cristal. Hágame una señal, mueva la mano, o algo, cuando los reconozca, ¿de acuerdo?

—Por supuesto—dijo Jackson.

Godwin se dirigió al salón. Pasaron casi dos horas antes de que la señal llegase. A falta de otra cosa mejor en la que entretenerse, Godwin contó los taxis. En total, habían llegado treinta, éste hacia el número treinta y uno. El camarero del bar leía un periódico e intentaba no bostezar, las luces iluminaban débilmente el recibidor; fuera, el último de los mendigos acababa de dar por concluida la noche.

Godwin se puso en pie de un salto y atravesó las puertas automáticas tan rápidamente que no dio tiempo a que se las abrieran. Jackson, sin embargo, estaba ya anunciando por el intercomunicador la llegada de los príncipes y sus mujeres. El taxi se marchaba.

—¡Espere, conductor!—gritó Godwin—. ¡Me voy con usted!

La mujer que iba al volante frenó y dio marcha atrás.

La muchacha identificada por el peculiar nombre de Gorse tenía los ojos rojos y parecía haber llorado. Peggy intentaba consolarla. Los dos hermanos tenían aspecto de estar furiosos y hablaban entre sí en árabe, sin prestar más atención a las muchachas que la necesaria para asegurarse de que no iban a salir corriendo.

En el momento en que reconocieron a Godwin, se detuvieron y se apartaron de él. Ambos fijaron los ojos, fascinados, en cada uno de los puños que Godwin alzaba a la altura de los codos.

—¡Os dije que no me importa lo que hacéis en vuestro país, pero aquí no compramos ni vendemos a nuestras mujeres!

En lugar de golpearles con los puños, Godwin brincó en el aire como un bailarín de ballet y empleó los pies. En primer lugar le dio una patada a Rashad justo debajo de la rodilla

izquierda y el hombre se dobló de dolor; luego golpeó a Afif en la ingle y se interpuso entre ellos, dispuesto para llevarse a Gorse. Con la mano libre, abrió la puerta del taxi y, al cabo de unos segundos, ya estaban a salvo en el interior. El reflejo hizo que la conductora arrancara en el momento en que la puerta se cerró.

—¡Eh, un momento!—gritó la taxista por encima del hombro—. ¡No me gusta lo que acaba de hacer! ¡Salga inmediatamente del taxi o llamaré a la policía!

—Iban a venderla como esclava—dijo Godwin antes de que pudiera frenar.

Inmediatamente, sin permitir que la conductora dijera nada más, Godwin le dio su dirección y se echó hacia atrás, acariciando el suave cabello oscuro de Gorse.

El asunto había salido tan bien que casi se sentía aburrido.

—Pare, por favor. Creo que voy a vomitar—dijo Gorse cuando estaban a punto de alcanzar su destino, sentándose sin avisar y hablando en un tono pausado y claro.

Godwin llamó con los nudillos en el cristal situado entre ellos y la conductora, que inmediatamente comprendió lo que sucedía y detuvo el coche en la cuneta. Abrió la puerta y ayudó a la chica a asomar la cabeza, sosteniéndola con el otro brazo. Ella vomitó una andanada de líquido que hizo que el aire apestara a ginebra.

Limpió su barbilla con un pañuelo, la volvió a sentar, cerró la puerta y completaron el viaje sin más incidentes.

En su calle, solamente había dos farolas encendidas. Dio una propina generosa a la mujer del taxi y ayudó a la muchacha a tenerse en pie, pues temblaba de arriba abajo. Lentamente, a través de las brumas del alcohol, ella advirtió los montones de basura apilada, los coches abandonados, el oscuro aspecto de las casas cuyas ventanas habían sido rotas y remendadas con cartones y plásticos.

—¿Para qué me has traído hasta aquí?—preguntó, a caballo entre el chillido y las lágrimas.

—Aquí es donde vivo—contestó él, tomándola por el brazo y ayudándola a subir los escalones.

Ella intentó rebelarse, pero la sensación de náusea que la invadía fue más fuerte y, esta vez, el estallido de vómito le salpicó la ropa.

Godwin esperó con forzada paciencia hasta que pasaron los espasmos, y entonces la ayudó a entrar en la casa.

—En este estado no vas a ir a ningún sitio—murmuró, pero ella apenas prestaba atención. Tiritaba.

—¡No esperaba que esto saliera así!—lloriqueó—. Lo siento mucho. ¡Estoy tan avergonzada! ¡Soy una idiota!

—Claro.

La llevó escaleras arriba hasta su habitación, que conectó al abrir la puerta. Ella estaba demasiado ebria para darse cuenta de los detalles, aunque él mismo se sintió bastante complacido con ellos: su habitual cama de agua, algunas ampliaciones de las acuarelas eróticas del artista francés Bertrand, unos cuantos armarios más que de costumbre y una cabina de cristal completamente transparente alrededor de la ducha, el bidé y la taza del inodoro. Incluso el color de las toallas, negro, resultaba adecuado.

Una música suave empezó a sonar, entremezclada con el sonido de olas en la playa. El aire se volvió cálido y agradable y las luces, cuando se encendieron, iluminaron la estancia con reflejos de luz de luna.

No estaba mal. Pero tenía otras ocupaciones que atender.

—Quítate la ropa—dijo.

Cuando habían empezado a subir las escaleras, ella había vuelto a llorar. La brusquedad de aquella orden le devolvió a la consciencia. Le miró como una niña asustada.

—¡He dicho que te la quites! ¡Huele fatal!

—Pero..., pero si las compré anteayer. Son las mejores que tengo, no puedo...

Se miró y descubrió en qué estado se hallaban. Antes de que pudiera recuperarse, él se acercó y se las arrancó: *rr-rip*, *rr-rr-rip*. Hizo con ellas una pelota y la arrojó en dirección a la papelera.

Le quitó los zapatos, luego los pantalones, así que lo único con lo que se quedó fue con unas bragas blancas que, según advirtió por la mirada de disgusto de él, también estaban manchadas.

—Entra ahí y lávate—dijo él, disgustado, señalando la cabina de cristal.

—Pero...

Dubitativa, miró las paredes transparentes, la puerta abierta. Entonces, advirtió que no había otra alternativa y que sería difícil sentirse más humillada de lo que ahora estaba. Obedeció, llorando. Hizo sus necesidades, tiró de la cisterna, y se lavó en el bidé con tanta fuerza como si pretendiera castigarse.

—Ten—dijo él, entrando en el compartimento y ofreciéndole un vaso lleno hasta la mitad de un líquido blancuzco—. Bébetelo.

Obedeció como si él fuera el médico y ella la paciente totalmente entregada a su cuidado. Godwin recogió el vaso vacío y le entregó una toalla.

—Sécate.

—¿Tienes..., tienes algo que pueda ponerme?—se atrevió a susurrar ella.

—¿Dónde crees que vas?

Él le dio la espalda con deliberado desdén. Esperando que ella saliera tras él del cuarto de baño, bebió un trago de una botella de Armagnac de 1858 que había perdido toda su vinosidad y sabía y olía como el barril de roble en donde había madurado antes de ser embotellado. El sabor y el bouquet eran únicos; no había otro licor como éste en el mundo.

A sus espaldas, oyó que ella dejaba de llorar. Cuando la muchacha entró en la habitación principal, con la toalla alrededor del cuerpo, sus ojos brillaban.

—¡Es increíble! ¿Qué me has dado? ¡Me siento francamente bien!

—Eso era lo que pretendía.

—¡Pero no deja de ser sorprendente! ¡Nunca había oído hablar de ninguna medicina que pudiera hacer eso!

—No me extraña—gruñó él.

Y era cierto. El líquido no se hallaba a la venta en ningún lugar de la Tierra, a ningún precio.

—Era toda la ropa que tenía—dijo ella tímidamente, sonrojada—. El resto de mi ropa está en la... en la casa donde tengo alquilada una habitación. Por favor, préstame algo para que pueda irme a casa.

—No.

Ella le contempló como una niña sorprendida por la promesa de un castigo que, súbitamente se convierte en real. Sus labios temblaron, al borde del llanto.

—¿Es que acaso esperabas pasar la noche en casa, pequeña furcia?—dijo él, crudamente.

—Pero yo..., yo

Su última resistencia se derrumbó. Cayó de rodillas, la cabeza entre las manos, y esta vez las lágrimas tuvieron para ella un efecto catártico. Él la sostuvo gentilmente para que pudiera descansar la cabeza en su regazo mientras le acariciaba el pelo, y pieza por pieza fue recomponiendo su historia.

La mitad era, presumiblemente, un hatajo de mentiras.

Tenía dieciocho años. Sus padres se habían divorciado cuando era tan pequeña que casi no podía recordar a su padre, pero odiaba el apellido que éste le había dado, Simpkins, junto con su nombre propio, Dora.

—¿Quién puede querer llamarse Simpkins? ¿No es para morirse? ¡Y con el nombre completo, lo que me faltaba! ¡Dora Simpkins!

Gorse era un mote de la escuela que pensaba que le caía bien. En la actualidad estaba buscando un apellido que le cuadrara. Había ido a un internado privado muy caro cerca de Kenley, en Surrey, no porque su padre hubiera sido rico (era, simplemente, un jugador holgazán con más encanto que persistencia), ni porque su madre hubiera heredado dinero.

Por el contrario, ésta, aunque había educado sola a su hija, sin tener que preocuparse por un segundo hijo, provenía de la clase media trabajadora y había escalado el camino al éxito económico utilizando todos los medios a su alcance.

—Estoy siguiendo sus pasos—dijo Gorse, viciosamente—. Y los de mi abuela, aunque ya está muerta.

—Explícate.

Él había deslizado la mano desde su pelo hasta su nuca; dentro de poco, la depositaria sobre sus hombros. Entonces, la cogería en brazos como a una niña cansada y exploraría el resto de su cuerpo. El ritmo que empleaba era deliberadamente hipnótico; de vez en cuando comprobaba la frecuencia de su pulso, que sentía en el cuello, y que se hacía más pausado. No iba a haber problemas. Ninguno.

—Mamá era una prostituta, una *callgirl*—dijo Gorse, soñolienta—. Nunca lo expresó con esas palabras, pero ésa es la única forma en que pudo conocer a la gente que conoce: miembros del parlamento, directores de grandes empresas, ejecutivos de televisión, artistas, actores, poetas... Y sólo se limitaba a seguir los pasos de la abuela, como yo. Se supone que no debo saberlo, pero la abuela hacía la calle. El abuelo fue capturado durante la guerra y murió en un campo de prisioneros, y ella tenía cinco niños a su cuidado. Eventualmente, fueron adoptados y mamá no sabe qué sucedió con su hermano y sus hermanas. Los separaron. Entonces, la abuela murió y algo pasó con los archivos, creo que una bomba o algo cayó en el lugar donde estaban y se quemaron. Mamá puso varios anuncios para localizarlos, pero no consiguió nada...

Todo esto no tenía ningún interés en especial. Godwin la condujo de nuevo al tema principal.

Como había llevado una vida bastante pintoresca, un amigo escritor persuadió a la madre de Gorse para que intentara escribirla. Aunque al principio resultó difícil, porque carecía de la adecuada educación, por fin lo consiguió y sus historias y sus libros de memorias (cribados convenientemente) alcanzaron un cierto éxito económico. Cuanto más se preocupaba por sus escritos, menos tiempo dedicaba a su hija. Así que decidió enviarla a aquel internado tan caro, según decía, por el propio bien de la pequeña.

—¡Por el suyo!—exclamó Gorse—. De ese modo podría irse a Hollywood y a todos esos sitios para ganar dinero y acostarse con todos los jóvenes que quisiera.

Precisamente ahora estaba allí, en Hollywood, donde llevaba dos meses escribiendo el guión de una película. A finales de las vacaciones de Semana Santa se había ido para allí, a pesar de que ese verano su hija tendría que afrontar los exámenes de acceso a la universidad.

Había algo que Gorse no quería admitir. Haberse quedado completamente sola para enfrentarse al estrés de todos esos exámenes era una excusa poco adecuada para justificar lo que había hecho. Él la enderezó sobre su regazo y le acarició los pechos, dejándola murmurar secretamente en sus oídos mientras la cálida brisa acariciaba un océano inexistente y la música se volvía un tenue eco.

Ácido. Debía haberlo sospechado.

Cuando tenía catorce años, una amiguita de uno de los cursos superiores, pensando que aquello la hacía parecer astuta y sofisticada, introdujo en el internado unas cuantas dosis de LSD y las repartió entre las muchachas de cursos inferiores sobre las que tenía influencia, o viceversa. Gorse le había pedido una y se la había dado. Así empezó una larga y tortuosa cadena de autojustificaciones con las que pretendía explicar por qué, inmediatamente antes de sus exámenes, se había escapado a Londres determinada a ver un poco de la "vida auténtica" y había acabado en una habitación de una casa habitada por prostitutas bajo la dirección de un chulo con conexiones y contactos en el Hotel Global. Le había dado como anticipo una cantidad que se le antojó bastante sustanciosa (para alguien que pasaba confinada en un internado las tres cuartas partes del año, mil libras debería parecer una pequeña gran fortuna). Aquello le hizo comprender muy claramente que esperaba algo a cambio y pronto. Por supuesto, eso no era lo único que le había dado. Imitando, consciente o inconscientemente, a la muchacha que había introducido el ácido en la escuela, había aceptado varias ofertas, no sólo de él, sino de otras cuantas chicas de la casa.

Todo resultaba muy típico. Godwin reprimió la urgencia de bostezar e hizo que se diera la vuelta para poder así acariciar su clítoris. Ella alcanzó el orgasmo casi de inmediato y, al hacerlo, le miró incrédula, como si nunca antes hubiera conocido a un hombre preparado para concentrarse en dar placer y no en usarla simplemente. El se puso en pie, rodeándola con los brazos, como si no pesara nada, y la condujo hasta la cama. Cuando él se reunió con ella un instante después, automáticamente las luces se volvieron más tenues. Durante la siguiente media hora, se concentró en su capacidad para el orgasmo. Fue intenso. Ella ronroneaba cuando se quedó dormida.

Entonces, él se levantó de la cama y se sentó de nuevo en la silla, meditando sobre cuál sería el plan de acción ideal. Tardó muy poco en llegar a una decisión y, entonces, dispuso lo necesario.

Después de aquello, debería haber sentido la cálida satisfacción que da un trabajo bien hecho, y lo sintió hasta cierto punto, a la vez que experimentó una ligera decepción. Habría preferido una misión más larga, una que hubiera durado días, o aun, mejor semanas, y no ésta, que prometía estar terminada en 48 horas como máximo. Francamente, resultaba aburrido haber llegado a ser tan bueno en su trabajo. ¿Qué pediría esta vez como recompensa? Media docena de posibilidades pasaron por su mente, pero las rehusó todas casi al momento. Aunque hubo una que fue más tentadora que las demás, dudó en solicitarla porque le parecía demasiado ambiciosa e implicaría demasiado sufrimiento: ¿quién querría ganar la tercera guerra mundial?

Bien, ya decidiría cuando llegara el momento. Algunos de sus mejores recuerdos habían surgido de una decisión tomada sobre la marcha.

Asegurándose de que por la mañana la habitación estaría en perfectas condiciones, se sentó y esperó. En ese momento, dormir no era esencial para él.

La despertó cuando colocó un vaso de zumo de naranja sobre la mesita de noche, haciendo ruido deliberadamente. Ella abrió los ojos, le vio y le dirigió una sonrisa soñolienta. Entonces se dio cuenta de todo lo que quedaba a la vista.

Dos segundos..., tres.... Entonces, se ruborizó, dio un chillido y buscó refugio bajo las sábanas.

—¿Qué demonios te pasa ahora?—rugió él, quitándole las sábanas de encima.

Ella se encogió en posición fetal, cerrados los puños. Lloriqueaba, y en lo que decía Godwin captó una especie de confuso sentido.

—¿Cuándo pararán? ¿No pararán nunca? ¡Oh, Dios!

—¿Qué?

Cansado de esperar una respuesta que no acababa de llegar, Godwin la obligó a sentarse y a quitarse las manos de la cara.

—¿Te encuentras mal o algo por el estilo?—pregunto, aunque sabía la respuesta—. Toma, bebe esto. Esta fresco.

La necesidad de resistirse la abandonó. Moviéndose lentamente, como una marioneta, con la cara ensombrecida, ella aceptó el vaso, lo cogió con las dos manos, intentando no mirar en otra dirección.

—Vienen y se van—dijo después de beber un sorbo—. Nunca creí que fueran a durar tanto. Me están volviendo loca.

—¿Qué?—insistió él.

—¡Los estertores!

—Creo que todo se solucionará con un poco de café y el desayuno adecuado—dijo, dando la vuelta—. Si te refieres a estertores de ácido, ahora no los tienes.

Ella alzó la cabeza y miró hacia la izquierda, a través de la vasta extensión de la cama de agua. El sol, más allá de la ventana, iluminaba una playa de blancas arenas coralinas; el aire estaba inundado del sonido de suaves olas.

—¡Esto no puede ser real!—jadeó—. ¡No puede serlo!

—Lo que tú digas—suspiró él—. Te guste o no, voy a ponerte azúcar en el café. Sin leche.

—No suelo... Gracias—se corrigió dócilmente, como si se acabara de dar cuenta de que, después de realizar grandes esfuerzos, hubiera podido asimilar energía rápidamente.

Sus ojos continuaban fijos, como los de un pollo hipnotizado, en el cielo azul sin nubes.

El encantamiento no se rompió hasta que él le trajo una taza de café y un plato de huevos revueltos. Tomó el café y miró el plato con aprensión.

—Nunca desayuno—dijo desafiante.

—Mañana podrás hacer lo que quieras. Podrás hacer lo que quieras durante el resto de tu vida, igual que yo. Hoy haz lo que se te diga. Será la última vez.

Insegura, depositó a un lado la taza vacía y dejó que él le pusiera un tenedor en la mano, pero no hizo ningún intento para empezar a comer.

—No comprendo. ¿Qué quieres decir con eso de que puedo hacer lo que quiera?

—¿Qué creías que ibas a hacer cuando te escapaste del colegio? ¿Terminar como una fulana borracha chupándosela a un hatajo de árabes impotentes?

—Eres repugnante.

—Ni la mitad de repugnante que tu cuando anoche me vomitaste encima.

—Ahora sé que aún tengo alucinaciones. Lo recuerdo, pero no sé si es verdad o no. Recuerdo la horrible calle oscura. Recuerdo cómo mis pies se hundieron en la basura cuando bajé del coche. Recuerdo el mal olor. No pudo haber sido aquí. A menos que me llevaras a algún otro sitio mientras dormía.

—Te traje aquí. Cómete los huevos antes de que se enfríen.

Mecanicamente, ella empezó a utilizar el tenedor. Con el primer bocado se le abrió el apetito, y acabó con todo el plato. Sin embargo, su cara permanecía ceñuda y, entre bocado y bocado, echaba miradas cautelosas hacia la ventana y el soleado espectáculo, como desafiando a la escena para que se marchase.

—Esto debe costar millones—dijo por fin—. ¿Por que aquí?

—Porque así lo quiero—contestó, retirando el plato vacío—. Levántate, haz tus necesidades, dúchate y vístete.

—¿Con qué ropa?—replicó ella—. ¡Me estropeaste la única que tenía!

—Mira en ese armario—le dijo—, pero date prisa.

Muy reluctante, cubriéndose con la sábana, ella obedeció, pero en lugar de dirigirse al cuarto de baño, no pudo resistir la tentación de asomarse a la ventana, donde tuvo que cubrirse los ojos con una mano para protegerse del brillo del sol.

—¿No te gusta?

—¡Es maravilloso! Pero no comprendo...

—¿No te gustaría vivir en un lugar como éste?

—¡Vaya pregunta!—Ella se echó a reír y se retiró de la ventana.

—¿Es esto lo que pretendías cuando te escapaste? Todavía espero una contestación.

—Oh, Dios... No sé lo que quería. Todavía no sé lo que quiero. ¿Qué diferencia hay? Nadie consigue nunca lo que quiere.

Bastante desesperada, apartó a un lado la sábana y entró en el compartimento de cristal.

—Deja de mirarme, ¡maldito voyeur!—añadió al darse la vuelta para sentarse en la taza—. Sigue así y lamentaré no haberme quedado con los árabes.

—Sigue así y tendrás que volver con ellos. ¡Todavía espero una respuesta!

Ella no le hizo caso. Había descubierto un espejo a mano y se entretuvo en observar el estado de su pelo.

—¡Oh, qué desastre!—dijo, más para si misma que para él—. ¿Cómo voy a explicar esto cuando llegue a casa?

—Si es cierto que tu madre era una prostituta, no tendrás ningún problema.

Ruborizada, ella volvió la cabeza para mirarle.

—¡Donde ella vive no es mi casa! ¡Me refiero al lugar en el que vivo ahora, en el que tengo todas mis cosas!

—Siempre hay más cosas.

—Puede que ese problema no exista para ti, pero algunos de nosotros tenemos que sufrir para ganarlas.

—Algunos no. Tú podrías ser uno de nosotros. Así no tendrás que arrastrarte para volver con un chulo de tres al cuarto y pedirle perdón por haberte escapado del cliente que te buscó anoche.

Godwin evitó recalcar o incluso implicar lo que era fundamentalmente obvio: que el centro de su ser ya había sido infectado por un halo de masoquismo. Era una condición previa y común. En lugar de eso, antes de darle tiempo para replicar, continuó hablando.

—Eso no puede ser lo que estabas buscando. ¡Debe de haber algo en lo que seas buena, algún talento que hayas deseado convertir en una carrera! ¡Algo!

Con deliberada lentitud, haciendo creer que no se encontraba implicada en aquella situación, ella cogió un pedazo de papel higiénico, lo cortó, lo dobló y lo utilizó.

—Quiero ser diseñadora—dijo por fin, sin mirar a ninguna parte.

—¿Qué tipo de diseños?

—Textiles, papel de pared y cosas por el estilo. Creo que es lo que me va. ¡Y siempre he pensado en lo maravilloso que sería entrar en algún sitio, un hotel de cuatro estrellas, la casa de algún rico, un plató de un estudio de cine, y ver mi trabajo por todas las paredes!—su voz adquirió un tono de entusiasmo—. Y no solamente en las paredes, también en el suelo. ¡Y en las alfombras, en las cortinas, en los muebles, en la ropa!

Godwin asintió, pensativo. Si, esto iba a salir bien. Era una combinación absolutamente ideal. Un empujón en la dirección adecuada (tal como había calculado, emplearía cuarenta y ocho horas de su tiempo), y el trabajo estaría terminado. Por supuesto, y como de

costumbre, debía convencerla de su nueva situación, pero eso era asunto de Herrmann, no suyo, y después todo sería coser y cantar.

Aunque no venía al caso, una vez más se descubrió anhelando algo más complicado.

Ella había cogido una toalla y se encaminó hacia la ducha. Volvió la vista atrás.

—Debes pensar que soy idiota, ¿no?

—No. Si vales para eso, puedes empezar mañana. O incluso hoy mismo.

Ella hizo una mueca.

—Hablo en serio.

Godwin estaba sentado en una mecedora con las patas metálicas, si se echaba hacia atrás, podía abrir el armario más cercano. Entre balanceo y balanceo, abrió las puertas.

—Cuando te hayas duchado, puedes escoger los vestidos que quieras. ¿Qué te parece la idea?

Incrédula, miró el armario abierto.

—Pero..., ¡pero son carísimos!

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, parecen...—Ella dudó, los ojos abiertos, los labios húmedos porque había pasado inconscientemente la lengua sobre ellos—. Parecen de última moda.

Él descolgó un abrigo de tweed marrón de la percha y le mostró la etiqueta: Peasmarsh. No daba crédito a sus ojos.

—Después te llevaré a ver a Hugo y Diana para que te consiga un nuevo y completo vestuario.

—¿Lo conoces?

—Conozco a un montón de gente.

—¡Pero no podré pagarlo!

—Siempre hay más cosas.—Esta vez lo dijo con la falta de inflexiones propia de quien dice una verdad evidente.

—No puedo pagarlo.

—¿Quién te está pidiendo que lo hagas? Métete en esa ducha y utilízala a fondo.

Ella continuó dudando, los ojos clavados en los vestidos.

—Tienes exactamente tres opciones—dijo él—. Puedes volver a poner tus harapos manchados de vómito y regresar a la casa de putas de donde saliste. O haces lo mismo y te vas llorando y suplicando a ver a tu madre, o a la escuela a donde te mandó, lo que en el fondo es lo mismo, porque dijiste anoche que tu madre estará en América al menos durante una semana más. O durante el resto de tu larga y rebosante vida llena de salud, puedes hacer lo que quieras. Es cosa tuya. Pero, en cualquier caso, yo saldré de aquí dentro de cinco minutos, y eres tú quien decide si voy solo o no. Desde luego, no te dejaré aquí, aunque eso signifique que tenga que ponerte de patitas en la calle con nada encima. ¿Está claro?

Habló con deliberada rudeza. Ella asimiló cada palabra y, cuando terminó, se acercó a él y le agarró por el brazo, sonriendo.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué demonios pasa ahora?

—Nunca antes en mi vida se lo había dicho a nadie, ni siquiera a mis mejores amigos.

—Entonces, probablemente es porque no merece la pena. ¡Ve y dúchate, haz lo que te he dicho!

Ella no se movió de donde estaba, apretando su mano con fuerza.

—¡No, tienes que escucharme! A veces he soñado, he intentado creer con todas mis fuerzas que mi padre, el que nos abandonó cuando yo todavía era un bebé, no lo era en realidad. Que algún día descubriría que mi verdadero padre no podía reconocerme porque estaba casado y era una figura importante de la política o algo así, tal vez fuese algún miembro de la realeza. Entonces, su esposa moriría y ya podría decirme la verdad, se haría cargo de mí y enderezaría mi vida. Sería maravilloso. Por

supuesto, como no nos conocíamos bien, resultaría imposible pensar en él como en mi padre, sólo sería un hombre comportándose como debe comportarse un hombre, y su esposa habría sido frígida o habría estado enferma, o algo así, durante años y años, así que cuando estuviéramos por fin solos y juntos, la reacción química se dispararía y...

Había empezado a excitarse, y su mano libre frotaba sugestivamente su pubis y su voz se había tornado suave y jadeante. Él se deshizo de ella.

—Cuatro minutos. Y mantendré mi promesa de dejarte en la calle desnuda, si lo que quieres es volver a la escoria y quedarte allí.

Ella dio un paso atrás y cerró los puños.

—¡No eras así anoche!—le acusó.

—Estabas tan llena de licor que ayer me pareciste estúpida. Lo mismo que hoy.

—¡Bastardo!

—Haz lo que quieras.

El recogió sus ropas sucias y se las arrojó. Ella no hizo ningún intento de cogerlas.

—Póntelas y márchate. O no te molestes y lárgate. Has tenido tu oportunidad.

—¡Sabes perfectamente que no puedo hacer eso!

—¡Pues claro que lo sé! Entonces, ¿por qué sigues pretendiendo que sí puedes?

Hubo un momento de silencio durante el cual la cara de ella se arrugó intentando encontrar algún sitio donde mirar que no la hiciera empezar a llorar de nuevo: la cama, el armario abierto, el lujoso cuarto de baño con la ducha, el bidé y todas las losas de porcelana con ribetes dorados, la increíble ventana que ofrecía a la vista playas tropicales adornadas con palmeras y blancas olas en la rompiente.

Finalmente, cuando juzgó que ella ya había recibido bastante, él suavizó el tono de su voz.

—Pobre chiquilla tonta—dijo—. Nadie te había hecho antes decidir por ti misma, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza, aturdida, intentando todavía encontrar un lugar en el que fijar la vista.

—Todo te lo han dado hecho. No escogiste ser criada por una madre sola. No escogiste que te enviaran a un internado. Ni siquiera escogiste escaparte de allí. Te condujeron a ello, ¿no es cierto?

Ella asintió, cerrando los ojos para evitar que las lágrimas los desbordaran. No lo consiguió y éstas dejaron un rastro serpentino sobre sus mejillas.

—Y cuando tomaste la única gran decisión de tu vida, descubriste que no tenías la menor idea de cómo enfrentarte con el mundo real. Pensaste que ibas a ver un poco de "vida auténtica" de una vez. Lo deseabas más que nada, pero nunca tuviste la oportunidad de aprender qué es lo real, ¿no? Te educaron para confundir lo falso con lo genuino, lo ingenioso con lo fundamental, lo perecedero con lo duradero, lo impresionante con lo que merece la pena.

Ella mantuvo los ojos cerrados; se balanceó adelante y atrás sobre los talones, convirtiendo cada movimiento en un sentimiento que enfatizaba con el cuerpo entero su acuerdo con lo que él decía. Tenía los puños cerrados a la altura de la cintura, y los nudillos brillaban pálidos en contraste con el resto de sus manos.

—¡Y por eso, cuando encuentras lo real, lo confundes con uno de los estertores del ácido!

—¡Pero no puede ser real!—dijo ella tenazmente, todavía con los ojos cerrados—. Quiero decir, un lugar como éste en una calle así.

—Haz lo que quieras. No te detendré. Vuelve a lo que crees que es el mundo real. ¡Recoge esas ropas y póntelas!

Giró sobre sus talones y cerró de un portazo la puerta del armario.

—¡No! ¡No!

El terror repicó en su voz; alzó las manos como para evitar un golpe, y abrió los ojos comenzando a creer. Godwin observó esas reacciones con aprobación algo menos que total. Todo sucedía de modo tan rápido, tan predecible. Ya no había ningún desafío auténtico en esa clase de trabajo. Si únicamente le enviaran a vérselas con algo relativamente invulnerable...

Pero aquí estaba él, lo mismo que ella, y eso era todo. Estaba obligado a hacerlo de la mejor manera posible.

—¿Qué tiene de irreal mi casa? Supongo que la cama es una falsificación, ¿no? Has pasado la noche encima de un puñado de tablas lisas. Y nos estamos helando de frío y tienes la carne de gallina. Y he mandado falsificar las etiquetas de Peasmarsh y pague para que las cosieran a unos trajes falsos de tu talla, especialmente para que cuando aparecieras pudiera impresionarte. Y no has bebido zumo de naranja recién exprimida ni café Blue Mountain y no has desayunado huevos revueltos con mantequilla y cebolletas cortadas, y no te has limpiado tu estúpido culo con el papel de ese rollo de allí.

Él jadeaba con la fuerza de su diatriba y ella vacilaba y retrocedía como si buscara un lugar para esconderse.

—¡Ah, mierda!—explotó él—. Pensaba que te estaba haciendo un favor. La mayoría de la gente piensa que es una clase de favor el que se le ofrezca el deseo que más anhelan. Y tu eres diferente. Mejor que te dejes hundir en la porquería hasta que te pudras.

—¡No!—gritó ella, todavía llorando; moqueaba—. ¡No, es que nadie me había dado antes esta clase de oportunidad en toda mi vida! ¡No puedes reprocharme si lo encuentro irreal! ¿No? ¿No?

—Ah, infiernos, supongo que no.

Con delicadeza, él la rodeó con un brazo y la apretó para confortarla, lo que coincidió con su espiración y la obligó a tomar aliento profundamente.

—Muy bien, que sean diez minutos en lugar de cinco. Pero te lo advierto: ya has gastado la mitad, y a Hermann no le gusta esperar.

Infinitamente aliviada, a punto de dar por fin un paso hacia la ducha, dudó.

—¿Quién es Hermann?

—Alguien que podrá despejar esa cabeza que tienes hecha un lío. ¡Deja de hacer preguntas! Si no puedes aprender a creer en lo que se te diga, no podrás formar parte del mundo en el que vivo. Y eso no te gustaría, ¿verdad?

—¿Crees que podré?

—Eso depende de ti. De mi solo conseguirás mi ayuda de hoy, nada más.

Con los ojos brillantes, y mordiéndose los labios por miedo a decir algo que no fuera conveniente, ella abrió el grifo de la ducha sin mirar y estuvo a punto de escaldarse. Godwin suspiró. Uno de estos días, uno de estos años, tal vez le llamarían para que se

hiciera cargo de una misión realmente dura, o al menos una con la que se sintiera tan a gusto como las que había llevado a cabo en el pasado.

Tal vez ahora eso era completamente imposible. Tal vez comprendía demasiado bien las técnicas, las desplegaba con excesiva facilidad...

No. Ése no podía ser el caso. Seguro que no. El siguiente, con un poco de suerte, lo mantendría ocupado por un razonable espacio de tiempo, le daría la sensación de que trabajaba esforzándose al máximo, realizándose. Pero, por supuesto, no le tocaba a él decidir.

El solamente podía esperar, y esperar que su espera fuera tenida en cuenta.

—Encontrarás bragas de tu talla en ese cajón—dijo, indicándole el lugar, cuando Gorse salió de la ducha frotándose enérgicamente con la toalla—. Diez minutos y me voy. Mejor que te des prisa.

El día era frío y seco. Por supuesto, había un taxi al final de la calle. El conductor advirtió la señal de Godwin y esperó. Caminaron por entre una horda de chiquillos aburridos, típicos de las mañanas de domingo, que esperaban el momento de inspeccionar en las basuras para ver si encontraban algo que fuera salvable. Durante la noche habían robado una de las ruedas delanteras del Jaguar Mark X.

—¿Por qué vives aquí?—preguntó Gorse.

—Este sitio es exactamente igual de bueno que cualquier otro—suspiró Godwin, cerrando la puerta del taxi e indicándole al conductor el destino.

Le aburría su incapacidad de ver lo que para él estaba tan claro como el agua. Al menos ella captó la indirecta y se estuvo callada durante el viaje.

El taxi les dejó en Wimpole Street. Allí, entre grises fachadas de piedra, se encaminaron hacia la casa donde (como informaba una placa de bronce, discreta y bien pulida) tenía su consulta el doctor Hermann Klosterberg.

—Ojalá supiera por qué me has traído aquí—se quejó Gorse mientras seguía reluctante a Godwin.

—Ya te lo he dicho—respondió él agriamente.

Pero su talante estaba cambiando, como había esperado, y de una sola mirada comprobó que a ella le sucedía lo mismo.

La puerta, colocada entre unas barandillas de hierro forjado, se abrió con su contacto. Gorse pudo atisbar un corredor de alto techo con una hermosa alfombra persa en el suelo y varios paisajes del siglo dieciocho en marcos dorados antes de que él la condujera hacia la primera habitación a la derecha.

Aunque aquella habitación también tenía altos techos, era oscura. Las paredes estaban empapeladas de un modo sombrío; el mobiliario era de una solidez pasada de moda; las cortinas eran de terciopelo verde oscuro, sostenidas por cordones de oro viejo. La alfombra

era de un color rojo profundo y parecía absorber no sólo las pisadas, sino también cada sonido proveniente del mundo exterior. Había un sofá ocupando un lugar bastante amplio, mientras que la única decoración consistía en tres pinturas al óleo, retratos de Freud, Jung y Ernest Jones.

Desde la silla que ocupaba ante un escritorio, el doctor Klosterberg se giró para recibirlos. Era un hombre de construcción mediana, cabeza redonda y pelo canoso y engominado, que llevaba un traje oscuro y una corbata azul del mismo tono. Sus ojos brillaban tras las lentes. Exudaba un aire de grave autoridad. Era el arquetipo del psiquiatra.

Junto al sofá, con el aspecto de un cono de abeto de cuatro pies que hubiera sido tallado en antracita y después hubiera sido aplastado para adquirir aspecto de erizo, yacía Adirondubatarigo. Godwin se inclinó para palpearle un extremo y fue recompensado por una protuberancia que, desconcertantemente, exhibió una banda de membrana mucosa tan suave y brillante como el interior de una mejilla humana, pero de color amarillo verdoso y ligeramente luminoso. Se sintió mejor cuando más feromonas escaparon al aire.

—Me alegro de volver a verte, Hermann—dijo al mismo tiempo—. Esta es Gorse. Por el momento, sólo Gorse. Está intentando decidir qué apellido le va mejor.

—Entonces, debería consultar con Ambrose, como hicimos tu y yo—murmuró Hermann—. Algunas opiniones tuyas pueden ser cuestionables, pero no cabe ninguna duda de su habilidad para sentir la musicalidad de los nombres... ¿Cómo estás, Gorse?—añadió, extendiendo la mano y sonriendo.

Ella la estrechó ausente, mirando la masa junto al sofá.

—¿Qué demonios es eso?—preguntó—. Juraría que lo vi moverse cuando God lo tocó.

—Oh, es Canaptarosigapatruleeva—dijo Hermann, sin darle importancia—. No tienes por qué preocuparte por él. Simplemente, olvida que está aquí. Por esta vez, claro; más adelante podrás familiarizarte con él.—Se agachó y tocó una de las gruesas escamas en forma de concha; esta se elevó un centímetro y mostró otro parche de membrana, esta vez color verde pino—. Siéntate—añadió—. ¿Cuál es el problema?

El ambiente de la habitación era muy propio para la confesión. Casi antes de que se hubiera hundido en la silla que Hermann le había indicado, Gorse empezó a contar la historia de su vida de un modo bastante más convincente que a Godwin la noche anterior. Hermann escuchaba con atención, reclinado contra su butaca. Todo el tiempo Potanandrusabalinicta permaneció inmóvil, excepto por una ocasional agitación de su caparazón.

Cuando terminó el recital, Hermann asintió gravemente, haciendo ver que comprendía. Era aparente, por su expresión, que había captado la esencia de su problema.

—Primero, déjame asegurarte—dijo después de una pausa para deliberar—, que en modo alguno estás sola. La ética profesional, evidentemente, me prohíbe mencionar nombres, pero puedo informarte que algunos de mis amigos, nunca uso el termino paciente por razones que estoy seguro que comprendes, puesto que eres tan perceptiva, algunos amigos míos, decía, a quienes reconocerías de inmediato si pudiera identificártelos, nombres prominentes en el teatro, la música y la literatura, en la política y la diplomacia, en el comercio y demás, se han sentado en esta misma habitación y me han descrito conflictos

similares. En algunos casos, han estado plagados con ellos durante muchos años de su vida adulta, porque no habían sido capaces de apreciar, hasta que fueron ya maduros, la necesidad de aprender a someterse al impacto del inconsciente colectivo en intervalos impredecibles. Precisamente por tratarse del inconsciente, no obedece los dictados de relojes y ni calendarios. Sin embargo, una vez

adquirida la destreza, incluso después de experimentar con sustancias químicas como las que has probado, disminuye hasta un nivel insignificante. Por cierto, ¿conoces el concepto de inconsciente colectivo?—Sus pálidos y brillantes ojos se dirigieron al retrato de Jung, como para darle una pista.

—He oído hablar del tema—dijo ella tras un momento de duda—. ¿No es de ahí de donde vienen nuestros sueños?

—Me temo que eso sea una simplificación excesiva—dijo Hermann, con una leve sonrisa—. Esencialmente es un conjunto de experiencias compartidas por todos los seres humanos que puede o no tener una existencia "objetiva". Casi todos nosotros hemos tenido la experiencia de, por ejemplo, alcanzar la pubertad o ser padres, o enfrentarnos a un rival o padecer hambre. Y, por supuesto, todos compartimos la experiencia de haber nacido. Inevitablemente, ciertos modelos de conducta son seleccionados de los incontables modelos comunes que nuestras neuronas cerebrales podrían crear. ¿Sabías que hay más conexiones de neuronas posibles en el cerebro humano que partículas en el universo conocido? Y hablo de cualquier cerebro: el tuyo, el mío, el de Godwin...

Ella asintió. Godwin, reprimiendo el impulso de bostezar, se reclinó en su silla. Estaba claro que las palabras de Hermann se introducían en su mente como la tinta en una esponja seca, dejando sus huellas por todas partes. Ella ni siquiera intentaba resistirse.

Un año de éstos...

—... aislamiento que, después de tantos millones de años de fijarse durante el curso de nuestra evolución, puede disparar un deseo de autodestrucción. Pero tú eres triplemente afortunada.

Godwin volvió a prestar atención. Gorse se había echado hacia adelante en su silla, con los ojos brillantes y fijos en Hermann, los labios entreabiertos y las manos casi convertidas en puños. Cada dos por tres, asentía vigorosamente.

—*Imprimis*—Hermann alzó el dedo índice—, aún eres joven. Aprender a someterse al inconsciente colectivo se hace más y más difícil a medida que los modelos de conducta adulta se afianzan en la mente. *Secundo*, has tenido la suerte de caer en manos de Godwin, que es uno de mis más antiguos amigos. No es que crea en la "suerte" como fenómeno objetivo, ya me entiendes, pero a veces las poéticas imágenes que nos brinda la superstición añaden un poco de color al desnudo paisaje científico de nuestra existencia. Y *tertio*, Godwin tuvo el buen sentido de traerte directamente aquí.

Apticanogapetulami se agitó y reajustó el modelo de sus escamas acá y allá.

—Así que recapitulemos. Te gustaría vivir como lo hace Godwin, O yo, O nuestros amigos. Te gustaría conseguir esa meta teniendo éxito como diseñadora. Crees que tienes talento. Preferirías comenzar hoy y no cualquier día en el futuro que te pudiera marcar

alguien mas, sin importarte quién pudiera ser ese alguien. Sientes que has sido perjudicada en tus ambiciones por varias interferencias, aunque admites que algunas de esas interferencias son internas, la consecuencia de una aventura irreflexiva que en su momento pareció una buena idea. Corrígeme si me equivoco.

Aparentemente sorprendida por la concisión con que la situación había sido resumida en unas pocas palabras, Gorse asintió firmemente.

—Tiene usted razón. Tiene usted toda la razón.

—Bien, entonces es fácil. Acércate a Coparatuleemicabicaní e inspira profundamente—le dijo.

Confusa, Gorse se giró para seguir la indicación. Las escamas de antracita se habían alzado de los músculos de soporte casi en ángulo recto, y las membranas reveladas por esa acción palpitaban y derramaban gotas de líquido que tenía un brillo verde ácido.

Atraída como una aguja por un imán, Gorse se echó hacia adelante e inhaló un perfume que sólo ella podía detectar.

Mientras esperaba que ella recobrase el sentido, Godwin sintió un pinchazo de envidia irracional. Tal vez, debería venir a ver a Hermann más a menudo. Claro que, si tenía que hacerlo, lo haría, pero también sería una buena idea si lo hiciera sin que se lo mandaran.

—¿Como te va, God?—La pregunta de Hermann le sacó de su ensimismamiento—. Por lo que veo, si no me equivoco, acabas de salir de manos de Irma. *Mens sana in corpore sano*, ¿eh? —jugueteando, dio a Godwin un golpecito en las costillas.

Junto al sofá, que tenía la potencia de un símbolo establecido y, por lo tanto, sólo se utilizaba para la clientela mundana que, posiblemente, no podría pagar a Hermann; aquella clientela fue, aunque fueran cantantes pop de los que obtienen discos de platino, recibían de él la terapia ordinaria (el mundo que habitaba estaba lleno de "por lo tanto", como si tuviera sentido), Apitaculabricomulaparatiri replegó sus escamas y regresó a su posición inmóvil. Gorse despertó.

—Lo necesitaba. Me habían llamado—murmuró Godwin, y en su consciencia emergió la sospecha de que su afirmación podría provocar antipatías. Se horrorizó ante esa posibilidad, y la reprimió.

—No hay que resistirse nunca a la llamada del inconsciente colectivo—dijo Hermann con suavidad—. Eso conduce a toda clase de trastornos sicosomáticos. ¿Cómo te encuentras, Gorse?

—Como si me hubieran retorcido el cerebro—dijo ella, bostezando—. Creo que nunca había recibido tantos datos de una sola vez en mi vida.

—Ni tendrás que hacerlo nunca más. ¡God, llévate a esta jovencita, dale de comer y deja que se relaje! Es una prescripción médica.

—Vamos a ver a Hugo y Diana.

—Ideal. Que lo paséis bien. ¡Buenos días!

Hubo una pausa. Lurabanguliticapulanduri continuó tan inmóvil como si hubiera sido tallado en ébano.

—Creo que no sé cómo pagarle, doctor—dijo Gorse por fin, con timidez.

—¿Hmm?—Hermann, tras sonreír y despedirse de ellos, se había vuelto a su escritorio, donde algo había acaparado su atención. Giró la cabeza ante aquellas palabras.

—Sus..., sus honorarios.

—¡Mi querida joven!—Se quitó las lentes, las frotó y volvió a colocárselas rápidamente—. ¡Absultarimanipicoloto debe de haberse distraído! No cabe duda de que para él es difícil comprender nociones tan peculiarmente humanas como "dinero" o "finanzas", pero aun así...—Dirigió a la criatura una mirada desdeñosa, diseñada para establecer su superioridad en el contexto de la habitación—. Deberías tener claro que todo está pagado.

—¿Todo?—susurró Gorse.

—¡Todo!

Godwin se había puesto en pie, dispuesto a librarse de aquel estúpido sentimiento autodestructivo que le asaltaba. En el fondo, sabía que su estado de ánimo se debía, una vez más, a la presencia de Catapulibampulicarato, que se aburría fácilmente sin remedio. Como él.

—Sólo tienes que aprender la forma correcta de preguntarlo —declaró.

Hermann enarcó una ceja y asintió con una aprobación reluciente.

—Nuestra larga relación ha dado su fruto—dijo mientras se levantaba de la silla y tendía la mano para despedirse—. Ahora, haced lo que os digo. ¡Buenos días, Gorse! Y recuerda que ahora sabes cómo someterte a un impulso surgido del inconsciente colectivo. Nunca lo resistas, y conseguirás una buena recompensa. Buenos días también a ti, God; espero que no pase mucho tiempo antes de que volvamos a vernos. De camino a la puerta, Gorse se detuvo e intentó imitar el gesto de Godwin a la llegada, pero Abutaralingotogulísica permaneció tan imperturbable como una piedra.

Hugo y Diana tomaba el sol en su patio de gravedad cero, en donde el espectáculo era maravilloso: cielo claro con tan sólo unos leves toques, aquí y allá, de difusas nubes blancas, colchonetas de aire que flotaban arriba y abajo en respuesta a las brisas que podía crear con un mero gesto en el aire puro, de delicado aroma. Largas y hermosas enredaderas verdeazuladas de hojas rojas que se arqueaban por encima de todo el lugar y sostenían en sus estribos bandejas de bollos tostados con mantequilla, Patum Peperium, ostras, mermelada de naranja, café y leche caliente, y también jarras de *buck's fizz* y *bloody mary*. En semejante entorno, las ropas parecían superfluas. Apenas llegaron, Hugo y Diana dio un grito de placer desde la colchoneta amarilla donde se encontraba y les invitó a unírsele. Preparado para aquello, Godwin así lo hizo, suspirando, y se sirvió un vaso de *bloody mary* y

agarró un colchón naranja y blanco y subió con él. Gorse dudó un momento, pero en seguida se quitó las ropas, que giraron a su alrededor burlescamente, e intentó imitar la indiferencia de sus compañeros. Su colchoneta hinchable era roja y amarilla. Le costó un poco acomodarse a ella, mientras Hugo y Diana le dirigía miradas indulgentes, pero poco después fue capaz de tomar una jarra de *buck's fizz* (confundiéndola con zumo de naranja) y consiguió encaminarse hacia donde estaba Godwin.

—¿Dónde estamos?—fue lo primero que dijo después de las presentaciones.

—A unos trescientos metros de King's Road, en Chelsea —fue la respuesta.

—Creí que...—las palabras se difuminaron.

Godwin y Hugo y Diana intercambiaron miradas divertidas. Siempre era así.

Y alguna vez, más pronto o más tarde, dejaría de ser divertido.

Sin embargo...

—¡Eres exquisita!—alabó Hugo y Diana, maniobrando expertamente hacia Gorse—. Eres diseñadora, ¿verdad?

Perdida, en busca de una pista, Gorse miró a Godwin, pero él se había dado la vuelta para disfrutar del sol. Tenía que arreglárselas sola.

—Si—dijo jactanciosamente, y apuró de un trago el contenido de su vaso—. ¡Y tú también! ¡Todo el mundo conoce la marca Peasmarsh! Esa ropa que me acabo de quitar...—indicó, notando que el licor empezaba a hacerle efecto.

—¿Qué quieres?—Hugo y Diana, amigablemente, colocó su colchoneta junto a la de ella—. Empecemos con lo básico. ¿Ropa interior? ¿Medias? ¿Zapatos? ¿Zapatillas? ¿Camisas y blusas? ¿Faldas y pantalones? ¿Vestidos cortos o largos? ¿Capas y abrigos? Sombreros, bolsos, brazaletes, collares, relojes, anillos, pañuelos, bufandas, peines y cepillos, jabón y pasta de dientes, colonia y desodorante, polvos faciales y lápiz de labios, sombra de ojos y máscara, perfumes, cortauñas y tijeras, laca de uñas, limpiadores de cutis, champú y acondicionadores, sales y aceites de baño, esponjas e hidratantes, crema limpiadora y depiladora, pinzas y secadores de pelo, lámparas solares, lociones, trajes de baño, bikinis y trikinis, gorras de baño y sandalias, toallas y gafas, gafas de sol y botas, calzones y guantes, las compresas que elijas, o los medios para que no las necesites nunca más. ¿Qué te parece?—sonrió, deslumbrante—. Intentamos ofrecer un servicio completo, pero puedes haber pensado en algo que se me haya pasado por alto. Naturalmente, todo llevará la marca Peasmarsh, a menos que prefieras que la lleve Quant, Dior o la que elijas. Tú decides.

A estas alturas, se había introducido en la misma colchoneta de Gorse y había arrojado la otra al vacío.

—No creas que vas a ofenderme si me dices que preferirías que fuera Dior—añadió, en un tono más suave—. Sigo creyendo que eres preciosa, y me alegra muchísimo que Godwin pensara en traerte a nosotros. Pero, naturalmente, él tiene buen gusto, ¿verdad? Y cualquiera que tenga buen gusto consigue lo que quiere en este mundo. Aunque es la cosa más rara del mundo, si la tienes, entonces es como un toque mágico... ¿Sabías que nos

interesa la magia? Oh, debes haberte dado cuenta. Por supuesto, requiere una terrible inversión de energía, pero estamos excepcionalmente bien dotados. De vez en cuando, conduce a periodos de reposición que son ineludibles, pero incluso los computadores tienen sus horas bajas, ¿no?

Para entonces, frotaba el clítoris de Gorse y su pene recababa atención. Godwin, tratando con todas sus fuerzas de no bostezar, se sirvió más *bloody mary*. Estaba hecho con vodka Zubrowskar, y era deliciosamente aromático. Aquello le ayudó a pasar el rato hasta que Hugo y Diana terminó y Gorse fue depositada de nuevo en otro de los incontables colchones flotantes.

—¿Así que ese lote te servirá?—dijo con un repentino tono negociador—. Lo arreglaremos todo para que se te envíe. God, ¿dónde vas a llevarla? ¿A casa de Bill, como de costumbre?

Godwin se arriesgó a encogerse de hombros, incluso aunque eso hizo que su colchón diera la vuelta violentamente en mitad del aire.

—¿Dónde, si no?

—¡Bien!—se dirigió a Gorse—. Y te prometo que no sólo no querrás, sino que no tendrás oportunidad de lamentar haber decidido tener la marca Peasmarsh en todo. Hay ciertos principios que trascienden la ciencia que nos llevó a diseñar nuestra marca y aparecen en todas partes donde está impresa e incluso en lo que la acompaña. Si tienes la más mínima duda en lo referente a lo que decimos, mira a tu alrededor. Si *evidentiam requiris, circumspice!*

—¿Quieres decir—preguntó ella con la voz llena de excitación—, que yo podría tener un sitio como éste?

Miró alrededor; había estatuas de mármol, cintas flotantes de todos los colores imaginables, esculturas de agua que mantenían su enervante curso contra viento y marea. Godwin lo había visto tan a menudo que le aburría, aunque deseaba compartir su capacidad de impresionarse.

—¡No! ¡No!—exclamó Hugo y Diana, horrorizado—. ¡Nada de esto! ¡Esto es mío! Pero, ciertamente, puedes tener lo que tú quieras. Piénsalo. Decide cuando llegue el momento. Cuando lo hagas, prometemos ir a verlo.

En un tono más confidencial, añadió:

—Pero debes asegurarte de incorporar los signos de poder que actúan como canales para la magia. Se lo hemos estado diciendo a God durante... ¡Oh, años y años! ¿Y crees que podemos hacer que nos preste atención? ¡Ninguna! Pero no importa haz lo que quieras, y diviértete como te dé la gana.

Godwin, aliviado ante la oportunidad de marcharse, hizo señas a Gorse para que se le uniera. Ella lo hizo lentamente, recreándose en la extraña sensación de flotar, y cuando llegó al alcance de su mano, que agarró, dijo:

—¿Es la magia lo que paga...? Bueno, ¿lo que paga todo esto?

—Bueno, nosotros no lo hacemos—dijo Hugo y Diana, dándose la vuelta y acariciándose el clítoris con suspiros y quejidos de placer—. ¿Quién podría? ¡Nadie! Esto no se puede comprar, ¿no te parece?

—Pero si...—continuó Gorse obstinadamente.

Godwin la interrumpió con un gesto y le tendió las ropas que había traído. Él advirtió que, a medida que se ponía cada una de las prendas, miraba en la etiqueta Peasmarsh en busca de símbolos mágicos de los que le habían hablado.

Bien, no podía esperarse que creciera de una sola vez.

—Vámonos—dijo por fin conduciéndola a la calle.

Siendo domingo, y en Che;sea, el mal tiempo no había evitado que la gente saliera a reunirse para deambular sin sentido.

Mientras caminaban hacia el lugar donde Godwin sabía que pasaría un taxi vacío, estaba seguro, la cara de Gorse fue palideciendo cada vez más.

—¡Nunca había hecho una cosa tan horrible en mi vida!—estalló por fin.

—¿A qué te refieres?

—¡Lo sabes condenadamente bien!—Se mordió los labios para no llorar—. ¡No sé qué me sucedió!

—No te preocupes—suspiró Godwin—. Hugo y Diana produce ese efecto en la gente. Es parte del lote. Lo hacen con lo que se llaman feromonas, supongo.

—Pero ¿qué clase de criaturas es... eso?

—Hermafrodita, por supuesto. Tal vez uno de estos días conozcas al cirujano que realizó los trasplantes. Un tipo brillante.

—¿Ahora vas a llevarme a ver a otro monstruo?

Llegó el taxi; Godwin le hizo señas y continuó hablando cuando estuvieron acomodados en el interior del vehículo.

—Vamos a ver a Ambrose Farr.

—¿Y qué me va a hacer que yo no quiera?

—Si no hubieses querido hacer lo que hiciste, no lo habrías hecho.

—¡Pero si no quise!

¡Típico! ¡Típico! Godwin suspiró, haciendo todo lo posible por reprimir un estallido de cólera.

—Quieres un apellido que vaya bien con Gorse; Ambrose elige bien los apellidos. Te buscará uno.

—¿Y si no me gusta?

—Te gustará.

El mecanismo continuó, como ruedas dentadas que girasen inexorablemente.

—Hará otras muchas más cosas además de elegirte un apellido.

—¿Como qué?

—Te dirá quién eres y quién deberías dejar de ser.

—¡Pero yo sé quién soy!

—Puede que sólo creas que lo sabes. Ambrose te dirá si tienes razón.

—¿Y si piensa que estoy equivocada?

—Te dirá lo que tienes que hacer. Llévenos a Putney—le dijo al taxista—. Le guiaré cuando nos estemos acercando.

Una típica casita, con un jardincito que corría parejo al curso del Támesis incluido, se alzaba de forma bastante chocante entre los altos edificios modernos. Había una puerta de hierro en la cancela que rodeaba las dos hileras de brillante césped verde que confluían en la blanca fachada bajo el techo de tejas rojas, cubierto de tulipanes, malvalocas y amapolas. Enredaderas colocadas con una simetría perfecta ornamentaban los lados de la pared frontal a derecha e izquierda.

Fuese quien fuese el que viviese allí, se preocupaba por los detalles.

Si se miraba con mayor detenimiento, se advertían las razones que justificaban aquel aspecto. Había pocas personas adecuadas que comprendieran qué clase de mirada deberían dirigirle por segunda vez. Por consiguiente, no había nadie que prestara atención cuando Godwin encaminó a Gorse hacia la brillante puerta amarilla de la entrada. Excepto, naturalmente, el ocupante.

Como de costumbre, la puerta se abrió al contacto de Godwin y reveló un estrecho corredor de un suelo cubierto con losas. Eran doce, de un metro cuadrado, y cada una representaba un signo zodiacal, recortado en amarillo sobre fondo rojo oscuro. Las paredes estaban divididas en paneles con oscuras molduras de madera; cada panel representaba una carta de la versión Bembo del tarot, incluyendo las figuras desaparecidas de El Diablo y La Torre. El aire estaba cargado de incienso. Una solemne música de órgano sonaba casi de forma inaudible.

Al fondo del corredor se abrió una puerta, y un instante después se cerró otra a la izquierda. Un agraciado muchacho rubio, vestido tan sólo con una camisa blanca, salió de la primera y entró en la segunda.

Godwin se detuvo sobre la losa que representaba a Libra. Siguiéndole, nerviosa, Gorse lo hizo sobre la de Virgo. Entonces, se produjo un súbito incremento en el volumen de la música de fondo.

Apareció su anfitrión: un hombre alto vestido con un traje de terciopelo marrón que, de alguna manera, parecía una túnica, aun estando perfectamente cortado. Llevaba chorreras y un pañuelo de seda blanco sobresalía del bolsillo de su pecho. Se movía con el aire de seguridad que confiere la plena madurez, pero era imposible juzgar su edad, pues su piel, suavemente bronceada, carecía de arrugas excepto las que provoca la risa en torno de los ojos. En contraste con su bronceado, lucía una leonina cabellera peinada hacia atrás que lo mismo podía haber sido blanca que rubio ceniza. Su voz era sorprendentemente grave aunque, de vez en cuando, se distorsionaba con un altibajo, como sucedería si la perenne seriedad de la cara de una estatua fuera incapaz de resistir esbozar una sonrisa pero no llegara a conseguirlo por completo.

—¡Mi querido amigo!—exclamó mientras avanzaba para abrazar a Godwin—. ¡Ha pasado tanto tiempo! ¿Quién eres tú, encantadora amiga?

Aunque la esperaba, la pausa era significativa. Godwin contestó escuetamente.

—Éste es Ambrose Farr. Ella es Gorse. De momento, sólo Gorse.

—¡Encantado de conocerte!—declaró Ambrose cálidamente, extendiendo el brazo derecho al máximo y abreviando al mínimo el contacto con la mano de Gorse. Su movimiento fue tan obvio que pidió disculpas.

"¡Debes perdonarme! Pero mi carta astral me dice que corro el riesgo de contagio. Claro que ese riesgo es ínfimo en el caso de alguien que ha traído aquí un viejo y querido amigo como él.

La risa añadió una ración extra de exclamaciones a su afirmación. Sin embargo, un segundo después, adquirió el tono y las formas de un hombre de negocios.

—Es muy acertado por tu parte consultar a un experto en nomenclaturas antes de decidirte por un apelativo permanente. ¡La de carreras, la de vidas enteras que he visto arruinadas por una elección inapropiada! Quizá nunca lo hayas tenido en cuenta, aunque con sólo mirarte deduzco que sí, pero puedo afirmar con total y plena convicción que las vibraciones que los nombres producen afectan aspectos tan fundamentales de la personalidad como la forma en que uno mismo se considera. ¡Cuánto más sabias son esas culturas que emplean nombres diferentes según las edades! ¡Qué desafortunada es, digamos, una Helena que se vuelve gorda en lugar de una reina de la belleza, o una Dorotea cuyos padres la repudian porque habrían preferido un niño! Sin embargo, tu elección es Gorse: el nombre de una planta espinosa perteneciente a la familia de las papilionáceas, el árgoma, de ciertas virtudes medicinales. En verano, es capaz de transformar millas y millas cuadradas de paisaje en una tierra maravillosa de color amarillo brillante, ¡toda una inspiración! Con ciertos tonos, lamentablemente, de sentimiento de trampa y decepción... ¡Hmm! God, esta vez me has

traído un problema digno de mi temple. No temas, le dedicaremos plena atención. Vayamos a mi estudio para que podamos realizar algunos análisis.

Estaba de pie, o eso parecía, quieto en mitad del pasillo. Sin embargo, como en respuesta a su mera intención, dos de los paneles del tarot se replegaron: El Prestidigitador y El Bufón. Entre ellos apareció una escalera que descendía al sótano, de donde emanaban unas espirales de humo.

—Debo precederos—murmuró Ambrose, y así lo hizo—. Hay ciertas barreras y rituales...

Sacó de su manga, o de algún otro sitio, una varita de ébano rematada en plata por un extremo y en marfil por el otro, y bajó por las escaleras, haciendo, de vez en cuando, signos. Gorse, mordiéndose el pulgar, con los ojos inmensamente abiertos, caminaba lentamente, parecía que la profundidad de la escalera no tenía límites.

Perdiendo la paciencia, Godwin la tomó por el brazo izquierdo y la urgió para que bajara delante de él, y pocos segundos más tarde llegaron al lugar que Ambrose había señalado como su estudio.

Una vez en su interior, experimentaron la sensación de que carecía de techo y de paredes, y que únicamente estaba formado por un suelo hecho de piedra irregular. En un lugar brillaba un brasero en el que reposaba un alambique que destilaba un fluido luminoso; en otro, dos esqueletos humanos, masculino y femenino, estaban colocados de forma que parecía que estaban a punto de agarrarse al estilo de lucha libre; en otro lugar, flotando en el aire, colgaban un cocodrilo disecado y un murciélago; más allá, no parecía haber más que bancos de niebla.

Entonces, Ambrose conectó la luz y la ilusión se desvaneció. En vez de obstaculizar la visión, se aclaró que los límites del lugar estaban formados por filas de cartas dibujadas en hojas de dos metros cuadrados hechas de alguna sustancia transparente, que se agitaban como hojas muertas a la menor brisa. Cada una consistía en una serie de círculos, a veces concéntricos, a veces en espiral, a veces de alarmante número y complejidad, cruzados con líneas rectas y marcados con símbolos de colores contrastados. La mayoría de ellos eran letras de los alfabetos griego y hebreo, aunque, en cualquier caso, resultaban poco familiares.

Pero éstos no eran los rasgos más sorprendentes del lugar.

Ambrose se sentó ante una mesa que bien podría haber salido directamente de las oficinas de una multinacional, ansiosa de mantener las ilusiones de sus ejecutivos en lo referente a su estatus, sobre la cual estaba instalado un complejo ordenador que incluía una enorme instalación para el proceso de datos. Una de las pantallas se veía desde donde se encontraban Gorse y Godwin, y en ella una docena de anillos de distintos colores giraban en torno a un punto central.

Al darse cuenta, Ambrose murmuró algo, conectó un interruptor y dirigió una falsa sonrisa a sus visitantes.

—¡Lo siento muchísimo! Pero se habla tanto de la boda de un personaje de la realeza que pensé que podía estudiar algunas de sus alternativas, pero claro, en cuanto uno llega a ese nivel, la posibilidad de hallar conflictos alcanza proporciones tan alarmantes que lo dejé

correr y...—Se encogió de hombros, luego sonrió—. Olvidaréis lo que habéis visto, ¿verdad? ¿Sí? Dios os bendiga. Y hablando de proporciones alarmantes, dejadme que le diga a Anders en lo que estoy... ¡Pero sentaos!

Un par de cómodas sillas, que no recordaban haber visto un momento antes, les esperaban. Aunque todo formaba parte del escenario, Gorse temblaba cada vez más. Mientras tanto, Ambrose susurraba algo en un micrófono invisible. Luego, volvió a prestarles atención, dirigiéndose a ella directamente.

—Creo que quieres hacerme una pregunta, jovencita. ¿Puedo contestarla?

Ella tragó saliva, con esfuerzo, y señaló los paneles que les rodeaban.

—¿Qué son?

—¿Qué crees que pueden ser?

—Oh, bueno, me recuerdan las cartas astrales, pero... —¡God, se lo habías dicho antes!— interrumpió Ambrose, acusándole.

Godwin suspiró, se echó hacia atrás, sacudió la cabeza y fingió una sonrisa.

—En tal caso, estoy impresionado—dijo Ambrose, cruzando los dedos. Ya había hecho desaparecer la varita sin dejar rastro—. Digamos que son un poco más explícitas que la mayoría de las otras cartas. Por ejemplo, llevo varias semanas preparado para volver a ver a God gracias a la suya.

Señaló y una de las cartas se presentó como si funcionara sobre un sistema automático, e instantáneamente Ambrose chasqueó los dedos y la carta desapareció de nuevo en el fondo perpetuamente circulante mientras le dirigía una deslumbrante sonrisa a Godwin.

—Sabes que nunca dejaría que nadie viera tu carta sin tu permiso, excepto por un brevísimo instante... ¡Y eso sólo porque me siento muy orgulloso de tener acceso a ella! Como estaba a punto de decir, incluso los más avanzados de mis amigos adeptos tendrían problemas en desentrañar el código que llevan, porque tengo en cuenta la totalidad de las variables.—Palmeó el teclado de su procesador de textos—Por ejemplo, creo que nadie, ni siquiera Della, podría competir con ésta.—Una vez más, una carta flotó hasta la vista y se detuvo, y mostró un juego de líneas que se cruzaban con tanta complicación que requerían separaciones de colores al límite del discernimiento humano—. La he preparado para cierta personalidad mundialmente famosa que se halla muy influida por la recientemente descubierta luna de Plutón. Sin embargo, hay una frecuencia que sospecho puede deberse a la interferencia que crea el cinturón de asteroides y que produce una especie de estática o ruido de fondo, debido a la pura aleatoriedad de las interacciones. A menos que, por supuesto, el proceso no sea aleatorio, cosa que sucedería siempre y cuando el mundo microcósmico se halle sujeto a las leyes del azar, lo que no le sucede al macrocosmos. Ah, pero tengo tendencia a extenderme cuando hablo de mi afición favorita. Al menos, permitidme que os enseñe esto como ejemplo de cómo me veo obligado a distraerme cuando las demandas de mi profesión se vuelven acuciantes, circunstancia que, debo admitir, sucede con gratificante frecuencia hoy en día, puesto que se me consulta constantemente por los ministros del gabinete, los diplomáticos o sus esposas e hijos... Pero, de cualquier forma, sospecho que no reconoceréis ésta.

Apareció una carta cuyo elemento central recordaba el símbolo de infinito. Brillaba rojo y amarillo en medio de una serie de anillos elípticos ordenados, todos distantes de los dos que se entrelazaban en el foco. Éstos eran verdes, amarillos, marrones y blancos.

Mientras hablaban, la música había continuado sonando. Ahora llegó a su clímax en medio de un resonante coro de trompetas y trombones, y a continuación se apagó.

—¿No?—preguntó Ambrose, y continuó hablando sin esperar respuesta—. No me extraña. Es la carta generalizada para una especie cuyo planeta de origen orbita una estrella doble en Casiopea, y son como ostras o tal vez como caracoles, porque son intermitentemente bisexuales y... Pero ¿en que estoy pensando? Tengo que saber tus datos para que el computador pueda trabajar con ellos. Tenía preparada una carta nueva porque sabía, por la de God, que iba a traerme a alguien complicado... No quisiera molestarte en mostrarla, pero...—empezó a murmurar y una carta vacía apareció ante él.

"Fecha de nacimiento, por favor, y la hora si la sabes. Todo lo que puedas decirme sobre los hábitos sexuales de tus padres, si hacían el amor solamente los fines de semana o si tu padre era más potente por la mañana o por la noche, o si a ella le gustaba más en algunas fases de su ciclo mensual. Todo lo que puedas —se giró para encararse con el teclado del ordenador—, porque el momento de la concepción es también muy útil para averiguar qué fuerzas astrales podrían haberse obtenido.

Godwin, que todo esto lo conocía demasiado bien, se echo hacia atrás y dejó de prestar atención. En un momento determinado, Anders le saludó con un beso, pero él no se sentía con ganas de nada.

—¿Y bien?—dijo Ambrose por fin.

—No estoy segura de que me guste—respondió Gorse, meditabunda.

—¿No crees que un nombre pueda resonar y cree frecuencias con las fuerzas astrales que actúan sobre una persona?—preguntó Ambrose—. ¡Si quieres te lo demostraré! Mira, ¿dónde está esa carta? Cuando la duquesa de Anglia tuvo su segundo hijo, el que nació después de que el duque muriera, los muy estúpidos lo bautizaron con el mismo nombre de su padre. Si se hubieran molestado en consultarme...

Gorse se volvió hacia Godwin en busca de ayuda quien, reuniendo todas sus fuerzas, le ofreció una sonrisa.

—¿Qué te parece?—dijo con tono conciliador.

—¡Quiere llamarme Gorse Plenty! ¡Nunca he oído antes un nombre así, y no me gusta!

—¡Es perfecto para ti!—ladró Ambrose. Estaba ofendido y se había puesto de pie.

—Fue Ambrose quien me dio mi nombre—dijo Godwin, también poniéndose en pie—. Y nunca he lamentado haber seguido su consejo.

—¡Exactamente, gracias! Solamente Cineraria Howe se quejó, ¿y no la conoce ahora todo el mundo por las series de televisión en las que ha trabajado? ¡Y con respecto a County Barbarian, si no fuera por mi, ni siquiera por el hecho de ser el hijo de un millonario habría

conseguido su puesto en la lista de discos más vendidos con el tipo de material que creaba! ¿Sabíais que el nombre original de County era Edgar Bernard Brown? ¡Que el cielo nos ayude! ¡ Si quisiera escribir una maldición de cinco sílabas me costaría trabajo mejorar ésa!

—¿Maldición?—inquirió Gorse.

—¿Cómo lo llamarías si tus iniciales fueran "EBB", decadencia en inglés? Pero tú tendrás suerte, te lo prometo. Tus amigos en el colegio deben de haber tenido una percepción más clara de tu potencial que tú misma o que los profesores que tuviste que soportar. Con respecto a tu madre...—Se encogió de hombros—. Sin embargo, un contragente en la rudeza del nombre que llevas te colocará en un buen lugar. Será memorable, y toda la gente que lleva nombre intercambiable te envidiará, ¿no es cierto?

—Ambrose elige buenos nombres—dijo Godwin, aburrido—. El suyo es el otro nombre del Mago Merlín.

—¡Cierto!—exclamó Ambrose, agarrándolo por el hombro—. "Gorse" es una planta repugnante, símbolo de depravación. ¿Es eso lo que quieres? ¡Por supuesto que no!

Apagó las luces sin moverse y, de repente, el estudio quedó oculto a la vista. Gorse se movió hacia la escalera; los dientes le castañeteaban.

—Por aquí—murmuró Ambrose—. Beberemos una copa de vino en honor de tu apelativo.

Los escalones estaban a unos cuantos metros de distancia, más allá del murciélago disecado. La redoma había mezclado su líquido y el alambique se enfriaba; el olor del incienso había dado paso a un olor ligeramente putrefacto, como el de las tripas de un animal que el carnicero echa a un lado.

En una bella habitación de arriba, Anders, ahora vestido con pantalones vaqueros y sandalias, les dio la bienvenida. Sirvió cuatro vasos de algo que humeaba y brillaba con un tono entre rojo y verdoso.

Ambrose hizo un brindis formal.

—¡Que dure y vivamos para disfrutarlo!

Bebieron al unísono. Gorse había tenido la intención de tomar un sorbo, no de bebérselo de un trago, pero Anders estaba bien entrenado—como lo habían estado Ragnar, y Per y Horst y Lars y todos los otros que llevaban nombres arios—, y en el momento preciso le dio un golpe con el codo y ella tuvo que tragárselo todo.

—Está claro que esto que llamamos vino no es más que la destilación de ciertas hierbas que sólo crecen en lejanos planetas, pero habría que viajar muchísimo más lejos para encontrar una bebida tan apropiada como ésta. Jovencita, te deseo toda clase de éxitos con tu nueva identidad, pero ahora tengo que marcharme porque mañana me consultará un oficial de las Naciones Unidas cuya esposa desaprueba, la muy estúpida, su interés en mi trabajo. Para ser absolutamente sincero, tu sola presencia, como elemento femenino, distorsiona el aura que intento crear en esta casa. Honestamente, God, ¿no podrías elegir mejor los momentos en que vienes?

La pregunta era tan absurda, ridícula y sin sentido que sorprendió a Godwin.

—Yo no elijo—dijo Godwin, depositando el vaso en la mesa más cercana—. Gorse no eligió. Piénsalo. Gracias por el vino. Creo que "Gorse Plenty" funcionará bien.

—Por si acaso lo dudabas.

Hubo una larga pausa en la que Anders se encogió de hombros y se volvió dispuesto a marcharse. Pasándole amorosamente un brazo por encima de los hombros, Ambrose le detuvo.

—Te prometo que estoy interesado, pero por el hecho que conoces. Ojalá estuviera aquí Aleister para hablar en mi defensa.

—Siempre dices lo mismo. Es tu forma de ser, pero, confidencialmente, esas son consideraciones materiales. Vamos, Gorse, salgamos de aquí. Todavía no conoces a Bill, y ya es hora. Después de todo, vas a vivir con él.

—No comprendo—dijo ella una vez estuvieron en el interior del taxi que, naturalmente, tomaron a pocos metros de la casa de Ambrose.

—No me extraña.

—Pareces conocer a toda esa gente, pero ¿quiénes son?

—Gente que conozco desde hace mucho tiempo.

—¡Oh, por el amor de Dios!—ella se separó de él—. ¿Qué sois todos vosotros? ¿Una especie de grupo?

—Sí, en cierto modo, supongo que sí.

—¿Como los rosacruces?

Godwin reprimió una carcajada.

—No, en lo más mínimo—dijo en el tono más grave que pudo.

—Bien, entonces. ..—Ella se mordía el labio inferior con tanta fuerza que éste podía empezar a sangrar de un momento a otro—. ¡Ojalá comprendiera qué está pasando!

—Sólo tienes que comprender las consecuencias.

—¡Siempre decís lo mismo! Ese tipo..., ¿cómo se llama? Ambrose. Siempre habla en galimatías, ¿no?

—No tienes que tomar demasiado en serio a Ambrose.

—¡Pero si hace un rato decías que sí!—Se volvió hacia él con los ojos llenos de lágrimas—. ¿O es que estáis intentando hacerme un lavado de cerebro?

—El lavado de cerebro se hace privando al individuo de su sueño y repitiendo alguna clase de mensaje ideológico hasta que sus defensas mentales ceden. Lo usaban en los campos de prisioneros en la guerra de Corea; hoy lo usan en las comisarías del Ulster. El elemento esencial es la monotonía. Dime qué hay de monótono, o incluso predecible, en lo que hemos estado haciendo. Y puedo testificar que cuando estuve contigo anoche, dormiste profundamente durante varias horas. ¿Sabías que roncas?

—¡No!

—Pues así es. No muy fuerte, eso es verdad, pero con una especie de ruidito, burbujeante. Probablemente tienes un derrame posnasal que sería conveniente tratar.

—¡No intentes cambiar de conversación! ¡No hablaba de eso! Sé que un cierto tipo de shock puede resultar tan eficaz como un prolongado periodo de privación para convertir a alguien, y eso es lo que has intentado hacerme", ¿verdad? Estás intentando convertirme a alguna especie de creencia que... ¡Dios! ¡Discúlpame! —Sus palabras se disolvieron en un colosal bostezo.

¿Tan pronto? ¿Incluso antes de llegar a casa de Bill? Bueno, tal vez fuera lo mejor. Godwin no tenía la menor idea de para qué la querían, pero sentía temblores en la espina dorsal que indicaban malas noticias. Aunque no había precedentes de que los amos tuvieran prisa, tal vez lo mejor sería que ella recibiera inmediatamente una experiencia correctiva. Al menos sería mejor, desde su punto de vista, que sufrir a través del juego habitual: "¡Oh, toda la vida he soñado con que me guiaran!", o "¿No es fantástico que alguien nos comprenda y pueda poner en funcionamiento las fuerzas astrales que nos rodean?", o lo peor de todo, "¿No prueba esto que cuando está preparado, el milagro, que es la mente humana, es capaz de concretizar cualquier cosa que nuestra imaginación haya concebido?".

Todo esto le estaba cansando, y deseaba que llegara el momento de dejar a Gorse y encontrar algo que verdaderamente le interesara. Ella ya no sólo bostezaba, sino que entrecerraba los ojos, y con todo el respeto posible a quien la llamaba, no sentía ningunas ganas de llevarla en brazos hasta la casa cuando llegaran a su destino, así que habló rápido y en voz alta.

—Creo que te llevarás bien con Bill Harvey, ya sabes, tu casero temporal, el tipo en cuya casa vas a vivir hasta que puedas hacerlo por ti misma. Es un tipo interesante. Primero fue jockey, y más tarde boxeador en la categoría de peso mosca, y todavía tiene la nariz rota para probarlo. En su círculo, eso es como tener cicatrices de duelo. Recuerdo que una vez me contó que, cuando era niño, lo más importante de su mundo personal era el casero, cuyos agentes venían cada dos por tres para pedir el alquiler a su madre. Así que decidió que un día él mismo sería casero, y ahora es dueño de casas por todo el sur de Londres: Watford, Lee Green, New Cross, Peckham... Se enorgullece de ser un buen casero. Jura que nunca contrata a nadie para hacer nada que él no pueda hacer, desde pintar un techo a instalar un cable o enlosar los suelos.

¿Tendría que seguir hablando de lo mismo? Gorse daba cabezadas y sus párpados continuaban cerrándose, pero, gracias al cielo, ya estaban en la esquina de la calle donde vivía Bill. Godwin le tendió un billete de cinco libras al conductor y le dijo que se guardara el cambio, y justo cuando abría la puerta apareció Bill para echarle una mano.

—Parece como si ya la estuvieran llamando—susurró, mientras cogía a la muchacha por los hombros, con la experiencia aprendida después de haber ayudado muchas veces a sacar a sus amigos boxeadores del ring tras una derrota catastrófica. —Si, eso creo. Será mejor que la llevemos dentro cuanto antes—añadió Godwin.

Pero Gorse pudo permanecer en pie y caminar hacia la casa, a pesar de que no paraba de mirar a uno y otro lado, pues la calle estaba en ruinas, rendida a su suerte, y los frontispicios y los enrejados necesitaban con más urgencia una reparación que los de la calle donde vivía Godwin. Las aceras, por su parte, estaban repletas de coches abandonados, algunos de los cuales habían sido incendiados y se habían convertido en descoloridos esqueletos de metal.

—¿Tengo que vivir aquí?—preguntó llena de terror.

—Con los tiempos que corren, no encontrarás una casa mejor en todo Londres que acepte huéspedes—declaró Bill—. No desde el Acta de Alquileres.

Era una figura remarcable, y la gente le miraba desde el otro lado de la calle con la misma intensidad con que Gorse miraba la casa con sus maderas sin pintar y las tuberías mohosas dispuestas según el principio de que no había que hacer nada para atraer la atención de los recaudadores de impuestos. La ropa que ahora llevaba, dos o tres generaciones antes habría sido considerada deslumbrante, incluso para esta breve excursión al aire libre. Un traje marrón con botas brillantemente pulidas, una camisa amarilla, corbata de seda verde con una perla y el mismo sombrero marrón que se pondría para acudir al Derby de Epsom.

—Hugo y Diana te mandará aquí todo lo que pediste—improvisó Godwin—. Recuerda que esto es solamente temporal. Y, por supuesto, una vez que te hayas instalado, encontrarás que es mucho más bonito de lo que parece desde fuera. ¡Recuerda cómo te sentiste al ver mi casa!

Si ella no hubiera tenido tanto sueño, sin duda alguna habría resistido sus intentos de conducirla por el corredor e introducirla en una habitación a la derecha. Del fondo de la casa provenían débiles sonidos: los comentarios, que a cada momento se volvían más apasionados, de una carrera de caballos.

—Shahanshah quedó ayer a veinte a uno. ¿sacaste algo de él? —preguntó Bill al abrir la puerta de la habitación para permitir que Godwin la metiera.

Con los ojos cerrados, luchando por permanecer despierta. Gorse volvía a temblar. La habitación había sido empapelada de nuevo con grandes rosas rojas sobre un fondo azul claro, pero, por lo demás, era exactamente como Godwin la recordaba: la cama estrecha, el sillón de segunda mano, la alacena en la esquina para colgar la ropa, la cómoda con el tirador del último cajón roto, la ducha eléctrica en una cabina con una cortina de plástico cubriendo el frente, incluso la papelera de latón con el dibujo de narcisos.

Por supuesto, todavía no había sido activada. A Gorse le llevaría su tiempo aprender a hacerlo, pero lo conseguiría. Y entonces, posiblemente, pasaría algún tiempo antes de que decidiera mudarse a otro sitio.

La acostaron en la cama. En cuestión de segundos, ella rodó hacia uno de los lados y empezó a roncar de la forma en que Godwin había dicho: un sonido burbujeante cada vez que inhalaba aire y un estallido con cada exhalación.

—Mejor que salgamos de aquí y cerremos la puerta. ¿no? —dijo Bill, nervioso.

—Sí. Está muy cerca. No le doy más de media hora.

Se retiraron al vestíbulo, donde Bill cogió una jarra llena de cerveza que había dejado sobre una mesa improvisada.

—¿Quieres que hablemos un rato mientras nos bebemos una jarra? Me perdí el final de la carrera, pero puedo volver a ponerla. Conseguí una copa magnífica. ¡Todo el mundo decía que sería Rovers, pero yo dije que United, y tenía razón! Y la hubiera tenido aun antes de conseguir mi nuevo amuleto. ¿Sabes lo que es un amuleto? ¿De verdad? Debí suponer que ya habrías oído hablar de ellos antes. ¡Tipo listo! Éste destaca sobre todos los demás. ¡Te lo juro!

Hizo un gesto significativo. Encima de la mesa había un vaso que contenía brezo blanco. Encima de la puerta delantera había clavada una herradura con la abertura hacia abajo; Godwin recordó cuánto había sufrido Bill tratando de establecer cómo ponerla bien, si boca arriba, para que la suerte se extendiera, o boca abajo, para que cayera sobre el que pasara bajo la puerta. Había prevalecido esta última consideración, pero, por si acaso, había otra herradura clavada boca arriba en la puerta trasera. Bill estaba convencido que su buena fortuna se debía a encantos y sortilegios, y había convertido su casa en una especie de museo de supersticiones.

—¿Sacaste algo de Shahanshah?—preguntó Godwin, con cierta malicia.

—¿Yo? ¡Ni pensarlo! ¡Los puñeteros ya no me dejan apostar! ¡Y todo porque siempre tengo razón y ellos se equivocan! Pero ya lo sabías, ¿no? Juraría que te conté lo que me hicieron en el despacho de apuestas.

—Tal vez deberías colgar tus amuletos y probar tu suerte sin ayudas, para variar—sugirió Godwin, seco.

—Ya lo había pensado, pero tal como yo lo veo es mejor estar fuera de juego siendo afortunado que sin serlo, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Seguro que no quieres quedarte y tomarte una jarra?—continuó Bill, tras haber vaciado la suya—. He arreglado el sitio. Juraría que ahora no lo distinguirías de Frinton. Y tengo barriles y barriles de cerveza de todos los tipos.

Godwin no tuvo ocasión de negarse al ofrecimiento. Una barahúnda proveniente de la habitación de Gorse se lo impidió. Ruido de grandes pisadas, luego algo que caía, probablemente la silla, y maldiciones en una voz profunda, no femenina.

—Más vale que vengas o que te marches—susurró Bill—. No me gusta encontrarme con uno de mis huéspedes cuando están... Bien, ya sabes.

Asintiendo, Godwin reprimió un escalofrío. Realmente, debía de resultar pavoroso encontrar a un extraño en un cuerpo familiar.

Ruido de lata: habían pateado la papelera o la habían lanzado contra la pared.

—Vaya, tendré que empapelar la habitación otra vez. ¿Y bien?

—Voy a marcharme. Lo siento. Con suerte, ya beberemos la próxima vez, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Mientras le estrechaba la mano a Godwin, todo lo que Bill forzó fue una mueca, no una sonrisa. No podía dejar de mirar la puerta de la habitación para ver si se combaba debido a un ataque del otro lado. A veces a los amos les costaba un rato aclimatarse.

—Es gracioso...—dijo Bill, dándose la vuelta. Hablaba en tono meditabundo—. A veces daría cualquier cosa... Te han llamado últimamente, ¿verdad?

—¿Qué crees que estoy haciendo aquí?

Incitado por la misma necesidad que le había hecho hablar en casa de Irrna, y sabiendo que lo que tenía que decir impresionaría a Bill, Godwin sacó de su bolsillo el recorte de prensa que le incluía en la lista de héroes condecorados en Buckingham Palace.

—Conseguí la Medalla George por lo que hice—murmuró—. ¿Ves?

—¡Diantre!—exclamó Bill—. La Medalla George, ¿eh? Ojalá tuviera tu imaginación. ¡Y yo que creía que estaba consiguiendo lo imposible cuando dejé atrás a Lovely Cottage en el National!

Con curiosidad, estudió el recorte. Antes de que pudiera hacer ningún otro comentario, fueron interrumpidos por un auténtico estrépito en la habitación de Gorse: probablemente la palangana hecha añicos. Godwin se apresuró a recoger el trozo de papel y se dirigió a la puerta.

—¡Nos vemos!—dijo Bill irónicamente, y se encaminó hacia la cocina. Sacudido por un pensamiento, se dio la vuelta—. ¡Muéstramelo otra vez!

—Está bien, si eso es lo que quieres...—accedió Godwin, sintiéndose por alguna razón desconocida extremadamente nervioso.

No le preocupaban los ruidos que provenían de la habitación, sino el hecho de que la cara de Bill, habitualmente alegre, mostraba ahora preocupación.

—Veinte de septiembre—dijo Bill por fin, golpeando con el dedo el papel.

—¡Sí!

—¿Mil novecientos cuarenta?

—¡Sí, por supuesto, durante la invasión!

—No lo creo—dijo Bill, devolviéndole el recorte.

—Nadie te ha pedido tu opinión—replicó Godwin, metiéndoselo de nuevo en el bolsillo. Pero un regusto amargo se acumulaba en su garganta, así que se obligó a formular la pregunta crucial—. ¿Por qué?

—Entonces no existían las Medallas George, ni tampoco la Cruz George. No la introdujeron hasta el veintitrés de septiembre.—Bill forzó una sonrisa—. No me paso todo el tiempo viendo fútbol en la tele. La guerra siempre me ha interesado, y eso lo recuerdo perfectamente. Da la casualidad de que el veintitrés de septiembre es mi cumpleaños... ¡Santo Dios, ahí está de nuevo! ¡Va a derribar la puerta en un minuto! Será mejor que te marches. ¡Nos vemos!

Un momento después, Godwin salió a la calle, bajo el cielo lúgubre. La gente parecía mirarle más incluso que a Bill y su ropa pasada de moda. Sus caras eran frías y hambrientas. Algunos de los niños que jugaban sólo vestían harapos y se masturbaban mecánicamente mientras le miraban con ojos sombríos.

Godwin tiritó y, alzando el cuello de su chaqueta para protegerse de aquellas frías miradas de piedra, se apresuró en marcharse.

Por lo menos ya había terminado el trabajo, y antes de pedir su recompensa podría relajarse durante una temporada. ¿Empezaría hoy? ¿Mañana? No había ninguna prisa. A veces la notaba, como si le estuvieran presionando, pero ahora no. Tenía tiempo para pensar qué era lo que quería a continuación.

Lo necesitaba. Lo que Bill había dicho le había perturbado. Se sentía como si los cimientos de su existencia hubieran sido sacudidos por un terremoto.

Solamente había una explicación posible: con cumpleaños o sin él, Bill tenía que haberse equivocado.

Era inconcebible que los amos cometieran un error.

Cuando se alejaba de la casa de Bill, Godwin recordó de pronto que se encontraba a poca distancia del lugar donde vivía Harry Fenton. Decidió acercarse por allí y coger un pasaporte, el que tenía ya lo había utilizado dos veces.

Pero cuando llegó al apartamento, situado en el sótano de un edificio de ladrillos grisáceos en una calle llena de coches abandonados, no hubo respuesta al timbre. Ésta era una de las pocas puertas que no se abrían a su contacto.

La explicación más razonable era que Harry había sido llamado, y contra eso no podía hacer nada. Nunca se podía.

Tal vez no tenía importancia. Las falsificaciones de Harry eran—naturalmente—las mejores del mundo. En realidad, nadie había advertido a Godwin de que no usara un solo pasaporte

muy a menudo. No hacerlo le parecía una precaución razonable, porque había tantos países en donde la policía pedia siempre "*Vos papiers!*" y "*Ihr Ausweis!*", o lo que fuera, y la presencia de un visitante sin registros en ningún puerto o aeropuerto del mundo podría despachar los problemas...

Pero ¿qué más daba? Encogiéndose de hombros, aunque incapaz de reprimir un mal gesto de fastidio, Godwin se resignó a utilizar el pasaporte viejo. Necesitaba aire puro y soledad, así que no había otra alternativa.

Mientras se encaminaba a la esquina donde, al pasar, un taxi le recogería, una niña al otro lado de la acera, que sacudía sus cabellos rubios, le llamó la atención. Se detuvo, contemplándola, y se dio cuenta que no podía ser mas que ella.

Con la idea de practicar un poco de esquí, se instaló en el hotel de André Bankowski en Les Hopitaux Neufs. Aunque la primavera se retrasaba en toda Europa occidental, la nieve se fundía excepto en las pistas más altas. Cuando encontró la única que le satisfizo, aquel hallazgo se hizo añicos al ver a una niña rubia que subía con André en el teleférico. Ya estaba en el último tramo, y no se dio cuenta, hasta que rodó por la nieve, que tenía la cara redonda y la boca demasiado grande.

¿Comparadas con la de quién?

Toda la tarde se la pasó aburrido en el bar, viendo cómo la gente se emborrachaba y se volvía melosa. Así que decidió marcharse a Nueva Orleans, donde el inglés Wilfred Burgess satisfacía sus ambiciones liderando una banda de músicos de jazz medio legendarios, uno de los cuales decía haber grabado con King Oliver. Pero en la esquina de Bourbon e Iberville, en el Vieux Carré, vio a una muchacha de pelo rubio haciendo una gran representación, para beneficio de su novio, que intentaba comer una enorme ostra con una mano, mientras en la otra sostenía un lata de cerveza llena. Estuvo tentado de ir en su ayuda antes de darse cuenta de que, en realidad, no era la persona que había imaginado.

¿Y quién era ésa?

Descorazonado, fue a ver a Maud McConley, en Nassau, para bucear un poco, y mientras lo hacía como una flecha entre los arrecifes de coral y disfrutaba de su soledad y de aquella suspensión en el tiempo y en el espacio, advirtió una larga cabellera rubia en el agua. Su corazón casi se paró antes de darse cuenta de que el cambio de color debido a encontrarse bajo el agua implicaba que no era la sombra que tenía en mente.

¿Qué sombra?

Solo, en la magnífica suite de su hotel, masturbándose con una desilusionada falta de interés, pensó en el asunto y se sintió engañado, decepcionado, traicionado.

Aquella niña cuya vida recordaba haber salvado tan vívidamente (al diablo con Bill Harvey): ella era la clave. Hastiado, se había vuelto inmune a la mayoría de los estímulos eróticos; era la primera forma de recompensa que alguien en su posición podría requerir. Pero aquel beso en público, tan breve y desvergonzado a la vez...

Sólo con recordarlo alcanzó el clímax, y en seguida se sintió a disgusto. Había una única palabra que acudía a su mente: perverso.

Regresó a Inglaterra para encontrarse con un verano tan nuboso e inestable como el estado de su propia mente. Casi deseaba que le llamaran de nuevo, pero todavía no había reclamado su recompensa de la última vez, y hasta el momento no había pensado en nada que quisiera experimentar. Además, aparentemente, las llamadas se estaban espaciando. Tal vez la gente se quedaba sin estilo.

O cualquier otra cosa.

Necesitaba matar el tiempo. Pensó en reclamar su Urraco del aparcamiento subterráneo de Park Lane y volver a visitar algunos de los lugares que le habían gustado en otro tiempo, en Kent, por ejemplo; alrededor de Canterbury había pubs que recordaba con vaga nostalgia. Tal vez mereciera la pena. Tal vez no. Casi envidiaba a Irma por su orgullo al estar relacionada constantemente con la jet-set, e incluso a Bill, cuya obsesión por ganar llegaba al extremo de que podía excitarse tanto viendo un video sobre la final de la Copa como viendo el partido en directo. Pero él había elegido ser un hombre de placer. Y, como dice el refrán, en su momento había parecido una buena idea...

Pero, como decía otro refrán, una vez hecha la cama, hay que acostarse en ella.

Si aprendiera a mentir más convincentemente, ayudaría. Especialmente a sí mismo.

La ciudad, atestada de hordas de niños mendigos a los que Godwin tuvo que mantener a raya echando a lo lejos puñados de calderilla, le parecía todavía más insoportable que de costumbre. Aquella era una técnica que siempre funcionaba, porque en cuanto empezaban a pelearse por la disputa de las monedas de una libra, su atención cambiaba radicalmente, aunque no dejaran de ser una molestia. Se alegró de ver que la policía patrullaba ahora de tres en tres, siendo uno de ellos un operador de radio, para así poder atajar cuanto antes los posibles problemas. Además, parecía haber más que en el pasado.

Pero era una lástima que ahora hubiera tan poco tráfico. Así, podría atropellar a alguno de aquellos diablos codiciosos.

Poco después decidió recoger el coche y concederse una impresión más agradable de su tierra natal.

Parte de Knightsbridge estaba cerrado; un edificio en ruinas se había desplomado sobre la carretera, forzando un desvío, y la policía había emplazado barricadas antidisturbios. Sintiendo cada vez más furioso, Godwin tuvo que andar hasta Marble Arch y acercarse al extremo norte de Park Lane, donde últimamente habían estallado un par de bombas. El aparcamiento estaba intacto. Aun suponiendo que no hubiera sido así, le hubiera sido fácil conseguir otro coche sin ningún problema. Habría sido una molestia, y no estaba de humor para soportar más molestias.

El Hotel Global se había librado de las bombas, y el conserje, Jackson, con quien había sido tan generoso, estaba de servicio y charlaba con una mujer delgada, de unos cincuenta años, que vestía un ligero abrigo negro y pantalones de pana. Cuando vio que Godwin cruzaba la acera y se disponía a entrar en el aparcamiento, el conserje le saludó y la mujer que charlaba con él volvió la cabeza. Entonces, el tiempo se paró.

¡Es imposible!

¡Es una locura!

Pero si la pequeña que conozco como Greer viviera...

El pensamiento le golpeó como una rama seca. Nunca pensaba en el paso del tiempo. Él y los de su clase estaban por encima de eso. Cuando necesitaban reparaciones, se les atendía más eficientemente que a un coche. El tiempo no formaba parte de su naturaleza.

Lo que registramos es el cambio. Arrastrado por el entusiasmo, le había dicho eso a alguien (¿a quién?), sabía que era cierto y, en consecuencia, descartó el asunto dándolo por zanjado.

No. Mas lógico aún: en el transcurso de una vida, cualquier persona, incluso una ordinaria, ve tantas caras que, eventualmente, alguna debe recordarle otra.

Por lo tanto, fingiendo no haberse dado cuenta del saludo del conserje, se apresuró a entrar en el aparcamiento sólo para descubrir que la entrada por la que iba a bajar estaba cerrada a causa de las bombas, así que tuvo que utilizar otra que estaba más alejada.

Más molestias. Más enfados. Se notaba furioso.

Aún más, sentía miedo. Y eso tampoco formaba parte de su mundo. Era otra de las exclusiones. Malhumorado, sacó la llave del coche de su bolsillo y se la mostró a los guardias que había junto a la barrera, dándose cuenta de que estaban armados con pistolas; anotó el cambio. Reluctantemente, le dejaron pasar, pero le advirtieron que, al haber dejado durante tanto tiempo el coche allí, posiblemente los ladrones le habrían vaciado el tanque.

¡Ignorantes!

Naturalmente, estaba lleno. El familiar rugido del motor resonó confortablemente entre los bajos techos de hormigón mientras se dirigía a la salida. De pronto, se dio cuenta de que sólo podría hacerlo por el norte. Una vez más tendría que pasar por delante del Hotel Global.

Alzó las cejas, satisfecho, al presentar la tarjeta de crédito cuando salía, pero ésa era una consolación menor.

Había sucedido lo mismo con demasiada frecuencia para que todavía se sintiera divertido por ello.

Lo que le molestó fue ver que Jackson continuaba hablando con la mujer y que, en cuanto el Urraco apareció, señaló en su dirección. Casualmente, sucedía algo casi imposible: un atasco en la confluencia de Oxford Street provocado por dos taxis, un autobús y dos carros de mano cargados de verduras que habían colisionado. Desde hacía ya mucho tiempo, sabía que nada en su mundo sucedía sin que hubiera una razón.

Por lo tanto, no pudo evitar la mirada de la mujer, ni darse cuenta del cambio en su expresión.

Registramos los cambios...

Ya casi había resuelto que el simple contenido erótico de sus últimas memorias había provocado su obsesión hacia las mujeres rubias; algo similar le había ocurrido en el pasado sin más complicaciones. Pero esta vez no había error. Ella le miró y él reconoció en su cara una expresión imposible de mala interpretación.

Te conozco.

El atasco se resolvió con la llegada de la policía. Haciendo sonar las sirenas, apartaron los carros, arrojando a uno y otro lado su contenido, lo que, instantáneamente, hizo que se materializaran hacia ellos una bandada de mendigos y saqueadores tolerados por esta vez. El camino se despejó. Primero los taxis, después su propio coche, a continuación el autobús, todos fueron obligados a pasar de largo con urgentes gestos que implicaban que no importaba en lo más mínimo si había materia animal mezclada con las verduras.

Godwin estuvo de acuerdo, y aceleró hacia el este.

Oxford Street llevaba bastante tiempo cerrada al tráfico, salvo para la circulación de autobuses y taxis, y, en cualquier caso, estaría atiborrada de mendigos errantes, vendedores ambulantes y prostitutas. Godwin se desvió hacia Wigmore Street y se encaminó hacia Holborn y los suburbios de la City, donde los squatters pululaban como hormigas por los bloques de oficinas abandonados, algunos de los cuales habían sido bombardeados, otros incendiados para cobrar el seguro, algunos abandonados simplemente para pudrirse cuando las compañías a las que pertenecían quebraron. Hordas de chiquillos apestosos, ataviados con harapos, corrían a celebrar el raro espectáculo de ver pasar un coche. Cuando detuvo el coche en un cruce inútil, más por la fuerza de la costumbre que por necesidad, se acercaron a él pidiéndole dinero y mostrándole muñones y llagas cuidadosamente cultivadas.

Les espantó haciendo rugir el motor y, a partir de entonces, atravesó las siguientes intersecciones sin detenerse, limitándose a tocar el claxon.

Se dirigió hacia el sur, a la autopista A2, pensando en Sittingbourne. En Greenwich, una patrulla fascista armada había instalado un control de carretera del que se encargaban unos muchachos de aspecto sombrío que llevaban pistolas robadas al ejército y lucían brazaletes con la bandera británica en sus chaquetillas de cuero negro. Afortunadamente, un trío de agentes de policía se había detenido junto a ellos para matar el tiempo y alguno había contado un chiste que les hacía reír. No le miraron más que para asegurarse de que era blanco, saludándole al pasar.

Cuando oscurecía, llegó a su destino: un edificio que había sido una posta de diligencias y que el siglo veinte había convertido en un motel. Según rezaba el cartel, tenía una fabulosa carta de vinos. Aunque Godwin no se atrevió a catarlos, conocía su cocina, y tomó ostras con lomo de carnero con salsa de cebolla, espárragos hervidos con budín y melaza, todo ello servido atentamente por camareros de chaqueta negra, con el acompañamiento de música relajante y la alegre charla de los otros clientes. Como siempre, el lugar estaba lleno, pero aun así mantenía su nivel de calidad. Oyó más de una exclamación referida a la soberbia calidad del burdeos.

Pero precisamente cuando Godwin trataba de relajarse después de la comida con un cigarro y una taza de café, una presión familiar empezó a hacerse notar en el fondo de su mente. Molesto, trató de rechazarla, por supuesto, fue imposible. La paciencia, de alguna manera, había tocado a su fin.

Y sólo existía un lugar seguro donde estar cuando sucediera: en casa.

Al menos, sospechaba que ése era el caso. Nunca había pensado mucho en eso. Pero antes siempre había estado ansioso de su recompensa después de haber cumplido satisfactoriamente una misión. La propia idea de retrasarla le habría sorprendido en el pasado, en realidad, ahora le sorprendía, aunque no se sentía deseoso de comprender la razón de aquella impredecible reacción.

¡Maldito Bill Harvey y sus recuerdos de la guerra! ¡Maldita fuera la mujer rubia de Park Lane!

Firmó de forma ilegible la factura, pues había olvidado el pseudónimo por el que le conocían aquí (aunque eso no importaba, pues ninguna de sus facturas se presentaba para ser cobrada), y corrió de regreso a Londres.

Como si de repente una antigua versión de sí mismo acudiera a atormentarle, una versión tan profundamente enterrada en el pasado que casi la había olvidado, advirtió, cuando se aproximaba a su casa, que le preocupaba no encontrar sitio para aparcar en su calle. Nunca antes había dejado el Urraco ante su propia puerta. Sin pensar mucho en la posibilidad de hacerlo de otra manera, simplemente había aceptado aquello como un riesgo, quizá por lo que le había pasado a los otros vehículos, de los cuales el arruinado Jaguar Mark X era sólo el último de entre muchos otros. Pero la presión en su cabeza aumentaba, y ahora, ocasionalmente, enviaba ráfagas de dolor y lucecitas brillantes ante su campo de visión. No iba a tener tiempo de hacer nada más.

Milagrosamente, el mismo Jaguar en el que había estado pensando, había desaparecido cuando dio la vuelta a la esquina, dejando un sitio vacante justo delante de la casa. Agradecido, aparcó allí y salió del coche sin molestarse en cerrarlo.

Nadie tocaría su coche, ¿no? Nadie lo había hecho nunca. Ni siquiera durante todo el tiempo que había estado en el aparcamiento de Park Lane, donde había tantas amenazas de bomba e investigaciones policiales.

Y, de cualquier forma, ¡qué demonios, siempre habría otro coche!

Medio ciego de dolor, corrió escaleras arriba y, sin perder tiempo en conectar la habitación ni en orinar, pasó los últimos pocos momentos de consciencia individual tratando desesperadamente de tomar una decisión sobre su recompensa.

Entonces, la inspiración le sorprendió. Tal vez no tenía que elegir. Tal vez lo que había sucedido con la indecisión sobre su última recompensa era una forma de indicarle que había otras posibilidades en las que él, con su limitada imaginación, nunca había pensado. ¿Había pedido Irma sus plantas de Sirio? ¿Había conocido Hermann de antemano los sorprendentes poderes de Arikapanotulandaba? ¿Cuándo había experimentado Hugo y Diana la caída libre?

Agradecido, convencido, se rindió.

Estaba oscuro y el calor era opresivo, a pesar de que el aire era seco. Apestaba a excrementos. Le dolían todos los músculos, tenía sed y hambre, y le dolían las muñecas y los tobillos porque los tenía atados con gruesas tiras de cuero cosidas y ajustadas por ribetes de cobre. Las de las piernas le hacían cojear, las de las manos le impedían incluso limpiarse cuando llegaba el caso. La cabeza le escocía terriblemente.

Se encontraba en el interior de una habitación—no, aquello era una celda—demasiado baja para que pudiera permanecer de pie y demasiado estrecha para que pudiera tumbarse en ella. La postura en sí no le resultaba incómoda, toda su vida se había acostumbrado a sentarse en el suelo. Pero deseaba ser capaz de caminar más de dos pasos.

Más detalles acudieron a su consciencia. Llevaba unos ropajes sucios, demasiado estropeados para que pudiera llamárseles túnica, que le cubrían de los tobillos a los hombros. Estaba acostumbrado a llevar sandalias, pero éstas eran ahora un lujo olvidado. En las paredes y el suelo de su celda había dos agujeros pequeños y uno grande: uno servía para que en él hiciera sus necesidades, otro dejaba pasar un poco de aire (aunque era tan pequeño que ni siquiera le cabía el puño dentro de él) y el tercero estaba tapado por una puerta enorme hecha de sólida madera. El resto de la estructura estaba hecha de ladrillos de barro puestos simplemente a secar al sol, pero bastaban para retener a un hombre.

De muy lejos le llegó el ruido de una celebración: cánticos, tambores, golpeteo de címbrales, risotadas. Torció la boca, amargamente.

Pero hacer aquello era una estupidez. Era peligroso. Tenía que haber una razón por la que estuviera allí, lo creía firmemente, y su deber era esperar pacientemente hasta que lo comprendiera. Forzó sus labios para formar una sonrisa, y entre dientes musitó una sagrada melodía por el bien de sus mágicos poderes protectores. Sintió cierto alivio al repetirlo una y otra vez; su consciencia se adormeció en un estado de vaga euforia.

Abruptamente, fue despertado por el sonido de las barras de madera de la puerta al abrirse. Volvió la cara hacia la entrada, incorporándose.

La puerta crujió sobre sus goznes. En la entrada se alzaba el guardián del carcelero con la porra preparada. Pensaba que el prisionero era un hechicero terriblemente peligroso, pero también creía en su porra, y estaba orgulloso de ella, porque estaba hecha de madera única y la había reforzado con clavos de cobre y había rodeado su mango con tiras de cuero.

Tras él apareció el carcelero que vestía una túnica relativamente limpia y llevaba un par de brazaletes de cobre.

—¡Vamos, tú!—ladró—. ¡Tenemos que conducirte en presencia del rey!

De repente, el prisionero advirtió que la música había cesado mientras había estado perdido en su autoinducido sopor. De la misma dirección, ahora llegaban gritos y ocasionales quejidos de angustia.

Muy interesante.

Obedeció y se puso en pie, sintiendo cómo le crujían sus articulaciones. Por un estrecho pasillo, le condujeron hasta unas escalinatas de piedra. En lo alto, dos mujeres esperaban a la luz de unas antorchas; una de ellas arrugada y madura, la otra aún joven, las dos medio

desnudas a excepción de los taparrabos y los brazaletes. Ambas habían estado llorando, pues tenían los ojos enrojecidos e hinchados.

—¡Quítate esos harapos!—rugió el carcelero, y como el prisionero reaccionó lentamente, se los arrancó.

—¡Lavadlo a fondo y frotadlo con algo que haga desaparecer ese olor!—ordenó—. ¡De prisa!

Las mujeres habían traído toallas y jarras llenas de agua. Con manifiesto desagrado, pues sus servicios no se aplicaban normalmente a los presos, le lavaron y le untaron perfume en la cabeza y en la barba, y le arreglaron los cabellos con peines de hueso. Pronto estuvo aceptable, y el carcelero le tendió una nueva túnica de tela azul con bordados rojos que le llegaba hasta los tobillos. El guardián le tendió un par de sandalias con cordones de cuero.

Entonces, le condujeron por otro pasillo, atravesaron un extenso patio donde fue entregado a un capitán de la guardia, un hombre ataviado con una espada de bronce, casco, grebas y una lanza de madera adornada con tiras de bronce. Le acompañaban cuatro hombres más altos que él. Todos llevaban cascos y lanzas, y sus corazas eran lisas y solamente tenían dagas en el cinto, no espadas.

Hubo un intercambio formal que incluyó uno o dos exabruptos. Durante el intercambio, el prisionero advirtió que el aireapestaba a incienso, carne asada y terror a partes iguales. También vio que ante él, al otro lado del patio, había varias ventanas que dejaban entrever el brillo de las antorchas y la sombra de la gente que se movía más allá. Aunque ahora no eran tan fuertes, el ruido y los gritos venían de allí.

Sin embargo, los quejidos y los llantos se habían vuelto contagiosos. Resonaban como un eco a sus espaldas, sin duda, procedían de otras celdas como la suya donde los prisioneros habían sido confinados a su miseria. Era sorprendente que todavía les quedasen fuerzas para llorar.

Por fin le condujeron en presencia del rey para que presentara ante él sus dotes de adivino. Cruzó el irregular pavimento del patio, flanqueado por dos soldados y siguiendo al capitán de la guardia, decidiendo que lo primero que iba a pedir cuando entrara en el banquete sería una jarra de vino. Y, para calmar el hambre, también un poco de pan. ¡Si este déspota pagano quería emplear sus servicios, tendría que pagar por ellos!

La proximidad del pan y el vino, junto con la sensación de vestir ropas limpias y llevar sandalias bajo sus lastimados pies, sirvió para animarle. Oyó que la música empezaba de nuevo y, por reflejo, empezó a tararearla, pues la reconocía.

Era de William Walton.

Era El festín de Baltasar.

Lastimado, sorprendido, molesto, se detuvo. En vez de empujarle para que siguiera, los soldados que iban detrás de él se pararon como si hubieran detenido una película. Lo mismo hicieron el capitán y los que le flanqueaban. Las sombras visibles al otro lado de las ventanas, bajo la luz de las antorchas, también se inmovilizaron. Todo se convirtió en una película fija. Sólo su mente continuaba funcionando, aunque era incapaz de mover un solo

músculo. Era peor aún que estar confinado en una celda, y le pareció que duraba una eternidad. Entonces... Entonces fue aún peor. Era más alto, pero también más viejo, y en lugar de tener encadenadas las muñecas y los tobillos, tenía heridas abiertas. Había llevado grilletes de metal que se los habían quitado con tan poca delicadeza que creyó que le habían roto una muñeca. Estaba completamente desnudo, y no tuvo necesidad de mirar para darse cuenta de que estaba más cerca que nunca de la desnutrición.

El aire era caliente, debido al impacto del pleno sol de mediodía, y no sólo olía a humanidad sucia, sino también al hedor de la sangre recién derramada y la carne podrida. Se hallaba en una habitación parecida a una cripta, en sombras, pero no fría, una de cuyas salidas estaba cerrada por una cancela de metal.

No estaba solo. Tirados en el suelo, o apoyados contra las paredes en actitud de completa desesperación, había docenas de hombres y mujeres y dos muchachas muy jóvenes, de no más de diez años, todos desnudos, magullados y sucios. Las niñas estaban junto a una mujer que parecía su madre. Por la expresión de sus caras y los ojos llenos de lagrimas, era obvio que querían abrazarla para sentir el alivio de su contacto, pero también estaba claro que no se atrevían, porque notaban su aspecto indecente. Por eso, en vez de abrazarla, cubrían sus genitales con las manos.

De fuera, a intervalos, podían oírse gritos, algunos de los cuales eran claramente inhumanos, y el rugido de una multitud al borde de la histeria.

Alguien, utilizando una piedra o un palo, había conseguido grabar la figura de un pez en uno de los ladrillos. Uno de los hombres estaba arrodillado ante el símbolo y rezaba con toda la fuerza que el terror le permitía, aunque no surgía ningún sonido de sus labios.

El resto parecía que ni siquiera tuviera la suficiente energía como para susurrar.

Más sonidos distintos, más cercanos, precedieron la llegada de cuatro *lanistae*, todos vestidos con harapos, armados con látigos y afiladas picas de metal, uno tuerto y otro con un solo brazo. Los otros dos sujetaban con traillas sendos sabuesos.

Las niñas empezaron a chillar.

Valiéndose de empujones, patadas y puñetazos, los *lanistae* hicieron que los cautivos se incorporaran y les condujeron a lo largo de un túnel, que también estaba cerrado por una verja. Fueron obligados a salir a la arena del Coliseo. Se persignaron y trataron inútilmente de entonar un himno, pero el rugido de la multitud (aún más fuerte en la zona más cara, donde unos toldos resguardaban del sol de mediodía a los espectadores) lo ahogó todo, incluso el trompeteo de las *buccinae* cuando el director de los juegos dio la orden de comenzar la siguiente parte.

Un grupo de esclavos saltó a la arena, llevando con ellos carros que al principio habían servido para retirar los cadáveres de la última actuación, y ahora traían arena limpia mientras sonaba un interludio musical. No había la menor duda de que no habían sido traídos aquí para escucharla.

Un estallido de risas saludó la aparición de los cautivos, desnudos e indefensos, y el emperador en persona se dignó a mirarlos, distrayéndose momentáneamente del juego de dados en el que estaba ocupado. Pero al ver que ninguna de las víctimas iba armada y que

soltaban un león de una jaula al otro lado de la pista, dejó caer su monóculo de esmeralda y volvió a centrar toda su atención en algo menos predecible que aquello.

El león estaba casi tan desnutrido como la carne de la que iba a disfrutar. Su piel estaba cubierta de eccemas. Adelantó la pata derecha mientras miraba alrededor, rugiendo, en una postura entre agazapada y dispuesta para saltar. La multitud gritó más fuerte que nunca y la gente empezó a arrojar jarras vacías de vino y piedras para azuzar a la bestia.

Pero en lugar de aventar la carne, alzarse y saltar, el león pareció vagamente sorprendido durante un instante, se sentó y se miró la zarpa derecha. Tras lamerla un par de veces, volvió a observar al grupo de seres humanos que tenía delante.

Y, a pesar de su cojera, comenzó a avanzar, rugiendo.

Más parecía un hombre envuelto en piel de león que un león auténtico.

¡Oh, no!

¡George Bernard Shaw! ¡Androcles, que sacó la espina de la pata del león! La totalidad del decorado era tan estúpida que no pudo evitar echarse a reír. La risa se multiplicó. Primero sus compañeros cristianos, de cuya identidad no tenía la menor idea y entonces los imitaron los *lanistae* y los esclavos que rodeaban el coso como los banderilleros y picadores de una corrida... Luego, toda la multitud y, por fin, el emperador en persona estalló en histéricas risotadas

Mientras tanto, el director de los juegos, irritado, chillaba y golpeaba a sus asistentes.

Este escenario también se detuvo eventualmente

Entonces...

Le ayudaban a montar un caballo de mal genio. Se sentía como una langosta. Estaba dentro de una armadura mal articulada y diseñada con refuerzos para proteger sus órganos más vitales, pero que, aun así, se le clavaban en la piel, rozándole y escociéndole terriblemente. Podía ver muy poco, pues su cabeza estaba cubierta por un yelmo de metal y su visión quedaba obstruida por la visera.

Una persona, próxima a su campo de visión, le agarró la mano izquierda, que llevaba envuelta en un guantelete, y le colocó un escudo que sujetó con tiras de cuero. Otra persona, a su derecha, igualmente irreconocible porque el casco actuaba como una anteojera, le hizo coger una larga y pesada pica de madera con punta metálica.

¿Una lanza? Si, lógicamente. Pero no tan bien equilibrada como siempre había imaginado que serían. Al intentar apoyarla contra la parte trasera de su silla de montar (que tampoco era, en modo alguno, una obra maestra) para que el impacto fuera transferido a la masa mayor del caballo, descubrió que todavía sobraba demasiado por delante del punto por el que le agarraba. Iba a moverse como el mástil de un barco en una tormenta.

Pero era demasiado tarde para preocuparse. Sus ayudantes, chillando de terror, corrían a esconderse en el bosque cercano.

¿Un bosque?

Como pudo, oteó el panorama. Estaba en un claro en el que se veían abedules, hayas y fresnos. Hacia poco que había llovido: las piedras cercanas (que parecían granito) brillaban, y la hierba estaba húmeda y mullida.

Un ruido, procedente de algún lugar que no podía ver, hizo que su montura cabeceara nerviosa. Verdaderamente, no era la mejor montura que podía desear. Aunque era grande y fuerte, serviría más para arrastrar un carro que para conducir a un caballero armado a la batalla.

¿Batalla?

Cuando todavía estaba observando la crin casi pelada del caballo, el jinete oyó de nuevo el ruido, entre el rugido y el aullido, que había asustado a la bestia. Esta vez provocó en el caballo un caracoleo y una vuelta que estuvo a punto de desmontarle. Se encontró de cara a la otra dirección antes de que pudiera volver a hacerse con el control.

Allí, ante él, se hallaba, casi desnuda, una muchacha atada contra una roca gris. Era demasiado gorda para su edad (unos quince años), y su cabello caía en trenzas a ambos lados de una cara gordezuela y enferma, y sus regordetas manos se habían aferrado a la roca hasta el extremo de hacerse sangre. El miedo había hecho que se cagase, y el fino taparrabos amarillo que era todo lo que llevaba puesto revelaba la noticia con excesiva claridad.

Hacia ella avanzaba el aliento cálido de una criatura que se acercaba tendiendo unas garras terminadas en pinzas como las de una gigantesca cucaracha. Tenía el cuerpo lleno de parches amarillos y verdes, como hongos fosforescentes, la cabeza sobre un cuello serpentino meneándose adelante y detrás con la lengua muy roja y brillante y, en vez de patas o antebrazos, un par de alas escarlata totalmente increíbles, como un abanico.

Se noto confundido. Pero todavía pudo identificarse. No tuvo que mirar el escudo para darse cuenta de que éste sería blanco con una cruz roja.

¿Qué estaban intentando hacerle esos bastardos hijos de puta? Esto no tenía ninguna gracia. ¡Era una burla!

Una explosión de furia en estado puro emergió de lo más profundo de su ser. La escena intentó congelarse. No tuvo tiempo (era curioso que pensara en la escena como una entidad autónoma, pero, como obviamente nunca podría haber ocurrido en realidad, tal vez lo fuera); en vez de hacerlo, se fundió. Cada color mezclándose con otro, como la cera, como los contrastes de la plastilina de un niño convertida en una pelota, y terminó por hacerse una masa marrón grisácea en la que quedó atrapado, incapaz de moverse o de razonar. Sentía que alguien le había dado la espalda, que un Poder le había ofrecido lo mejor que tenía a mano y él, por estupidez, mal genio o perversidad, lo había rechazado.

Sintió, supo, que estaba maldito

Era mucho peor que los estertores del castigo. Le separaba de su cuerpo, de su esencia, de cualquier parecido con cualquier cosa a la que creyera real.

Y la sensación continuó, como si hubiera sido apartado y olvidado.

Volvió en sí sintiendo que había sido poseído más que recompensado. Tenía mucho frío, se sentía dolorido notaba el estómago ácido y le dolía la cabeza. Había apretado los puños contra sus palmas durante tanto tiempo que parecía que en éstas fueran a nacerle nuevas uñas. Luchó con todas sus fuerzas para evitar pensar en ellos, pero inexorablemente recordó los días (tan lejanos en el pasado que era como intentar recordarlo con el cerebro de otra persona, aunque a la vez eran tan reales como si hubieran sucedido ayer mismo), cuando ésta era su manera habitual de despertar.

Quiso llorar, pero sus ojos permanecieron obstinadamente secos. En su lugar, realizó el terrible esfuerzo de abrir las manos y luego el de sentarse en el borde de la cama para echar un vistazo a su alrededor.

Más allá de la ventana vio la luz del sol y el cielo azul, moteado de unas pocas nubes. Pero la habitación, inactiva, parecía gris, sucia y descuidada. Uno de los grifos del lavabo roto goteaba en demanda de un fontanero y había dejado un surco de óxido sobre las losas. El espejo estaba lleno de resquebrajaduras producidas por el paso del tiempo. Una araña había tejido una compleja tela desde el toallero a la esquina de la ducha.

Sólo costaría un ligerísimo esfuerzo conectar la habitación de nuevo, pero estaba demasiado débil o demasiado lleno de autoaversión para decidirse a hacerlo. Esperaba que fuera lo primero. Durante mucho rato había permanecido tumbado, inmóvil. Su cara y sus manos estaban llenas de polvo, como los recovecos de su memoria.

Por fin consiguió moverse. Sin prestar atención al dolor de sus músculos, se obligó a ponerse de pie, se quitó la ropa y se introdujo en la ducha. El agua estaba fría y el jabón se había convertido en una masa pastosa, pero, paradójicamente, sintió alivio al castigarse a sí mismo. Se secó con una toalla gris, gastada por el uso y se cepilló los dientes hasta que las encías le sangraron. Pero sintió que había realizado algún tipo de expiación cuando, por fin, se encaminó al armario de la ropa, planeando vestirse salir de allí y encontrar algo de comer. Nunca conservaba comida en casa, y si le quedaba alguna, ya estaría estropeada, y además (quizá por la misma razón por la que no se molestaba en conectar la habitación) quería algo sencillo y directo, como sandwiches de bacon grasiento acompañados de caliente y dulce té.

El armario, naturalmente, estaba vacío. No tenía otra ropa que ponerse excepto la que se había quitado: ligera, incómoda, diseñada para ser usada una sola vez. Los zapatos, particularmente, le lastimaban los pies.

Pero tenía que vestirse.

Así lo hizo, reluciente, y salió de la habitación con la cautela de un ladrón. De abajo se escuchaba el ruido de la televisión pero no había nadie a la vista. Consiguió llegar a la calle, aunque temiendo que las náuseas que sentía en el estómago le hicieran vomitar, si es que aún le quedaba algo dentro.

Cuando cerraba la puerta, vio el Urraco y recordó con sorpresa que se había visto forzado a aparcarlo aquí en lugar de en su garaje habitual. Pero ahora no tenía tiempo para preocuparse de eso. Parecía estar en buenas condiciones (no lo habían estropeado con pintura o ácido, ni roto, ni pinchado los neumáticos), y así tendría que seguir durante una temporada. Dio la vuelta.

En ese mismo momento, otro coche al que no había visto, o al que no había prestado atención, se detuvo a unos pocos metros delante de él. Un hombre con bigote marrón y una gabardina pasada de moda salió de su interior y se le acercó. Simultáneamente, otro hombre, más joven, con un jersey azul y pantalones salió de la puerta de atrás y también se aproximó, mientras el conductor murmuraba algo a un micrófono.

—Inspector Jefe Roadstone—dijo el hombre de la gabardina enseñándole una orden de arresto—. Tengo razones para creer que su nombre es Godfrey Harper y que ese coche de allí, el Lamborghini, le pertenece. Quiero hacerle unas cuantas preguntas.

Durante un instante, Godwin se sintió completamente perdido. Su cabeza bullía. ¡Precisamente algo así tenía que ocurrir en ese momento...! Y había pasado tanto tiempo desde la última vez, que casi había olvidado cómo tratar este tipo de problemas. Excepto que no lo había hecho. Segundos más tarde volvió a la técnica que había aprendido de Ambrose Farr hacía tanto tiempo que no podía recordarlo, lo que conocía como flexión. La experiencia le había enseñado a evitarla, pues era invariablemente agotadora, pero ahora parecía no haber otra alternativa. Estaba en mitad de la calle y casi medio centenar de personas alertadas como por arte de magia de la presencia de la policía, le miraban, algunos desde la calle, otros asomados a las ventanas. Además, para todos los efectos, realmente era Godfrey Harper resultaba conveniente tener un alias cuando hiciera falta este tipo de cosas, como registrar un coche del que no se había pagado nunca impuestos.

Sin embargo, la cuestión seguía ahí: en el presente estado ¿se encontraba con las fuerzas suficientes para utilizar la flexión?

Sudando, temblando, llegó a la conclusión de que tendría que averiguarlo a las duras, sobre la marcha.

Reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, combatiendo las náuseas que amenazaban con vencerle en cualquier momento, centrando su atención en los tres policías, pero incapaz de hacerlo con los transeúntes y obligado a dejarlos a su suerte, dijo en un suave y peculiar tono zalamero:

—No existe ningún Godfrey Harper. Yo no soy Godfrey Harper. Nadie es Godfrey Harper. Ese coche es mío. Me pertenece. Es legítimamente mío. Han venido aquí para nada, no había motivo. Cuando regresen a la comisaría de policía, introducirán estos datos en su informe oficial. Volverán inmediatamente a la comisaría e informarán que fueron conducidos aquí por una falsa alarma y que todo fue una pérdida de tiempo. Introducirán los datos para asegurarse de que en el futuro nadie perderá el tiempo investigando a Godfrey Harper, porque Godfrey Harper no existe.

Su voz estaba a punto de quebrarse, tan intensa era su concentración, pero advirtió que la flexión cumplía su objetivo: los tres hombres se relajaban, asentían entre sí, comenzaban a sonreír.

—Siento haberle molestado, señor—dijo Roadstone—. Pero estoy seguro de que comprende que a veces recibimos falsas llamadas, que estamos obligados a investigar. Volveremos inmediatamente al Yard y nos aseguraremos de que nadie vuelva a molestarle innecesariamente.

—Esto está muy bien. Lo comprendo.

—Buenos días.

—A ustedes.

Forzó una amistosa sonrisa y se quedó mirándoles mientras regresaban al coche y se marchaban. Entonces, y sólo entonces, se permitió un colosal suspiro de alivio. La náusea se había desvanecido con el desarrollo de la flexión, pero ahora se sentía tan hambriento que temió desvanecerse. Ansiaba más que nunca el té dulce y caliente que antes se le había antojado. Se había convertido en una obsesión, y el lugar más cercano donde podía encontrarlo era en un pequeño y mugriento café a dos o tres minutos de donde se hallaba ahora.

Estaba a punto de dar el primer paso cuando advirtió que, desde la sombra del porche de una casa al otro lado de la calle, estaba observándole la mujer rubia que había estado hablando con el conserje del Hotel Global.

La que pensaba que había reconocido.

La que estaba seguro le había reconocido a él.

Durante un segundo se miraron fijamente. Pero este encuentro no tuvo más sentido que el anterior. La mujer permaneció tan quieta como si él hubiera utilizado la flexión con ella. Pero no lo había hecho, y definitivamente no podría hacerlo ahora; había agotado toda su energía con los tres policías.

Con horror, Godwin se dio cuenta de que tenía que hacer algo que no había hecho durante años: confiar en la suerte.

Aunque el cielo era claro y el sol brillaba, el aire era frío. Con un brusco movimiento, se subió el cuello de la chaqueta y se apresuró hacia el refugio del café, sin volver la vista para ver qué hacia la mujer.

Se dio cuenta de que temblaba más de lo que podría justificar el azote del viento.

Un hombre con una sola pierna montaba guardia a la entrada del café. Tenía dos muletas: con una mantenía el equilibrio con la otra—y una andanada de maldiciones—mantenía a raya la habitual horda de piojosos y temblequeantes chiquillos. De vez en cuando, también expulsaba a un adulto, si su aspecto era especialmente sucio, andrajoso o enfermo. Pareció como si durante un momento fuera a rechazar a Godwin, pero, según los cánones de esta zona, iba bien vestido y, a pesar de las ojeras y la cara sin afeitar, parecía disfrutar de una salud excepcionalmente buena. Seguramente alguien así tendría dinero suficiente para pagar lo que pidiera, aunque fuera un misterio qué hacia aquí.

Aliviado, Godwin entro en el café y, al ponerse en la cola ante el mostrador, se dio cuenta de que, en realidad, no tenía dinero. Se había acostumbrado a arrojar monedas a los mendigos para así alejarlos, y lo único que tenía en sus bolsillos era la cartera.

Pero había pegatinas que anunciaban tarjetas de crédito, lo único nuevo e inteligente en el lugar, y al verlas se tranquilizó. Ordenó el sandwich de salchichas y bacon por el que había estado suspirando, y la taza de té. A continuación, mostró sus tarjetas como si fueran una mano de póquer, advirtiendo con ligero interés que el límite indicado en cada una de ellas había sido ascendido a mil libras. Garabateó una firma que más o menos cuadrara con la tarjeta que la propietaria de cara enjuta seleccionó y le dio la vuelta, llevando la bandeja, en busca de un sitio en el que sentarse.

La clientela del café estaba dividida en cuatro grupos separados y reconocibles. Junto a la puerta estaban aquellos de quienes había que deshacerse más rápidamente si lo requería la ocasión: hombres y mujeres mayores de aspecto enfermizo y cabellos grisáceos que hacían todo lo posible para que la taza de té les durara todo el día, y que no se hablaban entre si, aunque, ocasionalmente, se pasaban un cigarrillo. Tras ellos, compartiendo una ración de pastel de carne, se sentaban seis o siete jóvenes de la calle disfrutando sin duda del producto de algún robo exitoso, pues de otra manera no habrían podido costearse tanta carne. Tras ellos había un puñado de empleados de aspecto respetable, hombres y mujeres, la mayoría de mediana edad, con la característica mirada sombría propia de los programadores sin trabajo y otros oficios parecidos, pretendiendo que no era más que la economía lo que les había traído aquí para tomar un poco de queso, una barra de pan y un vaso de agua. Dos o tres tenían, en los pómulos o las muñecas, las hemorragias subcutáneas indicativas del escorbuto.

El ambiente del lugar casi hizo que Godwin se volviera al mostrador y pidiera que le sirvieran la comida y la bebida en bolsas para llevar. Pero había un sitio libre al fondo, más allá de los empleados, donde una fila completa de sillas vacías dividía a los meros clientes de los ocupantes asiduos: todos hombres, todos de aspecto próspero, uno de ellos presumiblemente el marido de la mujer del mostrador, fumando cigarros y pasándose una botella ilegal de whisky (el lugar no tenía licencia para servir licores). Uno de ellos, reconociendo la calidad de las ropas de Godwin, se dignó a señalarle con la cabeza un sitio vacío, concediéndole permiso para sentarse, como si de otro modo él y sus compañeros se hubieran contagiado de pulgas.

Agradecido, aunque ausente, Godwin accedió y consumió la comida. Los hombres que estaban a su alrededor no dijeron nada que pudiera oír, aunque estaban hablando entre si. Parecía que estuvieran esperando que pasara algo, pero sin ninguna prisa.

Al cabo de un rato, cuando la comida se convirtió en una masa caliente en su estómago, su mente revivió. Poco a poco, advirtió con espanto que había hecho inadvertidamente algo contra lo que siempre se había guardado. Ahora que la flexión se había hecho cargo de los tres policías, la mujer rubia era la única persona del mundo, aparte de Gorse (de quien, naturalmente, no tenía que preocuparse), que tenía razones para conectarle con el sitio donde vivía. Los vecinos y transeúntes que infestaban su calle no contaban para nada.

Pero...

Estaba seguro de que era absoluta y completamente imposible que pudiera haberle reconocido. Sin embargo, la relación entre su cara adulta y madura y la cara que recordaba

tan claramente del escenario de la segunda guerra mundial (el retumbar de las explosiones, los edificios desmoronándose, el siseo de las llamas, el polvo, tan intenso que casi le hacía estornudar incluso ahora) era increíblemente perfecta. ¿La había visto en otro sitio, hacía mucho tiempo, y había almacenado una imagen que la recompensa había sacado de su subconsciente para hacer que la experiencia pareciera mucho más real?

Esa explicación era plausible, pero no parecía real.

¿La experiencia que recordaba era, en algún sentido, real? Objetivamente, no podría serlo. Bill Harvey había destruido toda esperanza de pretender que lo fuera, pero, en cualquier caso siempre se había contentado con disfrutar del beneficio de sus recompensas sin preguntar demasiado cómo habían sido creadas. Sin embargo, tal vez había tenido lugar en algún resquicio entre la línea principal de la realidad y el difuso mundo de la simple fantasía.

Se estremeció. No estaba habituado a pensar en esos términos. Lo había hecho cuando empezaba a vivir la vida que había elegido, pero gradualmente el hábito de disfrutar lo que se había ofrecido llegó a prevalecer. No se había hecho preguntas durante...

No, no había que pensar en eso, ni siquiera ahora. ¿Cómo demonios podría desear Bill ir contando sus cumpleaños? Bebió el resto del té y se concentró en un tema más simple, pero más entretenido. No había duda sobre por qué no podía dejar que nadie supiera quién era y dónde vivía. Todo esto era explicable a un simple nivel humano. Había cosas como impuestos, justificar gastos, conservar registros médicos, introducir datos en ordenadores, petición de pasaportes, conducir coches y muchísimas más cadenas de información que tenía que continuar evitando. Todo esto era automático..., o lo había sido. De repente, consternado, se encontraba ante la necesidad de intervenir aún más que usando solamente la flexión. Hasta que lo hubiera hecho, sabía que continuaría sintiéndose... ¿Sería "incómodo" el término adecuado?

Tal vez por eso su intento de disfrutar de una recompensa al azar había fallado. Tal vez fue porque había sido consciente del riesgo que corría en el momento en que vio a la mujer rubia hablando con el portero y, sin embargo, había sacado el Urraco del aparcamiento a plena vista de donde estaban. Ahora que quedaban tan pocos coches en Londres, la simple posesión de uno era una marca. Haber escogido un modelo tan raro, aumentaba la dificultad.

Simultáneamente, se sintió aliviado y consternado: aliviado porque había decidido pasar a la acción, aunque aún no supiera qué hacer, consternado porque mientras se levantaba y se encaminaba hacia la salida (donde el hombre cojo se apoyaba ahora sobre las dos muletas y tendía la mano en demanda de una propina por haber evitado que los mendigos importunaran a los clientes), algo en su estómago le informó que tenía que visitar a Luke. Aquello apenas le sorprendió. La higiene aquí era rudimentaria; las moscas revoloteaban sobre los azucareros; la comida se servía con las manos sucias; los platos y las tazas se fregaban con agua fría y, a menudo, grasienta a causa del coste del detergente; los sandwiches y ensaladas se conservaban hasta que alguien era lo suficientemente idiota para comprarlos, porque era prohibitivamente costoso tirar algo remotamente comestible.

Además, ¿por qué demonios había venido a este sitio? El recuerdo del estado en que se hallaba al levantarse se había confundido con todos los otros recuerdos, enmascarados y escondidos, que estaba tan determinado a ocultarse a sí mismo, las razones por las que nunca tomaba ni un sorbo de alcohol excepto en la seguridad de su casa.

Sintió una oleada de gratitud por lo bien que le cuidaban.

Pero no tenía dinero para dar al portero.

Oh, ¡qué más daba! Acababa de darse cuenta de que sabía dónde dirigirse. No iría directamente a ver a Luke, porque la inmunidad y las otras defensas de su cuerpo, gracias a la atención regular de Irma, se encontraban en buen estado, así que podría contener durante un rato ese impulso.

No. Tenía que visitar a Hamish.

La decisión se encendió en su mente. Pasó junto al portero como si no existiera, ni él ni nadie que no contribuyera a hacer su encuentro más inmediato.

Una niebla densa y apestosa que enturbiaba la visión, la auténtica niebla londinense de puré de guisantes, se cerró en torno a Godwin a medida que se acercaba a la casa de Hamish Kemp. Aunque era media tarde, aquí y allá brillaban luces de gas creando frágiles burbujas de iluminación que se perdían casi de inmediato. El aire resonaba con el traqueteo de los cascos de los caballos, el rechinar de las ruedas de metal sobre el asfalto, el continuo tintineo de las campanillas de las bicicletas hechas sonar por chiquillos errantes, temerosos del castigo que supondría entregar con retraso un envío. De vez en cuando, invisible, sucedía un accidente, alguna anciana dama chillaba y los gatos maullaban y alguien más gritaba diciendo que había que llevar al herido a la farmacia más cercana. Godwin se maravilló. Literalmente, no podía ver sus propias manos.

Afortunadamente, sus pies recordaban mejor que su cabeza, y al precio de un escalofrío viscoso debido a las gotas de niebla que penetraban sus ropas poco adecuadas para este clima y ser medio cegado por las lágrimas producidas por los humos sulfurosos de un millón de chimeneas de carbón, consiguió llegar a la puerta de Hamish Kemp. Naturalmente, ésta se abrió a su contacto.

En el interior, el aire era claro como el cristal. Dio un paso sobre una mullida alfombra persa; a cada lado, listos para recibir a los visitantes, había enormes sillones recubiertos de cuero o tapicería, agrupados en torno a mesitas bajas dispuestas con vasos y botellas de soda rellenables. Pinturas de Landseer y—atrevidamente—de Alma-Tadema colgaban de las paredes empapeladas con diseños de William Morris. Había una rinconera con el inconfundible sello de Mackintosh de Edimburgo sobre la que reposaba una cajetilla que contenía cinco cigarros habanos; más allá, un radiante calentador eléctrico ofrecía una cálida bienvenida sobre un hogar limpio de cenizas. Contra una pared había un gabinete de cristal, con las puertas cerradas, conteniendo un jezail afgano, una Snyder, un par de pistolas de duelo con las cachas de marfil, un fusil de chispa y un trabuco. Había armas más prácticas, naturalmente, fuera del alcance de la vista.

Parecía que en la habitación no hubiese nadie. Godwin, a quien los efectos de la comida anunciaban insistentemente que iba a tener que marcharse de inmediato y consultar a Luke, perdió la paciencia y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Hamish!

Al fondo de la habitación, se replegaron unos paneles para revelar un laboratorio de paredes blancas, desnudas, donde Hamish, ataviado con una bata verde y una mascarilla de

cirujano, se levantaba de una silla colocada ante una compleja mesa de instrumentos, dispuesta con pantallas de televisión, interruptores, botones, escalas, diales, luces y calculadoras digitales. Era un hombre corpulento con una cara rojiza y barba de chivo. Cuando se quitó la bata dejó ver una camisa de franela blanca sin cuello ni mangas, pantalones de tweed marrón y botas del mismo color.

—Sí, God—suspiró—. Deduje que tú o algún otro estaba a punto de molestarme. Mejor que sea urgente o...

Un ruido rechinante, procedente del fondo del laboratorio, le interrumpió. Guiados por el reflejo, los dos hombres miraron hacia allí. Una sección de la pared se había descorrido, revelando un cielo negro despejado..., o su imagen. Un disco brillante, similar a un frisbee, atravesó el espacio y se dirigió hacia ellos. El ruido cesó. Una campana grave sonó una vez. La pared volvía a cerrarse. Hubo una sucesión de pequeños ruidos que Hamish, con la cabeza ladeada, contó ansioso.

Suspiró profundamente, como aliviado.

—¡Afortunadamente, había acabado de automatizar esa parte del mecanismo!—dijo con tono fuerte y acusador—. ¡Ni por ti ni por nadie sacrificaría el placer que obtengo de mi actual hobby, por insensato que a ti y a los de tu clase os parezca! ¿Quieres un trago?—pregunto, al tiempo que acompañaba a Godwin a uno de los sillones.

Godwin sacudió la cabeza mientras Hamish (que aparentemente había olvidado el ofrecimiento) se servía cuatro dedos de whisky y los rociaba con soda.

Mientras se sentaba, el laboratorio se desvanecía a la vista, Hamish preguntó:

—¿Tienes alguna idea de dónde ha estado ese..., ese disco que has visto?

Godwin negó, preguntándose cuánto tiempo duraría este preámbulo. Éste no era el Hamish que recordaba.

Corrección: no podría ser nadie más.

Registramos los cambios.

Concebiblemente, al ir allí había cometido uno de los errores más estúpidos de su vida.

¿Pero a quién más podía haber acudido?

—¡Ni yo tampoco!—decía Hamish, con aire de triunfo—. Pero a lo más tardar, lo sabré mañana. He lanzado cientos de ellos, algunos son destruidos por las tormentas, mientras otros siguen una trayectoria aleatoria, lo que les impedirá encontrar el camino de vuelta a casa durante años, durante décadas. ¡Puede que algunos vuelvan en un futuro lejano, porque cuando digo que habrán sido derribados por las tormentas, recuerda que sólo hago una suposición! Mi record actual es uno que se mantuvo volando durante once años, brillando en el modo de emergencia casi todo tiempo. ¡Eso los hace luminosos, ya entiendes! ¡Ése me informó precisamente de dónde había estado! ¿Sabes que no llevan ningún instrumento? Son exactamente lo que son, discos lanzados al gran espacio azul para volar y regresar a casa. Y cada uno que regresa trae con él claves del sitio en el que ha

estado. Esta noche sabré si el último que ha llegado ha cruzado los hielos del ártico, los campos de maíz del Canadá o el Ruhr industrial. ¡Ah, no tienes idea de lo fascinante que es, a partir de pistas tan pequeñas. descubrir todos esos datos, el curso completo de un objeto que ha viajado miles y miles de kilómetros!

Parecía como si tratara de convencerse a sí mismo a la vez que a su interlocutor. Pero cuando terminó de beberse el whisky, dejó el vaso a un lado y, de inmediato, adoptó un tono de negocios.

—¡Bien! ¡No hace falta ser detective para adivinar que has venido aquí porque algo anda mal! ¿Está relacionado con tu última misión? En ese caso, obviamente, no puedo intervenir.

—No, no es eso. Quiero que le sigas la pista a una mujer.

Hamish alzó una ceja.

—Una mujer, ¿eh? No tenía ni idea de que fueras tan susceptible. Tenía entendido que siempre estabas bien provisto de ellas.

—Generalmente, no sacas conclusiones tan a la ligera—cortó Godwin—. ¿Puedo explicarme?

Hamish suspiró y se echó hacia atrás, cerrando los ojos.

Cuando terminó de oír a su visitante, empezó a sonreír gradualmente. Al abrir los ojos, estaba radiante.

—¡Realmente éste es un problema digno de mi habilidad! Sólo sabes de dos personas a quienes conozca esa mujer: el conserje, que puede haberla visto una sola vez sin haber oído mencionar nunca su nombre, y, quizá, ese policía, Roadstone. En el curso ordinario de los sucesos, simplemente podríamos preguntarle. Pero esto no es ordinario. Has usado la flexión con él y sus colegas y, en consecuencia, ninguno puede pensar ya en esa materia. Pero tienes bastante razón, necesitas encontrarla y, si es necesario, eliminar cualquier amenaza.

—No quiero eliminarla. ¿Por qué debería hacerlo?

—He dicho eliminar cualquier amenaza —corrigió Hamish—. Tal vez, usar la flexión con ella. Con las técnicas que las fuerzas de los limpios tienen a su disposición hoy en día, sería fatal si se filtrara la más mínima sospecha.

No tenía necesidad de describir qué clase de sospecha. La quema de brujas podía estar pasada de moda; la caza de brujas, definitivamente, no.

—Sin embargo, tenemos recursos propios—continuó, poniéndose en pie ostentosamente—. Ven al laboratorio y haremos un retrato de ella.

Godwin accedió. Delante de un sistema de creación de imágenes por computadora, Hamish fue sacando por la pantalla todos los detalles posibles mientras Godwin corregía sus aproximaciones. Mientras trabajaba, Hamish murmuraba.

—Rubia, delgada, ¿cómo de alta? El pelo no tan pegado a la frente, bien... ¿La nariz no tan larga? ¿Qué tal así?

En cuestión de minutos apareció en la pantalla una imagen a todo color que cuadraba, casi a la perfección, con los recuerdos que tenía Godwin. Aliviado, y sintiendo cada vez una mayor necesidad de visitar a Luke, dudó antes de marcharse.

—Hay una cosa que todavía no está bien—admitió relucante.

—Lo sé.—Hamish chasqueó la lengua e hizo algunos pequeños ajustes a la imagen de la cara—. Lo que pedías era la cara de una niña pequeña. Ahora parece tener su edad, ¿no?

Godwin asintió, reprimiendo un escalofrío.

—¡Bien!—Hamish tecleó una instrucción y la imagen desapareció de la pantalla—. Ya tenemos algo con lo que empezar a trabajar. Puede ser que su foto esté en los archivos. Para empezar, tengo más de un millón de fotografías y las máquinas ya están en ello. Pero me temo que este trabajo va a ser un poco lento. Si quieres seguir mi consejo—condujo a Godwin a la puerta—, durante los próximos días no salgas de casa. Encuentra otra cosa en la que distraerte. Lo que más me perturba es el hecho de que ella te viera salir de tu casa. Otra cosa, ¿qué hay del coche?

—Todavía está donde lo dejé. ¿Esperabas que viniera aquí conduciendo?

—No, pero... Bien. estoy seguro de que puedes detectar si te han seguido o no, particularmente habiendo tan poco tráfico. Déjalo en un garaje público, el Soho Lex resulta muy adecuado, y luego intenta despistarte en unos grandes almacenes con muchas salidas. Y hazlo tan pronto como sea posible.

—Primero tengo que visitar a Luke—dijo Godwin tras una breve pausa.

Hamish alzó las manos.

—¡Cielos, oh, cielos! ¡Y yo que tenía entendido que Irma cuidaba muy bien de ti! Al menos eso dice cada vez que la visito. Bien, hazlo cuándo y cómo quieras. En cuanto tenga algo concreto, me pondré en contacto contigo.

—¿Tienes idea de cuánto puede tardar?

—Ni la más mínima, mi querido amigo, ni la más mínima. Después de todo, con la información que me has dado, la mujer bien podría ser una turista australiana que está de visita en Londres por un par de días.

—¿Por qué debería venir a buscarme una australiana con la policía?

—¡Quizá trabaja para el CID de Melbourne y resulta que eres el doble de un traficante de drogas! ¿Cómo quieres que lo sepa? Realmente, God, esperas milagros, ¿no? Te lo aseguro, a veces puedo conseguirlos, pero con algo tan débil no, necesito tiempo. Pero te prometo que, inmediatamente, le dedicaré a ello toda mi atención. A menos, claro está, que inesperadamente me llamen.

—¿Es posible?

—Bueno, ha pasado bastante tiempo desde la última vez, así que la probabilidad es alta. Sin embargo, no hay necesidad de que te preocupes por eso.

Por su tono de voz, le quería decir que no metiera las narices donde no le importaba. Godwin, ligeramente turbado, le dio la mano y se marchó. Hamish le volvió a llamar.

—Dale recuerdos a Luke, ¿quieres?

—Sí, claro. ¡Y gracias!

El doctor Luke Powers recibió a su cliente en una habitación completamente vacía, a excepción de una butaca tapizada de blanco, una alfombra verde en el suelo y un pergamino que colgaba en una pared, escrito a mano, que contenía el texto completo del juramento hipocrático en griego. Era un hombre delgado y ascético cuya edad podía haber oscilado entre los treinta y los cincuenta años, aunque con toda certeza no era así, y sus profundos ojos grises destacaban sobre una barba bien cuidada.

—Bienvenido—dijo, con una resonante y grave voz.

No hizo ademán de tender la mano, sino que permaneció quieto, con toda su atención fija en Godwin mientras éste se desvestía.

—Comiste algo malo. La comida no sólo era de mala calidad, sino que además estaba muy contaminada con adulterantes químicos. Túmbate. Has hecho bien en venir lo antes posible. Siento la urgencia de retirarme del mundo a meditar, pero creo que hay tiempo de arreglarte. Cierra los ojos.

Colocó las dos manos sobre el abdomen de Godwin y empezó a murmurar. La molestia, que había ido en aumento, se disipó; una dolorosa burbuja de aire pasó un esfínter resistente; lo que había de nutritivo en la comida entró en su sistema, mientras el resto era conservado en lugar seguro hasta que llegara el momento de ser expulsado.

—Ya está—dijo Luke cinco o seis minutos después—. Puedes vestirte. Pero ten cuidado, God. Deberías saber que, viviendo de la manera en que vivimos, nos arriesgamos a atrofiar nuestros organismos naturales de defensa.—La última palabra se perdió en un bostezo del que se excusó inmediatamente.

"Aunque ha sido relativamente fácil de tratar, encuentro el proceso extremadamente cansado—añadió—. ¿Me perdonarás si tomo tu sitio en el sofá y te pido que te marches?

—Por supuesto—murmuró Godwin.

Mientras se ponía los pantalones, se preguntaba por qué toda el mundo, excepto él, parecía incapaz de aceptar la verdad y la enmascaraba siempre con términos como meditación, comunión con el infinito o búsqueda de guía astral. ¡Ellos tenían que saber lo que sucedía! Después de todo, reconocían invariablemente el término cuando él refería que había sido llamado...

Pero tenía otros asuntos más urgentes que considerar, como, por ejemplo, mover el coche de sitio. Se despidió de Luke y se encaminó a casa.

23

Casi esperaba que la mujer rubia estuviera vigilando la casa de nuevo. Si dejara que le encontrara, las cosas se simplificarían; tras el tratamiento de Luke, se encontraba lo suficientemente recuperado como para usar con ella la flexión y, si le daban la oportunidad, eso supondría el final del asunto.

Sin embargo, en la calle no había nadie exhibiendo más que la habitual curiosidad cuando se montó en el Urraco. Lo puso en marcha y condujo durante unos cuantos kilómetros, mirando siempre por el retrovisor, no le seguía nadie.

Ahora, ¿dónde ir? Después de la decepción de su última recompensa, sentía la necesidad de relajarse de alguna manera, pero no quería salir otra vez al extranjero con el mismo pasaporte a pesar de que nadie se lo había pedido en su último viaje. Cuando aparcaba el coche en el garaje Lex del Soho, como Hamish le había aconsejado, le vino la inspiración. Chasqueó los dedos. Por supuesto, el Hotel Global. La probabilidad de que los príncipes árabes aún estuvieran allí era ínfima; en cualquier caso, si ellos o el personal de la discoteca se fijaban en él, podría volver a utilizar la flexión. Y una propina adecuada persuadiría a Jackson, el conserje, para que le contara todo lo que supiera sobre la mujer rubia, y así podría pasar la información a Hamish.

Además, la mujer rubia podía estar allí.

Pero no estaba, y nadie en el hotel le prestó especial atención excepto la gente que trabajaba en la discoteca (que resultó ser una subcontrata independiente), que le miraban con mala cara o le sonreían, según con cuál de sus visitas le relacionaran. Y Jackson, simplemente, había faltado hoy al trabajo, así que habían contratado a otra persona en su lugar. Siempre había una larga lista de espera para este tipo de trabajo. Llegados a este punto, había lista de espera para cualquier tipo de trabajo. Quizá le habían atracado o apuñalado en el camino de vuelta a casa; quizá le habían atropellado; quizá había contraído una de las incontables epidemias que infestan permanentemente una gran ciudad. En cualquier caso, nadie sabía nada de él. La investigación por ordenador accesible a Godwin no encontró ningún rastro de él. Pasó la información a Hamish y espero lo mejor.

Personalmente, no disfrutó en absoluto. A su estilo, el Hotel Global era lujoso, pero comparado con su casa era un aburrimiento. Despertarse cada mañana en la misma habitación, con el mismo aspecto era insoportablemente monótono. Y lo que era aún peor, despertaba sin haber descansado; sus sueños estaban habitados por el sabor amargo de su última "recompensa". Si se sentía desconcertado y alarmado no era por lo que había sucedido durante la experiencia, sino después, durante ese periodo inconmensurable en que se había sentido olvidado, abandonado, rechazado y arrojado. Sospechaba cómo y por qué había sucedido aquello, pero estaba tan terriblemente asustado que no se atrevía a reconocérselo a sí mismo, y por todos los medios trataba de no confrontar sus propias conclusiones.

Consideró una especie de triunfo llegar a admitir que no había sido la indigestión lo que le había llevado a casa de Luke, sino una terrible sensación, como de una gran magulladura.

Luke no la había diagnosticado, ni siquiera se había referido a ella. Ni tampoco la había tratado.

¿Por qué?

Pasó el tiempo lo mejor que pudo, frustrado, desesperado, ansioso hasta un extremo que pensaba no volvería a alcanzar nunca. La molestia llegó a hacerse insoportable, y decidió hacer algo que nunca había hecho antes: llamar a Bill Harvey y preguntarle por Gorse. Normalmente, no sentía más que una leve curiosidad por aquellos a los que había reclutado; de vez en cuando, se daba cuenta de que debía tener números opuestos (una mujer que reclutaba muchachos, un hombre y una mujer que reclutaban gays), pero hasta ahora el asunto le había parecido siempre tan inconsecuente que automáticamente lo había olvidado.

O tal vez la realidad ilusoria de la experiencia de la recompensa que seguía a una misión enmascaraba cualquier interés que pudiera nacer en su interior.

Pero no estaba en forma para razonar problemas de esa magnitud. Cada vez se obsesionaba más y más con la anomalía sin precedentes que representaba la mujer rubia. Una y otra vez, había escrutado su memoria intentando localizar cualquier encuentro fortuito, cualquier situación que pudiera haberle dado la imagen sobre la que había desarrollado el convencimiento de que la conocía, y que era la contrapartida adulta de la niña de su experiencia de la Medalla George.

Pero ¿cómo podría serlo? Había verificado lo que Bill le había dicho, y era verdad: le habían dado una condecoración que todavía no existía. Si hubiera estado en su casa, habría cogido la medalla de su colección de recuerdos y la habría arrojado a la basura junto con el recorte de prensa "autentificador"; excepto que su destrucción habría tenido que ser más cuidadosa, puesto que las medallas llamaban incluso la atención de los basureros. La función de aquellos recuerdos era persuadirle, aunque sólo fuera por un momento, de que las experiencias que recordaba eran reales, al menos en lo que a él concernía. Tener una de ellas que le informara que se trataba de un fraude y una decepción era intolerable.

Por lo tanto, tenía que encontrar alguna manera de no pensar en ella. Posiblemente, contactar con alguien tan pegado a la tierra como Bill Harvey le ayudaría a distraerse. Después de todo, Bill, excepto por su afición a los partidos de fútbol y las carreras de caballos grabadas de la televisión, vivía completamente en el presente, como solía hacer Godwin, como había imaginado que era automático en él. Recordar el pasado se había vuelto doloroso, o al menos incómodo.

Y quizá si Gorse no estaba haciendo nada de particular, podría hacer el amor... Recordaba su capacidad para el orgasmo, había sido impresionante.

Ninguna otra cosa le atraía tanto.

En el mismo momento en que llegaba a los escalones de la casa de Bill, la puerta se abrió y Gorse salió de ella. Iba vestida a la última moda: una blusa de hombros anchos, una falda sujeta con lazos irregulares, botas de camuflaje verde y marrón. En lo poco que podía verse de su cara, medio oculta por unas inmensas gafas oscuras, había una expresión de firme determinación. Por un instante, Godwin temió que hubiera sido llamada, por lo que sería

inútil dirigirse a ella, pero al bajar los primeros escalones Gorse pareció advertir el mundo que la rodeaba, y al llegar a su altura le reconoció, se quitó las gafas y dijo:

—Oh, eres tú.

Su cara estaba más gris que pálida; estaba contraída, ojerosa. Incluso antes de que volviera a hablar, Godwin supo lo que iba a decir.

—No puedo entretenerme, lo siento. Tengo que ir a ver a una tal Irma. Bill me dio la dirección.

—¡Espera un segundo!

—¡He dicho que no puedo entretenerme!—Entonces, recapacitando, añadió—: Oh, muy bien. ¿Qué quieres?

—¿Cómo te sientes...? Bueno, ya sabes.

—¡Oh!—Sus ojos pintados de rojo se encendieron—. ¡Oh, es fantástico! ¡Es lo que, sin darme cuenta, he estado buscando toda la vida! ¡La gente que pertenece a sociedades secretas como los rosacruces, los francmasones y los iluminados deben buscar exactamente lo mismo que tú me has dado! ¡Y no consiguen ni la mitad! Eres un encanto, muchas gracias.—Le besó suavemente en la mejilla—. ¡Pero tengo que darme prisa! ¡Y tú, más que nadie, debes entender por qué!

Así que ésa iba a ser su autojustificación. Bueno, al menos era una variación sobre el tema...

Estuvo contemplándola hasta que se perdió al doblar la esquina, y sólo entonces advirtió que Bill, con la jarra en la mano, como siempre, estaba de pie en el portal, mirándole pensativo. Godwin subió los escalones.

—Me alegra que tenga la oportunidad de ir a ver a Irma—dijo Bill reflexivamente, guiándole al interior de la casa. Había más amuletos de la suerte en el corredor que nunca, incluyendo una colección de huesos blancos que colgaban de cuerdas rojas y amarillas—. La forma en que ha estado trabajando... Igual que un caballo, ya sabes. Entrenamiento intensivo, lo llaman. Resultado: consigues la mejor marca el día antes de la carrera y tu favorito se va al garete. Ven al salón. Me alegro de verte. ¿Te apetece una Jarra.

—Sabes que no—dijo Godwin mientras entraba.

El salón era un lugar oscuro repleto de muebles victorianos, adornos, cortinas de terciopelo atadas con gruesos cordones dorados. Los únicos signos de modernidad eran el receptor de televisión y el aparato de video adosado. Una pared estaba cubierta por un bar cuya barra no habría desmerecido en un pub.

—Bueno, sé que no has venido para ver mi grabación del partido de ayer—dijo Bill, sentándose en un sillón e invitándole a hacer lo mismo—. ¿Qué es? Te ha dado fuerte la pequeña.

—No lo creo—dijo Godwin tras un momento de duda—. No, para ser honesto, he venido para hacerte una pregunta.

—Entonces, ¡soy todo oídos!

—¿Estás satisfecho con lo que tienes?

Las palabras salieron de su boca sin que pudiera controlarlas. Había intentado formular otra pregunta diferente, pero su impotencia parecía secundaria comparada con lo que acababa de decir.

La cara de Bill se ensombreció.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno...—Hizo un gesto indefenso—. Bueno, si no te dejaran apostar más, por ejemplo, ¿no te afectaría?

—¡Si no me escuchan, que se pudran! En lo que a mi respecta, estoy viviendo como quiero, y si mis colegas no quieren una parte, no tienen por qué hacerlo. ¿Por qué de repente te has vuelto tan amargo?

—Yo... Bill, ¿qué harías si pensaras que alguien te ha descubierto?

—¿Como por ejemplo?

—La policía.

—Emplear la flexión con ellos, ¿qué si no? ¡Nunca he tenido problemas con los polizontes! Ni con los de hacienda, aunque fueron persistentes. ¡Oye!, ¿sabes una cosa?—miró a Godwin con desaprobación—. ¡No me gusta lo que estás dando a entender! ¿Te encontraste con alguien con quien no pudiste usar la flexión?

—Estaba muy cansado cuando sucedió, y no me di cuenta hasta más tarde—dijo Godwin, casi disculpándose.

—¡Ja! ¡Sigue sin gustarme! ¡Con eso a la espalda no debías haber venido aquí!

—He hecho lo que he podido. He puesto a Hamish Kemp a trabajar en el asunto.

—¿A él? No es mejor que los polis. ¿Ha encontrado algo?

—Bueno, para ser sinceros, todavía no.

—¡Ja! En tal caso, creo que será mejor que te marches.—Bebió de su jarra, la apartó, y se puso en pie, haciendo gestos significativos en dirección a la puerta—. Después de las molestias que he tenido con la chica nueva...

—¿Molestias?—preguntó Godwin, levantándose.

—Bueno, supongo que no más que de costumbre—admitió Bill encogiéndose de hombros—. Pero sabes que al principio cuesta acostumbrarse y todo eso...

Godwin asintió. Cuando se preocupaba en recordar su propia experiencia en ese área, lo cual rara vez ocurría, lo sabía demasiado bien.

—No te molestes en acompañarme—murmuró—. Puedo encontrar el camino yo solo.

Deseó de todo corazón que fuera cierto.

Seguía sin tener noticias de Hamish. Godwin se disgustó. La perfección estandarizada del hotel, siempre sin tacha, le ponía nervioso. La comida que servían, según informaciones de su propio cuerpo, estaba contaminada con conservantes artificiales, y en cuestión de días le conduciría de nuevo a Irma, o incluso a Luke. Se sentía incómodo e irritable, y eso le trajo recuerdos del pasado de los que pensaba que había escapado para siempre.

La vaga, incomoda e intransigente sospecha de que había sido traicionado empezó a asaltar sus sueños. Una vez, a las cinco de la mañana, se despertó gritando, la garganta seca.

No tenía sentido. Tenía que volver a casa. Al infierno con Hamish, que le había abandonado.

Reclamó su coche del Soho.

Un ambiente gris y frío envolvía Londres como una mortaja; un área de bajas presiones procedente del Atlántico norte había hecho que las nubes convirtieran sus lágrimas impasibles en una brisa helada e irregular. Por supuesto, Godwin no tenía que preocuparse por el hecho de que la gente de la calle se viera obligada a utilizar sus ropas de invierno, a pesar de que estuvieran a mediados de verano, y tuvieran que apretujarse por la noche bajo gruesas telas de lino robadas de los solares, y corrieran durante el día con la cabeza cubierta con bolsas de plástico. Día tras día, él se despertaba con la vista y el sonido de la marea en una playa de las Bahamas, el aire claro de los Alpes, los complejos olores y gritos de un mercado egipcio o lo que quisiera escoger. Comía diariamente sopa de tortuga y venado, o langosta de mar con mantequilla, o mollejas y chuletones de ternera... Al principio, como desafiando a su amo para que le recompensara por la decepción—por la agonía—de lo que debería haber sido su última recompensa, y por lo tanto sin deleite ni gratitud, pidió platos que nunca se habría atrevido a imaginar: extrañas y deliciosas comidas de increíble textura que dejaban en el aire fragancias que ninguna cocina terrestre podría conseguir. Siempre se acompañaba de Mumm, Krug, Saint-Emilion, Nuits-Saint-Georges, Tojaki, Mosel y otros licores elegidos al azar, muchos de ellos de colores inimaginables, que brillaban y chispeaban, densos al paladar, fríos o ardientes, que se combinaban con la nueva comida tan perfectamente como para gratificar sus anhelos interiores y dejarle perezosamente satisfecho.

Después, cuando se tendía en la enorme cama, aparecía una compañera y con ella (?) vendrían nuevas gratificaciones, a menudo tan remarcables como las de la comida.

Poco a poco, se dio cuenta de que no había habido ninguna razón para que hubiera ido a casa de Bill y preguntarle por el destino de Gorse; que no había más motivos para preocuparse por ella que con Patricia, Elvira, Kate, Lucy, Guinevere o...

Era una lista demasiado larga para recordarla.

Y, sin embargo, quedaba algo: un residuo indisoluble. Lo combatió lo mejor que pudo; continuó resistiéndose.

Había sido la primera vez que se había sentido impulsado a preguntar por uno de sus reclutamientos. Había sido la primera vez que había infringido las leyes de la cortesía no habladas entre... Bueno, entre él y los que eran como él (no conocía un término más preciso). Era un hecho que, en vez de disfrutar del descanso, el refresco y la recompensa de su último servicio prestado, había...

Quieto. Recordarlo era insoportable, particularmente el tiempo que había sido abandonado.

Pero...

¡Muy bien! Así que se había enojado. Pero ¿era justificable la forma en que había sido tratado, incluso para una simple mascota?

Aquello tenía la capacidad de lastimarle, como una piedra en el zapato. Sin tener nada que hacer, ni sitio adónde ir, obligado a esperar el informe de Hamish, no cesaba de mortificarse como si fuera una ostra que duda de las ventajas de tener una perla en su interior.

Y sin tener la menor idea de si llegaría a emerger alguna.

Todas sus fuentes de gratificación se gastaron. A diario, desde las ventanas salpicadas por la mierda de los pájaros, inspeccionaba la calle esperando que la mujer rubia estuviera allí. Al principio, se volvía, frustrado, cuando descubría que ella no estaba y buscaba refugio en una de las extrañas drogas y bebidas que tenía ahora en los estantes y que, a nivel inconsciente, estaba empezando a comprender. Una vez, mantuvo una cucharada de comida en la boca el tiempo suficiente para saborearla y la escupió, exclamando al aire:

—¡Sé cómo se hizo!

Era extraordinariamente deliciosa. Provenía de un tipo de cocina que nunca había imaginado. Había sido sumergida (estuvo instintivamente seguro) en nitrógeno líquido antes de ser cocinada. Como para marcar algún tipo de logro en su vida, la compañía de aquella noche le proporcionó un placer extraordinario.

Sin embargo, por la mañana, cuando se despertó en el carnaval de Bahía, la boca le sabía a ceniza. Le recordó las resacas que, en otro tiempo, había sufrido.

Y se sintió estafado. Debería haber sido parte del trato que no las hubiera nunca más.

Empezó a desear poder tener una copia del contrato, aunque sabía bien que éste nunca había sido escrito.

Sonó el teléfono. Cansado de mirar el panorama de la Piazza San Marco, Godwin lo cogió, agradecido por aquella pequeña distracción.

—Soy Hamish. Reúnete conmigo en Whitestone Pond.

—¿Has descubierto quién...?—empezó a preguntar Godwin, pero la comunicación se había cortado. Por un momento se enfadó; luego empezó a vestirse rápidamente.

Últimamente, por considerarlo sospechoso, no había utilizado el coche, pero ahora tenía demasiada prisa para soportar el transporte público, las agonías de los retrasos, la gente y el riesgo de avería. Ignorando los límites de velocidad donde el tráfico lo permitía (y eso significaba la mayor parte del camino, pues aunque era domingo por la mañana, según advirtió con sorpresa, había poca gente en la calle, a excepción de los omnipresentes tríos de policías, dos hombres y una mujer, que tenían cosas mejores que hacer que arrestar a los conductores por sobrepasar los límites de velocidad), llegó a su destino en menos de veinte minutos.

Hamish le esperaba en una esquina donde, en los viejos tiempos, los domingos por la mañana, siempre había habido numerosos oradores invocando causas políticas, sociales o religiosas que siempre atraían, al menos, a una docena de oyentes vagamente interesados. Hoy no había ninguno, y el hecho de que el

cielo estuviera gris y nublado no era motivo suficiente para explicar esta ausencia. Pero eso no era asunto de Godwin, ni de Hamish.

Afectuosamente cogidos del brazo, dirigiéndose hacia el pub situado a pocos metros, el Castillo de Jack Straw, con sus improbables almenas, el detective dijo con entusiasmo:

—¡Mi querido God, me siento indescriptiblemente agradecido! ¡Qué fascinante desafío me has ofrecido! Desde la última vez que te vi, incluso he dejado de prestar atención a mis discos. Cada segundo de mi tiempo se ha dedicado a desentrañar tu pequeño misterio.

—¿La has encontrado?

—¿Encontrado? Si quieres decir si me he topado cara a cara con ella, más bien no, amigo mío. Pero sé quién debe ser, y puedo decirte dónde puedes buscarla tú mismo.

Se detuvo, interrumpiendo la narración de lo que había conseguido; y lo había hecho, como Godwin concedió rápidamente. Quizá no hubiera nadie más en el mundo que llegase a una conclusión segura con tan poca evidencia.

—¡Vamos! ¡Dímelo!

Se soltaron del brazo, pues los pocos transeúntes que había y que, como ellos, se dirigían al pub, les dirigían hostiles y sospechosas miradas.

—Muy bien—suspiró Hamish.

Miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie escuchándole. Habían pasado el estanque, un charco artificial donde dos o tres niños descalzos jugaban con barcos de juguete bajo la aburrida supervisión de sus niñeras o sus padres, y les rodeaba la vacía campiña de Hampstead Heath.

—Su nombre es Barbara Tupper, alias Simpkins. A punto de cumplir cincuenta años, metro setenta y cinco de altura, delgada, rubia, divorciada, un hijo no de su marido.

Con tono monótono y profesional, fue diciendo todo lo que había averiguado sobre ella, y con cada frase el corazón de Godwin se encogía más y más.

—Creo que la conoces—dijo Hamish de repente, girándose y mirándole inquisitivamente.

—Sí.

Después de todo, ¿quién, mejor que su propia madre, iba a seguir la pista de Gorse?

—¿Cómo?

Pero Godwin no podía contestar a eso, no podía explicar el hecho de que, en realidad, no la conocía, de que sólo había reconocido que debería ser alguien de quien había oído hablar.

Sin esperar una respuesta, Hamish giró sobre sus talones, casi tropezando en su prisa, y volvió por donde habían venido. Unos cuantos transeúntes se dieron cuenta, pero no le prestaron atención.

Godwin se detuvo, mirándole. Pensó en llamarle, pero no merecía la pena. Hamish siempre había sido una persona extraña e impredecible; quizá se le había ocurrido alguna idea crucial y tenía que actuar inmediatamente. Una vez resuelto un acertijo tenía que haber otro, o su mera existencia le aburriría, para lo cual él mismo se inventaba los problemas.

Sin embargo, cuando hubo caminado veinte o treinta pasos, miró distraídamente a uno y otro lado como si intentara cruzar el camino que iba desde el lado del estanque al East Heath y quisiera comprobar el tráfico que había: un par de motocicletas en dirección al Bull and Bush y tres coches que se aproximaban lentamente desde Central Hampstead. En lugar de esperar, ignoró su presencia y caminó hasta la mitad de la calle, donde empezó a torcerse, sacudirse y boquear sin sentido, los ojos dándole vueltas en las órbitas. Como un títere controlado por un titiritero loco, se golpeó una y otra vez la cara con los puños hasta que la sangre empezó a manar de la comisura de su boca, después de lo cual alzó los brazos y empezó a arrancarse los pelos a puñados. Durante todo ese tiempo, sus labios se movían pronunciando maldiciones silenciosas. Poco después, se orinó encima; para entonces, la mayor parte de su cabello había desaparecido, dejando grandes marcas en su cráneo, y se empezó a arañar primero la frente y luego los ojos.

Antes de que nadie pudiera alcanzarle, se sacó los dos ojos y acumulando todas sus fuerzas, se abrió la garganta con las manos. La nuez cayó en un revoltijo de sangre, se desplomó.

Godwin no pudo hacer nada. Continuaba de pie, tan completamente paralizado por los estertores del castigo que ni siquiera pudo cerrar los ojos y escapar a la visión de lo que estaba sucediendo.

Al menos una veintena de policías aparecieron de todas partes, algunos corriendo desde el Heath, otros surgiendo de los árboles tras el estanque, otros aparentemente materializándose en el aire. Godwin continuó de pie, indefenso. Sin embargo, no era la única persona a quien aquella visión había conmovido. Media docena de ancianos gemían y se abrazaban en busca de apoyo, mientras los niños que habían estado jugando en el estanque chillaban desconsolados.

Eso había sido lo más horrible de todo: el hecho de que Hamish no hubiera dejado escapar ni un solo sonido mientras se destruía a sí mismo.

O, para decirlo de otra forma: mientras era apaleado hasta la muerte.

Por fin, Godwin pudo moverse y regresar al coche. Lentamente, con sumo cuidado, pensando en cada movimiento, condujo de vuelta a casa, casi seguro de lo que iba a encontrar cuando llegara allí y, por ese mismo motivo, ansioso y aterrorizado.

Al acercarse a su casa, pensó que las lágrimas nublaban su visión, pero una vez más era lluvia. La gente corría a refugiarse de ella, una mera llovizna que más tarde se convertiría en un chaparrón más intenso. Cuando dejó el coche en el garaje y se encaminaba a casa, caía en una densa y cálida cortina, pero desagradable.

Y allí, de pie en el mismo portal al otro lado de la calle, estaba la mujer. De alguna manera, Godwin lo había sabido (pero si ella no hubiera estado allí, habría olvidado, como de costumbre, su premonición); de alguna manera estaba preparado. Ella llevaba pantalones vaqueros, una gastada chaqueta marrón y un caperuza de plástico que no llegaba a cubrir totalmente sus cabellos. Su cara era la cara: la que, desde que ganara la Medalla George, había aparecido en sus sueños. Hasta este momento, había podido olvidar cuando estaba despierto cuántos sueños referentes a ella había tenido. La edad correspondía con lo que Hamish le había dicho.

Pero nada encajaba. ¡Nada! ¡No podía haber vuelto a una realidad pasada! ¡Si ahora ella tenía cincuenta años, no podía haber tenido diez durante la segunda guerra mundial!

Cuando estaba a punto de entrar en su casa, se dio la vuelta. Ella se aproximaba, mirando hacia arriba, como Hamish había mirado a uno y otro lado como para advertir los vehículos que circulaban... ¡Basta! Agitaba algo en la mano para que él lo viera. Como atontado, la esperó en el porche. Cuando ella alcanzó la acera, la lluvia se hizo más fuerte, empapándola de la cabeza a los pies. Pero ella ignoró ese hecho. Tendió ante él un recorte de periódico envuelto en un plástico transparente.

Y dijo algo que quedó apagado por el ruido de una moto que pasaba y atraía la atención de todos los chiquillos que, como de costumbre, habían salido de casa para arreglárselas como pudieran, para ir al colegio o hacer lo que quisieran, pues sus padres habían dejado de preocuparse por ellos.

—¿Qué?

—¡He dicho—gritó ella—que quiero saber quién demonios cree usted que es!

—¿Por qué?

—¡No puede ser él! ¡No puede!—Ella le miraba con sus grandes y tristes ojos; el agua se escurría por entre sus rubios rizos—. Pero se le parece tanto... ¿Y dónde demonios está mi hija?

Le agarró por el brazo. Él la soltó, dándose la vuelta.

—Creo que debe estar usted loca... señora—dijo cortante, y resolvió que si persistía tendría que recurrir a la flexión. Probablemente ya debería haberlo hecho.

—Entonces, ¡explique esto!—gritó, agitando ante su nariz el recorte plastificado—. ¡Adelante! ¡Explíquelo!

—¡Piérdase, loca maniática!—ladro Godwin.

En su intento de esquivarle, estuvo a punto de tropezar con los escalones. Pero ella no intentaba golpearle, sólo pretendía agarrarle y hacerle mirar lo que tenía en la mano.

—¡Es su cara!—chilló ella—. ¡Y es imposible, no puede ser verdad! Pero... ¡Oh, maldito seal! ¿Por qué no comprende? ¡Es su cara!

De repente, a pesar de que la lluvia corría sobre el plástico, Godwin reconoció el papel: a la izquierda, una columna de texto, a la izquierda, una serie de cuatro fotografías, y el titular abarcando texto y fotografías.

Y el mundo pareció petrificarse.

—¿Dónde consiguió eso?—preguntó Godwin por fin, oyendo su propia voz grave y ronca.

—Lo he tenido conmigo toda la vida. ¿Lo reconoce?

—¿Cree usted que una de esas fotos es mía?

—No, por supuesto que no. Es de alguien exactamente igual que usted llamado teniente Ransome que me rescató de la casa de mis padres cuando cayó una bomba sobre ella en 1944. Pero no sólo he guardado este recorte desde entonces, siempre he recordado perfectamente la memoria del hombre que me rescató. He estado enamorada de él... No de él, de la idea que representa para mí. Supone un gran esfuerzo para mí mirarle ya que tiene usted la cara que recuerdo. Pero tengo que hacerlo, ya que según tengo entendido es la última persona que vio a mi hija viva.

Ella dejó caer las manos y permaneció de pie ante él, sobre el escalón inferior donde él estaba, completamente empapada por la lluvia.

—¿Viva?—dijo Godwin después de un minuto.

—La policía piensa que o bien la han asesinado y la han escondido bien, o la han secuestrado y la han sacado del país. En los países árabes hay una gran demanda de muchachas europeas, y por eso, según me han dicho, los hombres acaudalados de allí son ahora demasiado sofisticados para preocuparse de si son vírgenes o no. Mientras sean buenas en su trabajo... Pero conozco a Dora. Sé que no es una persona que obedezca fácilmente, ni a mí ni a nadie. Así que pienso que es más lógico que esté muerta.

Hubo un momento de pausa, durante el cual el ruido de la motocicleta se desvaneció y Godwin comparó, punto por punto, aquellos rasgos con los recuerdos de la niña que había conocido con el nombre de Greer.

No se había equivocado. Salvando los efectos de la edad, la correspondencia era exacta.

Un hambre indescriptible se apoderó de él: un hambre de conocimiento. ¿Cómo era posible? ¿Por qué? ¿Cómo podía ese recorte de periódico parecerse tanto al que él conservaba? ¿Cómo podía esta mujer haber reconocido su cara si no pertenecía a ningún teniente Ransome?

¿O sí?

La idea de que su propia cara pudiera haber sido robada era tan horrible que le impulsó a hacer algo que nunca antes había imaginado. Pero necesitaba urgentemente información, como si se muriera de hambre de alguna manera abstracta pero esencial, como si pudiera existir una falta de vitamina de la mente.

Hasta ahora había creído que sabía quién era. Había creído que los otros sabían quién era. En un instante, todas aquellas cómodas asunciones habían sido barridas.

—No, Bárbara—dijo el con aspereza—. Tu hija no está muerta.

—¿Sabe quién soy?

Como si le hubieran golpeado, ella dio un paso atrás.

—Probablemente, no. Ni siquiera estoy seguro de quién soy yo. Pero será mejor que entres y te resguardes de la lluvia.

Una deliciosa sensación de desafío invadía a Godwin y se hacía mayor con cada paso, pues podía haber utilizado la flexión, pero había preferido no hacerlo. Cuando abrió la puerta de su habitación, estaba casi frenético, y la activó descuidadamente, escogiendo al azar el lugar de Dick van Beelden. Ella le siguió a un gran apartamento adornado con madera policromada y donde colgaban coloridos trabajos de cerámica, y dejó escapar un sonido entrecortado al darse cuenta de que, en lugar del Londres barrido por la lluvia, veía el brillante sol de una aldea balinesa. El aire estaba lleno de olores tropicales. Una improvisada orquesta iniciaba los compases de una melodía y, al equivocarse, rompía en risas repetidas veces.

Un loro voló de la copa de un árbol cercano e hizo que diera un brinco.

Complacido con su reacción, Godwin señaló la puerta abierta de un armario donde se veían batas y montones de toallas de diversos colores.

—¡Toma!—dijo, cogiendo una de cada y entregándoselas—. Sécate. Seguro que estás más empapada que yo.

Ella las cazó al vuelo y, durante un momento, le miró mientras él se quitaba la chaqueta y la camisa y cogía una toalla para secarse el pelo.

—Llevo cuarenta años soñando con este momento—dijo.

—¿Qué?—Godwin, desconcertado, se volvió para mirarla.

—Estar en una habitación a solas con el hombre de mis sueños, dispuesta a desnudarme ante él.—El tono de su voz carecía completamente de matices, resultaba casi terrorífico en su impersonalidad—. Pero no eres él. No eres como él ni como nadie que haya conocido o soñado. ¿Cómo demonios puedes explicar esto?

De repente, su voz se volvió apasionada mientras hacia a un lado la toalla y la bata, y de nuevo extendía ante él el recorte de periódico.

Él lo cogió y lo leyó. Bajo la segunda de las cuatro fotografías de la derecha, estaba la cara de Godwin, identificada como el teniente de escuadrilla S. W. Ransome. El mismo nombre aparecía en el texto de la izquierda, donde se daban todos los detalles de la heroica acción de Ransome al salvar a una niña de una casa destruida por una bomba.

Godwin lo estudió durante un momento. Entonces se lo devolvió y se dirigió a su estante de recuerdos, lo único de su habitación que permanecía siempre inalterable. Lo abrió, cogió la medalla y sacó del bolsillo un recorte de periódico.

Apartando mecánicamente sus rizos empapados, ella comprobó los dos recortes.

—¿Tu padre...?—dijo, medio esperanzada.

Pero era una idea absurda. La descartó de inmediato mientras él pensaba, con vaga sorpresa que, en efecto, debería haber tenido un padre.

—Es una falsificación—dijo ella, ahora en tono amenazante—. Viste el parecido y buscaste a un impresor que la imitara y sustituyera tu nombre. Sólo Dios sabe por qué, pues eres demasiado joven para que nadie pueda creerlo... ¿De verdad te llamas Godwin Harpinshield?

—Si. Pero no lo mandé falsificar.

—Si lo dices en serio, debes de estar loco. No sé qué clase de loca fantasía has inventado, pero no quiero formar parte de ella. Quiero salir de aquí. ¡Ahora mismo!

Godwin suspiró y dejó caer la toalla.

—Por supuesto, si quieres puedes hacerlo. Vuelve al mundo donde tu hija ha sido dada por muerta.

Finalmente, la orquesta consiguió encontrar el tono y por fin consiguieron entonar una compleja estructura de sonidos, medio improvisados, medio compuestos, que los musicólogos consideran la forma más avanzada después de la sinfonía europea. Bárbara esperó un poco antes de continuar hablando, como si encontrara agradable la distracción que le proporcionaba la música.

—Afirmas que sabes que no está muerta—dijo finalmente.

—Sí.

—La policía cree que debe estarlo. Durante semanas la han estado buscando.

—¿Y?

—¿Qué quieres decir?

—¿No dicen también que la pista que les llevó hasta mi era un callejón sin salida?—
Godwin parodió una sonrisa; el humor que pudiera haber en ella no quedó reflejado en sus ojos.

—Siempre dicen lo mismo. Pero había algo extraño en la forma en que actuaron aquí...
quiero decir ahí afuera, cuando hablaban contigo. Estaba observando. Me viste, ¿no?

—Sí.

—Bien...

Ella tiritó. Todavía goteaba lluvia de su pelo, empapando su frente; con súbita irritación, se quitó la caperuza de plástico y cogió la toalla. Secándose la cara, concluyó:

—Cuando dejé de creerlos, decidí volver.

—Porque te niegas a creer que está muerta.

—¡Por supuesto que no!

—¿Dónde estabas cuando desapareció?

—Estaba en Hollywood, de negocios, intentando cerrar un contrato sobre una serie de televisión. Dora estaba a salvo en el colegio, o debería haberlo estado. Te vieron hablar con ella. ¿La utilizaste y la abandonaste, o qué?

—Hablé mucho con ella.

—Entonces, ¿dónde está?

Ella se había estado secando con una mano, de repente, se dió cuenta de que lo había estado haciendo así porque tenía el recorte de periódico en la otra. Lo dobló con cuidado y lo guardó en el bolsillo.

—No le haré ningún bien si te lo digo. A menos que ella quiera que la encuentren, nadie puede encontrarla. Ya te lo he explicado.

—¡Oh, cuántas tonterías! Si ella está viva, la encontrare. Si tengo que gastarme hasta el último penique en detectives, lo... ¿Qué te pasa ahora?

Godwin estaba pálido, los ojos cerrados, y se tambaleaba hacia delante y hacia atrás, con la cabeza embotada por los recuerdos de la escena de la que había sido testigo en Whitestone

Pond. Esperaba que los estertores del castigo se cebaran en él, pero lo único que sintió fueron náuseas; quizá los amos pensaban que sólo el recuerdo bastaría.

Después de unos segundos, consiguió recuperarse. Habló con la mayor tranquilidad de que fue capaz.

—Hasta hoy mismo, había un detective que podría haberla encontrado, pero ahora está muerto y ya no hay manera... Vamos, tomemos una copa. Lo necesito.

Ella dudó un instante, entonces accedió y se volvió hacia la silla más cercana.

—De acuerdo—murmuró—. Sabes, a veces desearía que no me importara nada mi maldita hija, pero... Bueno, aquí estoy. ¿Qué tienes de beber?

—Lo que quieras.

—Entonces, un margarita.

En el estante que Godwin abrió había botellas de tequila y lima fresca, vasos helados puestos boca abajo en un lecho de sal marina. Sin decir una palabra, procedió a preparar la mezcla.

—Imaginate que hubiera pedido un sazzerc, o un gin sling, o cualquier otra cosa.

—La habría tenido. Toma—dijo, tendiéndole el vaso.

—Está muy bueno—dijo reluciente, después de darle un sorbo.

—Gracias—dijo, mientras se dejaba caer en una silla frente a ella.

—Pero ¿quién demonios eres? ¿Y qué haces viviendo aquí? Quiero decir, esta calle es prácticamente un suburbio de mala muerte y, diablos, no sé cuánto debe costar un sitio así, pero nunca había visto nada parecido, ni siquiera en Beverly Hills. Esa vista artificial...

—¿Artificial?

—¿A quién tratas de engañar? Debe estar hecho con... Bueno, no soy ninguna experta, pero ¡proyectores de cine, cintas, olores embotellados y un ordenador disponiéndolo todo!

—Acércate a la ventana y asómate.

Ella le miró, dubitativa. Entonces, con aire de determinación, hizo exactamente lo que él había dicho. Al asomarse sobre el alféizar, se mordió los labios. Entonces se asomó cuanto pudo, intentando encontrar solidez, el final de la ilusión. No pudo.

—Hay una escalera de bambú ahí fuera—dijo finalmente.

—Si quieres, puedes bajar por ella. Si estás cansada de este verano gris, vamos a bañarnos. Este lugar pertenece a Dick van Beelden en la costa norte de Bali. A la gente de aquí no le importa que los europeos naden desnudos. Es algo que consideran una excentricidad

perdonable. Ellos hacen lo mismo, pero prefieren agua fresca. Algunos de ellos están aprendiendo a disfrutar del baño en el mar. De cualquier forma, no necesitarás ropa.

—Yo...—Ella sacudió la cabeza, como atontada—. ¿Has puesto algo en mi bebida?

—Exactamente lo que se pone en un margarita.

—¡Pero... pero todo esto es imposible!

—No estoy de acuerdo. Como ves, estoy acostumbrado. Por lo que a mi respecta, éste es simplemente el sitio donde vivo.

—¿Pero Bali? ¿En mitad de un sucio suburbio de Londres?

—O Venecia, París, Río, Nassau o donde se me antoje. Tengo amigos por todo el mundo.

—Es una ilusión—resolvió ella—. Tiene que serlo. Por la sencilla razón de que Bali está en la cara opuesta de la Tierra, y no puede ser mediodía cuando aquí lo es.

—Eso está resuelto—suspiró Godwin—. Baja esas escaleras, reúnete con Dirk, báñate en su playa, come los rijstaafel, broncéate, coge una indigestión y una resaca, si eso es lo que consideras una evidencia.

Lentamente, como haciendo acopio de todo su valor, ella se acercó de nuevo a la ventana, estaba a punto de dar un paso adelante cuando otro loro chilló aún más fuerte desde el árbol más cercano, y ella dejó escapar un grito y retiró la mano.

Asustado, el loro había manchado su brazo de excrementos.

Godwin se rió entre dientes mientras le tendía una servilleta para que se limpiara, pero no hizo ningún comentario hasta que, contra su voluntad, ella accedió y volvió a sentarse.

Ella le miró con aquellos ojos grises en los que él no podía dejar de ver el espíritu de la niña rubia que tan vivamente recordaba haber salvado de un destino imposible.

—No diré que estoy empezando a creer todo esto—concedió ella—, pero sospecho que puedo no estar creyéndolo porque no quiero... Volvamos a lo básico. ¿Quién demonios eres? ¡Y esta vez quiero una respuesta!

—¿Quién pensaste que era la primera vez que me viste?

—¡Lo sabes condenadamente bien! ¡El doble exacto del hombre que me salvó la vida cuando tenía diez años!

—¿Ése es el único encuentro que recuerdas haber tenido con él?

—¿Qué quieres decir?

Godwin inspiró profundamente.

—No lo pone en ese recorte que tienes, el que es igual al que dices que he mandado falsificar, pero ¿no fuiste a la investidura en el Palacio de Buckingham?

Ella asintió con cautela, como sabiendo lo que iba a decir a continuación.

—En una época en que moría tanta gente, especialmente los oficiales de la RAF, era obvio que podrías no volver a verle nunca más. Querías darle las gracias desde lo más profundo de tu corazón. Probablemente, hubieras querido habérselo dicho con palabras pero no supiste cómo hacerlo. Y entonces hiciste algo que le sorprendió, a él y a todo el mundo.

Ella continuó sentada, inmóvil como una piedra, excepto sus labios, que pronunciaron una sola palabra:

—¿Qué?

—Le diste un beso en la boca.

Hubo un momento de silencio. Finalmente, ella sacudió la cabeza y bebió otro sorbo.

—No sé qué clase de truco empleas, pero si lo que quieres es que confirme tus habilidades como lector de mentes, dalo por hecho, y consígueme un asiento de primera fila en tu espectáculo. Podrías hacerte famoso. Di—se enderezó en su asiento—, ¿es así como pagas todo esto?

—No pago.

—Ah, diablo. Como quieras—suspiró, reclinándose de nuevo en la silla—. Pero eres bueno, te lo aseguro. No sé de dónde sacaste eso, pero es la verdad. No te lo pudo decir mi abuela, porque te juro que ella se habría dejado matar antes que mencionarlo. ¡Aquello le dio la vuelta a todos sus esquemas! Las niñas respetables de diez años se supone que no saben ese tipo de cosas. Para ser sincera, no estoy segura de que ella misma lo supiera. Era un pilar de respetabilidad, y deseaba más que nada en el mundo apartarme de las vilezas de la pérdida de su nuera. Ni siquiera lloré cuando, un par de años más tarde, murió, te lo aseguro. Aunque me recluyeron en un hogar... Pero ¿cómo lo averiguaste?—De pronto le brillaron los ojos—. ¡Oh, claro! De alguna manera Ransome sobrevivió y se lo contó a alguien. ¿Todavía está vivo?

Aquello no era razonable; entre otras muchas razones, no explicaría el parecido de Godwin. Sin darle tiempo a contestar, continuó:

—De todas formas, juro sobre la Biblia que no se lo he mencionado nunca a Dora.

—No lo supe por ella.

—Y ésa es la única respuesta que vas a darme, ¿eh?—Bebió de un trago el contenido de su vaso, cambiando la expresión de repente—. Bueno, si no voy a conseguir nada mejor de ti, bien puedo beberme tu licor. No puedo pagarme este tipo de cosas.

—¿El nombre de tu madre no era Gallon?—preguntó Godwin, tomando el vaso de su mano.

—¡Oh, Dios mío! ¿Has estado investigando mi vida en la Casa de Somerset o qué? ¿Por qué? ¿Está todo esto preparado para pedir rescate? No puedo pagar nada. El contrato de la televisión no llegó a firmarse, mi agente es un borracho idiota y estoy prácticamente arruinada después de haber gastado tanto dinero buscando a Dora.

—Quiero una respuesta—murmuró Godwin.

Al ver que casi toda la sal se había caído del borde de su vaso, lo dejó caer en la papelera junto al bar, donde se rompió con un tintineo.

—¡Un vaso, una bebida!—exclamo ella mientras él se levantaba para preparar otra—. Dios mío, debes estar forrado. Creo que eso es lo que me retiene aquí, el deseo de saber qué clase de milagro ambulante eres, atrapado en esta zona de una apestosa ciudad. ¿Eres el chantajista más acaudalado del mundo, un falsificador o un secuestrador? ¿O heredaste miles de millones y decidiste gastártelos todos y no pagar nunca impuestos?

—Jamás he heredado nada—dijo él, ofreciéndole la nueva bebida—. Yo...

Se detuvo. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que le había hablado a alguien sobre sí mismo (tanto tiempo, en realidad, desde que no pensaba en lo que una vez había sido), que las palabras que quiso pronunciar le parecieron incómodas. Sin embargo, notaba una presión en la cabeza que le obligaba a utilizarlas. Durante demasiado tiempo había vivido en soledad; la gente de su clase, como Irma, Bill o Luke eran, como mucho, conocidos mientras que todos aquellos contactos que disfrutaba más allá de su ventana ni siquiera podrían ser dignificados con ese término.

Aun así, nunca habría experimentado esta urgencia de hablar si su vida hubiera continuado su ritmo normal. Estaba habituado a ser castigado por los errores que cometía, como el de la discoteca del Hotel Global. Asimismo, se podría haber resignado a la pérdida de una de sus recompensas si hubiera podido esperar la siguiente con excitación; incluso podría haber soportado la muerte de Hamish si ésta no se hubiera debido (o eso presumía) a sus propias acciones. Había pasado mucho tiempo desde que experimentara ira por última vez; había aprendido a considerarla peligrosa y frustrante. La buena conducta era invariablemente recompensada, lo mismo que la mala conducta. Todo parecía lógico, adecuado.

O, más exactamente, le había hecho...

Pero, al igual que el gusano en la manzana, las dudas roían su cerebro. Había afirmado que podía ir adonde quisiera; en realidad, no era así. Podía ir a cualquier sitio donde estuviera seguro de encontrar gente como él, gente de su propia clase: Wilf Burgess, o Maud MacConley, o Dirk van Beelden o André Bankowski o quien fuera. Había lugares en África, Japón y Corea a los que nunca se había aventurado, donde no estaba seguro de encontrar europeos que hablaran inglés. Lo que le había parecido siempre la libertad definitiva se había vuelto, sorprendente e increíblemente, en un conjunto de prisiones arbitrarias. No acertaba a saber qué hacer de esta nueva e intolerable visión.

Así que cambió de tema mientras se volvía a sentar en su silla y miraba a Bárbara.

—¿Era Gallon el nombre de tu madre?

—¡Oh, diablos! Si ya lo sabes, ¿para qué me lo preguntas? ¡Sí, maldita sea! ¡Sí! Mi abuela odiaba tanto a mi madre que en cuanto tuvo la oportunidad, en cuanto aquella maldita bomba la mató, cambió mi apellido por el de ella. ¡A Tupper! ¡Y siempre he deseado saber lo que significa ese nombre para poder reírme de ella en su tumba!—El veneno inflamaba sus palabras; estaba casi jadeando—. ¡Pero ya me he acostumbrado!—concluyo, y bebí de un sorbo la mitad del vaso.

—Pero si era la madre de tu padre...—dijo Godwin, un poco confundido.

—Segundo matrimonio—fue la súbita respuesta—. También odiaba a su primer esposo, Ernie Gallon, que puso a mi pobre padre muerto en su cuerpo repugnante, cuya mala semilla, como la llamaba, condujo a su único hijo a casarse con una puta... Pero ¿de qué otro modo iba una mujer a sobrevivir en un suburbio con una pensión de viuda de guerra?

—¿Tu padre murió en la guerra?

—Como un millón de personas más. Pero bastante menos gloriosamente. Murió en un campo de prisioneros. Los niños a los que llamaba mis hermanos no pueden haber sido hijos suyos. ¡Qué idiota era mi madre! ¡Traer niños de más a un mundo como éste!

Se animó.

—Pero supongo que Dora ya te ha hablado de todo esto. Siempre lo hace. Me insulta cada vez que puede, y ante todo el mundo. Casi estuvo a punto de que la expulsaran de ese colegio tan caro al que la mandé, hasta que conseguí convencer a la directora de que llamara a un psiquiatra y que la entrevistara en público sobre sus fantasías. Se estuvo más quieta después de eso... Pero habíamos empezado hablando de ti, ¿recuerdas?

Detrás de su ironía, había puro dolor. Godwin terminó su primera copa y fue a servirse otra; como había usado solamente la mitad de la sal, conservó el mismo vaso, y supo que ella anotaba el dato. En su cara podía leerse el comentario "¡Así que, después de todo, la bolsa tiene fondo!".

Pero ninguno de los dos lo mencionó en voz alta. En lugar de hacerlo, para su propia sorpresa, Godwin dijo, sin mirar a ninguna parte:

—A los veinte años era un borracho sin esperanza. Era huérfano. No conservaba ningún trabajo más de un mes. Me metían en la cárcel cada dos por tres. Todavía sigo sin atreverme a beber en ninguna parte, excepto en esta habitación. O ahí fuera—señaló la ventana—, que es lo mismo.

Ella ponderó aquello, aparentando dirigir un debate consigo misma. Unas pocas palabras emergieron:

—¿Sugestión poshipnótica? Podía ser, supongo, pero ninguna hipnosis podría explicar lo que estoy viendo... ¡Ah, demonios!

Le miró directamente a la cara y su voz volvió a adquirir un tono normal.

—De acuerdo, aceptaré tu historia tal como me la cuentes. ¿Qué sucedió para rescatarte?

—Tuve una oportunidad y la aproveché.

Estaba a punto de explicar lo que había sido y cómo había sucedido, cuando las palabras que nacían en su garganta amenazaron con estrangularlo. Tenía que decir cualquier otra cosa en su lugar, y se sintió inspirado.

—¡Como hizo Gorse!

—¿Como quién...?—Por un instante, pareció sorprendida, luego comprendió—. ¡Oh! De modo que ha decidido adoptar ese estúpido mote que le pusieron en la escuela, ¿no? Bueno, sé que siempre ha odiado llamarse Dora Simpkins. En realidad, yo misma nunca he pensado que existiera mucha diferencia entre Simpkins y Tupper, y es por eso que para los asuntos profesionales he conservado el nombre con el que estaba mas acostumbrada... ¡Pero Gorse! ¡No es mejor antídoto para Simpkins que Dora!

—Ha cambiado las dos partes. Ahora se llama Gorse Plenty.

—¿Qué?—A punto de tomar otro sorbo, Bárbara empezó a reír entre dientes—. ¡Oh, eso es demasiado! ¿Por qué Plenty?

—Bueno, siguió un consejo.

—¿De veras? Nunca, desde que tenía seis años, ha seguido los míos. Ojalá supiera quién tuvo tanta influencia en ella. ¿Tú?

Godwin sacudió la cabeza.

—Un amigo.

—Me gustaría conocerle. Me podría dar unos cuantos gratis, a cuenta de ése. ¿Es la misma persona que te dijo cómo hacerte inmensamente rico?—indicó con una mano la habitación mientras apuraba la bebida con la otra.

—No—dijo Godwin, impasible.

—Ya que la conoce, ¿me lo presentarás?

—Bien, al diablo contigo, entonces—dijo, dejando el vaso a un lado—. Al menos tengo algo. No puede haber nada más que una persona en todo Londres, quizá en todo el mundo, llamada Gorse Plenty. Gracias por la bebida. Y la magia. Ahora deja que me marche.

—Ya te lo he dicho—dijo Godwin, con suma paciencia—. Había un detective que podría haberla encontrado. Descubrió quién eras a partir de una evidencia mínima. Por eso pude llamarte Bárbara, aunque automáticamente te habría llamado Greer. Pero...

Ya a punto de levantarse, ella volvió a echarse hacia atrás, mirándole fijamente.

—¿Qué has dicho?

—¡Que ha muerto hoy! ¡De una manera sucia, horrible y en público! Posiblemente aparecerá en todos los periódicos de mañana. Y, sin duda, esta misma noche lo anunciarán en las noticias de televisión. Demasiado repugnante.

—¡No estoy hablando de eso!—explotó ella, cerrando los puños—. ¡Acabas de mencionar un nombre!

—¿Te refieres a Greer?

—¿Cómo lo supiste?

Hubo unos momentos de silencio. Por fin, Godwin habló.

—Así es como tu madre te llamó cuando te rescaté. La gente la llamaba señora Gallon, y recuerdo que pensé "Greer Gallon, vaya un nombre para una niña tan encantadora".

—¡Pero tú no me rescataste!—casi gritó ella, poniéndose en pie de un salto y amenazándole con los puños—. ¡Fue alguien llamado Ransome que ahora debe ser un anciano! Tú pareces tener treinta y dos años y yo voy a cumplir los cincuenta. ¡Quiero saber cómo, en nombre de Dios, conseguiste introducirte en mi cabeza y averiguaste lo de Greer Gallon!

Perdió los nervios. Un segundo más tarde, tuvo que cubrirse los ojos con las manos y se echó a llorar desconsoladamente.

El la miró, sorprendido; entonces, recordó sus modales y le tendió una caja de servilletas de papel y se arrodilló junto a la silla de ella. Gradualmente, ella advirtió su presencia y dando gracias entrecortadamente tomó la caja, se sonó la nariz y se secó las mejillas. En un brevísimo lapso de tiempo, sus ojos se habían vuelto rojos.

—Debo parecer una maldita loca—confesó—. Pero no he dormido en condiciones desde hace semanas, y tampoco puedo comer bien, y...

Tuvo que sonarse la nariz por segunda vez, miró alrededor en busca de una papelera en la que echar las servilletas. Él le acercó una, sin levantarse de donde estaba, y permaneció a su lado. Quería algún tipo de explicación por lo que había pasado; quería pistas de su identidad en su mundo imaginario, particularmente porque ninguna otra recompensa había mostrado contactos con la realidad; pero lo que más deseaba era charlar con alguien que no compartiese su secreto. Ese hecho le sorprendía, pero no podía resistirse.

Quería que alguien le diera su opinión acerca de él; alguien de fuera.

Era demasiado difícil averiguar en ese momento por qué razón quería aquello. En lugar de pensarlo, añadió, en tono conciliador:

—Lo último que pretendía era hacerte llorar. Lo siento muchísimo.

—¿Esperas que me crea eso?—dijo ella, con su antiguo tono desafiante—. Cuando has pulsado todos mis resortes, incluyendo uno del que creí que no sabía nadie...

—Háblame de Greer entonces—sugirió él rápidamente.

—Oh...—Ella acabó de secarse los ojos y mejillas, apartó la caja de servilletas, se echó hacia atrás y volvió a coger su vaso, sin mirarle—. ¿Por qué lo preguntas? Si conoces su existencia, tienes que saberlo todo sobre Greer Gallon.

—Pero me gustaría saber cómo lo sé.

Ella le miró.

—Parece que hablas en serio.

—Así es, te lo juro. No tengo la menor idea de por qué ese nombre está en mis recuerdos. Por qué tú estás en mis recuerdos, cuando, obviamente, no puedes estarlo.

—Pero...—Ella pensó unos segundos, mirándole y apartando la mirada de su cara—. Pero si eres tan increíblemente rico...

—Ya te lo he dicho: no pago por todo esto.

—¿Quién lo hace?

—¡Nadie!

—¡Eso es ridículo!

—¡No me importa cómo quieras llamarlo! ¡Te digo que es así!

Se sentó en el suelo y la miró fieramente, y durante unos segundos sus ojos se encontraron. El tuvo que apartar la mirada primero, ella suspiró y después hizo lo mismo.

—Cristo, no te comprendo, te lo juro. Estás aquí, en la casa más increíble que he visto en mi vida, y te comportas como una víctima. ¿Has escuchado tu voz últimamente? ¡Suena como la de alguien que sintiera un terrible rencor hacia el mundo!

—¡Al diablo contigo!—exclamó él, poniéndose en pie de un solo movimiento gracias a las atenciones de Irma y Luke—. ¡Estoy aquí, tratando de persuadirte de que tu hija ha hecho un negocio fabuloso, como yo, y tú empiezas a insultarme!

Su reciente exposición a la posibilidad de la furia le había recordado lo amenazadoramente tentadora que ésta era. Pero en seguida se arrepintió de la sensación, porque lo que más deseaba era escuchar lo que ella pudiera decirle. Contrito, la tomó del brazo.

—¡Lo siento! Pero tu hija está bien, ¿me oyes? ¡No me importa lo que pienses de mí! La mayor parte del tiempo no soy así. Es que nunca había esperado conocerte en la realidad.

—A mí me pasa lo mismo contigo. Así que estamos empatados.

—Eso parece.

—¿De verdad? Aquí estás tú, rodeado de lujos, y yo abajo, intentando aparentar que mis libros son un éxito y que estoy haciendo un gran trabajo, y que puedo engañar a la directora

del colegio más caro de Inglaterra para que eduque a mi loca hija Dora con los retoños de la nobleza...—Bebió el contenido de su vaso y lo depositó cuidadosamente en el suelo.

Por fin, le miró directamente a los ojos. En su cara había huellas de una pena indescriptible.

—No sé a quién demonios le estoy hablando, pero no me importa lo más mínimo. Me alegra poder hablar contigo, porque hay algo que he querido decir durante años y años. Sé demasiado bien que nunca voy a conseguirlo como Greer, y ya es hora de que lo admita. Ante Dora. Ante mi misma. O ante ti, ya que estás aquí. Así que si estás pensando en pedir un rescate, mejor que pegues un salto y espero que, al aterrizar, te castres con un alambre de espino. Ante ti tienes un auténtico y genuino desastre.

—Pero según lo que Gorse me dijo...—empezó a decir Godwin, y recordó las quejas de la muchacha.

—¡Oh, ya sé, ya sé!—interrumpió Bárbara—. Cada vez que dice que soy una puta, se asegura de aclarar que soy una puta de lujo, no una fulana callejera, sino una *call girl* con teléfono propio, apartamento y doncella que ayude a retirar los látigos y corsés... Y una clientela distinguida, claro. ¡Dame un whisky, maldita sea, y desconecta ese jodido show de cinerama, efectos de sonido y todo!

Él dudó si sería acertado acceder, así lo hizo, y Bali se desvaneció en favor del cielo gris de un panorama londinense y el ruido ordinario del tráfico. La localización, por supuesto, tenía que ser una que conociera; la casa de Ambrose no estaría disponible, así que invocó la de Bill, con un sentimiento de malicia. Podría no suceder nada, pero por otro lado sí, así que...

Por propia seguridad, dejó el apartamento como estaba, sólo que más frío.

—Lo que pensaba—dijo ella con satisfacción, aceptando un nuevo vaso—. Todo es un show, ¿verdad? ¡Todo ilusión! ¡Como mi vida! ¡Cristo!, cuando tu propia hija inventa una versión de ti que magnifica todos tus errores y desprecia todos tus logros, es hora de renunciar, ¿no?

—¿Quién debería haber sido Greer?—preguntó Godwin.

—¡Dios mío, si que eres un bastardo perceptivo! Sabes, una vez gasté mil libras en un psiquiatra que no me sirvió para nada, y ni en un millón de años me podría haber golpeado de esa forma. No me importa lo que eres o quién eres, pero es un maldito milagro el que pueda hablar de la manera en que voy a hacerlo. Así que mientras escuches, puedo perdonarte todo, incluso el haberme robado mi sueño y haberlo falsificado.

—No he hecho eso—dijo Godwin suavemente—. Pero, de todas formas, te escucho.

—Gracias a Dios que alguien lo hace.—Bebió la mitad del whisky como si fuera una medicina necesaria, pero inútil—. Greer... ¡Oh, mierda! ¡Lo sabes, tienes que saberlo!

Godwin comparó las circunstancias de Bárbara con las suyas propias y llegó a una conclusión.

—Intentaste ser ella y no lo conseguiste. ¿Por qué?

—¡Exacto!—aplaudió ella, y al descubrir que él se había vuelto a sentar a su lado en el suelo, le alborotó el pelo con los dedos, casualmente—. Por la más tonta de todas las razones posibles...

El esperó.

—La primera vez que me llevaron al cine—resumió ella por fin—. Ahí es cuando nació. Por culpa de Greer Garson en *La señora Miniver*.

—¡La he visto!

Ella le miró con curiosidad.

—¿Mm-hm? ¿En el National Film Theake? ¿En la televisión?

—¡No! Yo...

Era demasiado complicado para explicar cómo había sucedido.

—¡Adelante!—fue todo cuanto le dijo.

—Bueno, al menos si la has visto podrás imaginar el impacto que esa película tuvo en una susceptible niña de ocho años en plena guerra, cuando la mitad de la calle del cine estaba destrozada por las bombas. Ahí fue cuando me decidí: cuando creciera quería ser una dama. Iba a ser hermosa, capaz e indestructible. Iba a ser alguien diferente de Bárbara. Una cruel maestra que tuve ya me había dicho que mi nombre significaba "salvaje", y tenía miedo de lo que me pudiera suceder por esa causa y empecé a odiar a mi madre por lo mismo.

Al escucharla, Godwin pensó en Ambrose y en el placer que le produciría conocer a alguien que compartiera sus creencias.

—Y como no conocía a nadie llamada Greer, el nombre tomó asociaciones mágicas para mí. Si yo pudiera ser Greer, viviría una vida tranquila y maravillosa, y cuando Hitler empezara a molestar, en lugar de correr al refugio del metro a esconderme y mearme de miedo mientras las bombas caían, podría enviar a mi guapo esposo a rescatar a los soldados aliados y a que le dieran una medalla y, tal vez, le nombraran caballero... ¡Oh, Dios!, ¿tengo que seguir? Enterré todos esos sueños de ser una dama cuando estuve en el asilo donde me enviaron después de la muerte de mi abuela. Miraba a los otros niños y pensaba, aquí es donde me han clasificado, ¿me entiendes?, en el archivo nacional al que pertenezco. Estoy aquí con los niños que ganaban más que sus madres en la calle durante la guerra. Estoy aquí con los niños que robaban los cadáveres que rescataban de los edificios destruidos por las bombas. ¡Un anillo de oro podía ser de dieciocho quilates, o incluso de veintiuno! Y había también dientes de oro... Después de la guerra leí cosas sobre los campos de concentración en Alemania y nada de lo que leí me sorprendió. Ya había visto algo igual. Conocí a un chico que trabajaba con un grupo que estaba en contacto con los cuarteles de los bomberos, cada vez que había una incursión, o una bomba volante, o una V-2, estaban allí, hurgando los monederos, a veces incluso las manos y las bocas. Me contó que en una ocasión le tuvo que cortar el dedo a una mujer para quitarle un anillo de esmeraldas, aunque al final resultó ser falso. Aunque sus compañeros lo hacían, él nunca le sacaba los dientes a nadie. Llevaba un corrector dental...

"Bueno, eso es casi la posguerra. Mi abuela estaba muerta, y sabes que todos, mi madre, mi hermano y mis hermanas, habían muerto por culpa de aquella V-1. Y allí estaba yo, intentando ser Greer. Aunque lo intenté, nunca lo conseguí. Seguí intentándolo. ¡Todo lo que había imaginado, como casarme con un "miembro de la clase oficial"!—La ironía resonó en sus palabras como una campana funeraria—. Él resultó ser un auténtico bastardo. Le conocí cuando tenía dieciocho años y pensé que era maravilloso. Había conseguido salir de mi ambiente, tener una cierta educación y adquirí suficiente acento de la BBC para pasar las pruebas. Me di cuenta de que para seguir adelante tenía que valerme de mi aspecto y de mi cuerpo. Sólo que Greer ya estaba muerta y yo no me había dado cuenta. Todavía pienso que si tuviera una oportunidad de convertirme en ella...

Bebió un sorbo. Sus ojos miraban el pasado.

—La forma en que aquel bastardo me trató, me enseñó una lección útil: cómo aparentar ser de clase alta. Una de las condiciones del divorcio fue que dejara de utilizar su nombre. Eso me vino bien. Antes de que la tinta del decreto se secara, me metí en el único negocio que sabía me daría una fortuna. Empezando con amigos, edifiqué un círculo de contactos muy distinguido, incluyendo hombres de negocios, banqueros, miembros del parlamento, algunos escritores y artistas, el tipo de gente que está patrocinada por las grandes corporaciones. En realidad, nunca fui una prostituta, a pesar de lo que yo misma digo a veces cuando me da por odiarme. Era... la pareja disponible para una cena importante. La anfitriona de emergencia en quien se podía confiar para que después se acostara con el huésped. Era la persona con un apartamento donde podía concretarse una reunión de negocios secreta, y después de que el trato concluyera se confiaba en mí para que proporcionara la diversión adecuada para celebrarlo. Era la persona a quien se podía pedir que acompañara a un distinguido diplomático extranjero o a un hombre de negocios en Londres y que quedara con él toda la noche, y le hiciera creer que había sido su encanto personal el que había conseguido el milagro y no las mil libras de una cuenta secreta del ICI o del Foreign Office. Era muy buena en el oficio. A menudo, incluso pensé en dedicarme al teatro. Tenía las maneras de una actriz, y el físico. Todo el mundo lo decía.

"Y entonces hice la cosa más estúpida que podía haber hecho: me enamoré y lo eché todo a perder. Oh, no quiero decir que todos mis amigos me abandonaran, algunos lo hicieron, pero otros no, y si tuviera el dinero suficiente para dar una fiesta mañana, te juro que algunos nombres muy famosos estarían en mi lista de invitados. Pero no pude seguir como hasta entonces. El problema era que el hijo de perra estaba casado y no quería divorciarse de su esposa. Hice todo lo posible para forzarle, incluso quedarme embarazada. Como te habrás dado cuenta, hablo del padre de Dora. Le di su apellido en vez del mío. La llamé Theodora porque significa "Regalo de Dios", pero para entonces ya empezaba a preguntarme si lo que Dios me había regalado no habría sido estupidez. Casi de inmediato, dejé de utilizar el Theo, pero Dora era el nombre de mi madre, así que...

"De cualquier forma, él llegó a un acuerdo y puso dinero a su nombre para que pudiera cobrarlo al cumplir los veintiún años, y consiguió una orden judicial para que dejara de molestarle. ¿Qué demonios podía hacer yo?

"Un tipo que conocía me dijo que debería intentar escribir. Creí que estaba loco, pero cuando me encontré desesperada lo hice. Me limité a esparcir en un papel lo que me bullía en la cabeza, el odio que sentía hacia el hombre que me había traicionado. Por supuesto, el fallo había sido mío de principio a fin. Él me dijo que era muy sentimental y me persuadió para que escribiera una novela romántica. Comparada con la mayoría de las de su clase,

tenía un toque de autenticidad, porque la mayor parte de las mujeres que escriben ese tipo de cosas jamás han estado en la oficina de un diputado, o en las oficinas de un médico de una compañía mundialmente famosa. Yo he estado en el banquete del alcalde y en ese tipo de sitios...

A medida que narraba esta parte de su vida, en un tono que se volvía cada vez más monótono, Godwin anotó mentalmente los puntos en los que coincidía y difería de la historia que Gorse le había contado. Concluyó que, como había sospechado desde un principio, la versión de la muchacha estaba distorsionada: en parte por el LSD y, en parte, por repulsa al ambiente de su madre.

Lástima. Visto desde otro ángulo, podría haber sido considerado romántico.

Pero también podría haber sido lo suyo y no lo era. Continuó escuchando.

—Pero, por supuesto, nunca has oído hablar de mi, a pesar de que haya escrito un libro sobre todo esto hace catorce años. Ninguno de ellos los he firmado con mi nombre. Ninguno se ha convertido en un best-seller. Ninguno ha llegado a adaptarse al cine o la televisión, aunque esta vez casi tuve la esperanza... Pero no importa, al menos me pagaron el viaje a California, yo no podría habérmelo costado. Con lo que gano sólo tengo para pagar un apartamento de tres habitaciones, la manutención y las ropas suficientes para poder comparecer ante mi agente y la escuela de Dora sin que me identifiquen por lo que he sido.

—¿Y las tasas del colegio?

—Salen del dinero que su padre le destinó. —Apuró el vaso—. ¿Tienes un cigarro?

Él iba a acceder a su petición cuando se detuvo; a pesar de la visión de Londres, ésta era una versión activada de su casa. Miró alrededor y localizó una caja de madera con asas de metal, contenía una mezcla de Player y Gauloises.

—¡Oh, muy apropiado!—dijo ella, mofándose, mientras cogía un Player—. ¿Donde aprendiste tu estilo, huérfano alcohólico?

—Fui probando hasta que me decidí por lo que me gustaba.

Por primera vez, parecía que había conseguido impresionarla. Ella le observó durante unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Y supongo que no hubo límites para lo que podías probar?

—De momento no he encontrado ninguno.

—Eres un diablo afortunado, ¿eh?

—No más afortunado que tu hija. Ella puede tener exactamente lo mismo, o cualquier otra cosa que prefiera.

—¡Sigues diciendo eso! Entonces, ¿por qué no me llevas hasta donde está, me la enseñas, me lo pruebas?

—No puedo.

—También sigues diciendo eso...—Suspirando, ella miró a su alrededor por enésima vez—. Si no siguiera lloviendo, creo que me levantaría y me marcharía. Pero llueve, ¿verdad? ¿O las ventanas están mojadas por otro de tus trucos?

El sacudió la cabeza.

—No, es real. Todo es real. O tan real como lo pueda ser cualquier cosa.

—¡Hmmm! Ahora nos ponemos filosóficos, ¿no? Bueno, no me importa. Ha pasado ya bastante tiempo desde que no pruebo las delicias del modo de vida de la clase alta, así que será mejor que aproveche ahora que puedo, especialmente dado que Dora no está dispuesta a pedirme que comparta la suya—añadió pesarosamente—. ¿Qué has hecho con ella? ¿La has vendido a algún magnate del petróleo como aquellos árabes con los que te peleaste en la puerta del Hotel Global?

No merecía la pena rebatir eso.

—Supongo que Jackson te lo dijo.

—¿Quién?

—El conserje con el que te vi hablar.

—¡Oh, cielos!, ¿no es increíble? Para mí era Tim. Nunca se me habría ocurrido llamarle Jackson.

A punto de dar otra calada al cigarro, cambió de idea y lo apagó.

—¿Tienes algo de comer? Me muero de hambre.

—Lo que quieras—murmuró Godwin, deduciendo que empezaba a sentirse completamente borracha y necesitaba alimento para calmarse.

—¡Por Dios!, de nuevo estamos con las adivinanzas. De acuerdo, entonces—se enderezó—, me apetece awabi, filete a la cerveza, un plato de verdura, con bok choy y alubias, sake, cerveza de Kirin y frituras de plátano.

—Entonces, iremos a Hawai a ver a Della Silveira. Tiene una gran ventaja: forma parte de los Estados Unidos, así que nunca piden el pasaporte. Por si acaso, llevaré el mío, si por cualquier motivo te piden el tuyo, siempre creerán que te lo dejaste en el hotel. El mejor que se puede mencionar es el Kilau Alea.

El panorama y el sonido de Londres bajo la lluvia se esfumaron. Los olores cambiaron, volviéndose de nuevo oceánicos, como los de Bali, pero había una sutil diferencia; éstos estaban teñidos de humo, escapes de coches y los olores de una ciudad densamente poblada. También en el cielo cambiaron las nubes, como si un artista de la calle hubiera cambiado en el pavimento viejas marcas de tiza por otras nuevas. Entonces, se oyeron los acordes de una guitarra metálica, y todo cambió sutilmente y apareció Honolulu.

—Hay actividad volcánica—dijo Godwin—. En la actualidad, no suelo llamar a Della demasiado a menudo. Demasiado olor a sulfuro. Se estará mejor después de la próxima erupción. Quítate la chaqueta. A nadie le importará cómo vayas vestida, pero hace demasiado calor para llevarla.

Lentamente, como moviéndose en un sueño, ella obedeció. Debajo de la chaqueta llevaba una camiseta que en otros tiempos había sido roja pero que ahora era rosa. No usaba sujetador. Sus pechos estaban bien formados. En realidad, tenía una figura francamente buena en todos los aspectos, una figura que envidiaría la mayoría de las mujeres de la mitad de su edad. Ahora que se había recuperado del shock de haberla visto como una mujer madura, Godwin pudo apreciarla e incluso sentir un ligero interés erótico, el eco remoto del impacto de su antiguo yo de diez años...

No.

No, eso no tenía sentido. Tenía que haber otra explicación para su relación imaginaria, y andaba a tientas en su búsqueda. Pero todavía era demasiado pronto para pensar seriamente en el problema.

Sin embargo, mientras la cogía de la mano y la dirigía a la ventana, de donde bajaban también unos escalones que esta vez conducían a un patio a la sombra de unos juncos y donde media docena de grupos de personas reían y comían en torno a una serie de mesas de madera, se preguntó si habría algún medio de persuadir a los amos...

Probablemente, no. Nunca lo había habido. ¿Por qué debería haberlo ahora?

Pero, de cualquier forma, era una lástima.

—¡Vaya, God!—exclamó la propietaria del restaurante cuando salía de la cocina.

Era una mujer pequeña y regordeta con marcados rasgos orientales a pesar de su apellido portugués; había razones históricas para ello.

—¡Ha pasado tanto tiempo! ¿Estabas esperando un día particularmente auspicioso?

Igualmente, había razones históricas para que ella formulara una pregunta oriental con un fuerte acento americano. Pero no esperó la respuesta; besó a Godwin sonoramente en la mejilla y tomó con las dos manos la de Bárbara.

—¡Qué bueno que por primera vez God traiga una acompañante! Por favor, sentaros donde queráis. ¿Que vais a tomar?

—Awabi, filete a la cerveza, verdura con mucho bok choy y alubias, sake, cerveza de Kirin y frituras de plátano—dijo Godwin, mirando maliciosamente a Bárbara.

—¡Estará listo en un momento!—Della dio una palmada y se dio la vuelta, meneando su ancho trasero dentro de un par de bermudas hechas de algo que parecía brocado.

—¿Es la propietaria?—preguntó Bárbara suavemente, mientras primero tocaba la mesa, después la silla, como temiendo que resultaran intangibles.

—Oh, claro, pero para ella todo esto no es más que un hobby. Es una de las astrólogas mejor pagadas del mundo. Hay muy poca gente que comprenda las tradiciones europeas y las orientales, ella sí. Es lo que quiso hacer, así que es lo que hace.—Godwin se dejó caer en su silla y se repantigó, intentando no bostezar.

Bárbara meditó un momento, entonces formuló una pregunta que bullía en su mente aletargada por el calor.

—¿Qué es lo que quiere Dora..., quiero decir, Gorse? ¿Qué le han ofrecido?

—Éxito como diseñadora—respondió Godwin rápidamente.

—Ya veo. Supongo que te dijo que no tiene ningún talento, ¿no? Oh, bueno: eso es típico. Pero en un caso semejante, el talento es... ¿suministrado? Y si es así, ¿cómo?

No era la primera vez que esta extraordinaria mujer le desconcertaba, pero en esta ocasión el shock fue más severo. ¿Por qué no? Él sabía lo que habían querido Bill, Irma, Hermann, Luke y el resto; sabía lo que habían pedido y conseguido Wilf y Della y Maud y André; sabía lo que Ambrose había deseado y parecía bien complacido.

Pero nunca se había preguntado qué sucedería si alguien quería algo para lo que no reunía las condiciones necesarias.

Y, en el filo mismo de la consciencia, apareció la pregunta implícita ante la que no se atrevía a enfrentarse.

Tengo lo que había pedido; ¿es esto todo para lo que sirvo...?

Pero Bárbara se había encogido de hombros y olvidado la pregunta, y miraba a su alrededor con curiosidad.

—¿Podríamos salir de aquí y hallarnos en una calle de verdad? ¿Podríamos bajar a una auténtica playa de Hawái y contemplar a la gente practicando surf?

—¿Por qué no?

—Ya veo. "Todo es tan real como lo pueda ser cualquier cosa".

Sacó un cigarrillo del bolsillo de su camisa. Cuando se lo llevaba a los labios llegó uno de los serviciales camareros de Della con el sake y un aperitivo de algas fritas con los cumplidos de la casa. Le encendió el cigarrillo y se marchó sonriendo.

Ella lo apagó inmediatamente y comió las algas con los dedos. Miró alrededor.

—Esos escalones por los que bajamos.

—¿Sí?

—Imaginate que alguien los sube. ¿Qué encontrará arriba?

—Nadie lo hace nunca.

—Pero...

—Nadie lo hace nunca—repitió él firmemente—. Es... bueno, es algo implícito.

—¿Implícito en dónde? ¿En el trato que hiciste?

—Yo... Si, supongo que puedes llamarlo así—dijo él, incómodo, porque no le gustaba el tono que ella había empleado al decir la palabra "trato".

—Entonces, ¿por qué no hay también inmunidad para que la policía no te pida el pasaporte?

—Porque...

Se calló. Pensó que comprendía por qué. Estaba seguro en un noventa por ciento. También estaba convencido de que podría explicar la razón en términos que al menos algunas personas, y Bárbara era un ejemplo, pudieran comprender. La mayoría no podría; eran las excepciones.

Aunque, si lo intentara...

Recordó a Hamish Kemp reduciendo su propio cuerpo a una ruina sanguinolenta.

Así que, cuando el camarero regresó con el plato principal y las botellas de cerveza japonesa, se sintió muy agradecido.

—¿Sabes una cosa?—dijo Bárbara pensativamente—. Estoy tomando esta experiencia en serio porque, ¿sabes por qué?

—Sí.

Ella le miró, afrontándole.

—Bien, entonces, ¿por qué?—le espetó.

—Porque te estás emborrachando.

—¿Cómo demonios sabías lo que iba a decir?—Su voz se elevó tanto que atrajo la atención de la gente de las otras mesas; ella lo advirtió y repitió la pregunta en un fiero susurro.

—No lo sabía—dijo Godwin, tras un momento de duda—. Es una especie de... Bueno, apareció en mi mente.

Después de abrir el papel en el que estaban envueltos, Godwin le pasó un par de palillos y, sirviéndose otro para él, empezó a llenar su cuenco.

Pero tras las palabras, repentinamente aparecieron percepciones que le asustaron. Podía verla, sola en un triste apartamento después de haberse habituado al lujo de Park Lane, con su hija llorando. Casi podía adivinar la marca de la botella en la que estaba guardado su consuelo.

—Oh, demonios. Como quieras...

Ella probó el filete y comió vorazmente durante los siguientes minutos, mientras el sonido de fondo de la música tradicional hawaiana, procedente de una radio, daba paso a un disc jockey con su supuestamente graciosa colección de chistes locales.

Para cubrir las apariencias (y cuánto de la historia de su vida se resumía en esa frase, advirtió con una brusquedad que le asustó), Godwin se dedicó al awabi y las verduras dejando la carne para ella, ya que, al parecer, le gustaba tanto. La tregua fue bienvenida, pero no por mucho tiempo.

—No solamente porque me esté emborrachando—dijo ella con la boca llena—. Nunca había comido de esto hasta que fui a California. Un productor de televisión quiso impresionarme y me llevó a un restaurante donde servían carne traída diariamente de Kobe. No estaba ni la mitad de buena que ésta.

—¿Querías ver si mi..., mi ilusión podría comparársele?

—¿Ilusión?—Ella se echó a reír—. ¡Si esto es ilusión, le gana a la realidad!

—No sé cuál es la diferencia—dijo Godwin, y tomó un largo trago de cerveza.

—¿Es verdad lo que dices?—murmuró ella, encendiendo otro cigarrillo.

Godwin, saciado su exiguo apetito, se echó hacia atrás, retirando su plato.

—Vivo como vivo—dijo, no teniendo una respuesta mejor—. Es lo que elegí.

—¿Y qué esperabas que sería?

Godwin acusó la burla; afortunadamente, ella no aprovechó la ventaja y alcanzó el cenicero sin mirarle.

—Oh, he visto a demasiada gente rica sin ningún fin en la vida como para que la envidie—continuó ella—. Y los ricos que lo tienen, son aún peores. Casi siempre son crueles; incluso cuando piensan que son amables, son condescendientes, paternalistas, hacen lo posible para asfixiar la iniciativa individual de la gente con la que tratan porque creen que ellos lo saben todo. Algunos incluso creen que son los mejores.

Nuevamente, Godwin dudó antes de aventurarse a hacer un nuevo comentario, pero le pareció que entendía a esta extraña mujer y que eso era confortante. Sin ser plenamente consciente de ello, siempre había tenido miedo de que su larga existencia como un ser solitario le privase de la habilidad de acceder a otros seres humanos. En este caso, al menos, lo estaba haciendo de forma excelente.

—Parece como si estuvieras discutiendo con Gorse—dijo. Ella le miró tan violentamente que casi derramó la cerveza; ya había acabado con el sake.

—La conoces muy bien, ¿no?

—No.

—Pero... ¡oh, demonios! ¿Por qué no?

—Porque ella habló más de ti que de si misma.

Bárbara frunció el ceño.

—¿Es cierto eso?

—Sí.

—¿Cómo puedo estar segura?

Esto volvía a hacerse aburrido. Con toda la paciencia que pudo acumular, Godwin dijo:

—Sólo tienes que pensar en por qué la gente miente. Siempre tiene algo que ganar. ¿Qué podría ganar yo que no tenga?

—Compañeros en la adversidad—dijo ella por fin, después de jugar un instante con el vaso de cerveza, y se echó hacia atrás antes de que él respondiera, como si temiera que la abofeteara.

En vez de eso, él la miró sorprendido.

—¿Qué?

—¡Marlowe!

Por su mente pasó el impulso de decir: "¡Oh, sí! ¡Philip!", pero lo reprimió, y se sintió furioso, sin saber qué hacer. ¿Por qué demonios esta mujer, que según había admitido llevaba una vida llena de fracasos, conseguía dejarlo perplejo?

Deseó no haberla conocido. Deseó que no le hubieran dado nunca una medalla al valor. Deseó estar muerto.

O mejor: que ella estuviera muerta.

Por fin, ella le sacó de su ensimismamiento y apagó el cigarrillo en el plato.

—Vámonos por donde hemos venido. Si podemos, claro.

—¿No quieres tus frituras de plátano?

—No.

—Entonces, como quieras.

Godwin se levantó y se dirigió a las escaleras.

—¿No tienes que...?

—¿Pagar?—Curvó los labios en una sonrisa amarga—. Sigo diciéndotelo y no me crees, ¿eh?

—¿No se da cuenta la gente?

—Es muy probable que sí.

—Entonces...

—¡Pues entonces piensan que tenemos una cuenta permanente!—espetó él, demasiado tarde.

Della volvía, resoplando, justo a tiempo para impedir que contestara a la pregunta que Bárbara había formulado en su susurro: a quién se refería Godwin al hablar de "nosotros".

—¿Te vas tan pronto? ¡Pero si acabas de llegar!

—Della, amor mío, el mundo es grande y cada uno debe seguir su propio destino.

—¡Cierto, cierto!—respondió la mujer, con extraña solemnidad—. Pero ¿te lleva tu destino a alguna parte?

—Podré contestar a eso cuando llegue.

—¡Oh, vamos!—Ella se echó a reír—. Siempre tienes la respuesta a punto, ¿eh, God? ¡Claro que sí! ¡Déjame que te bese, encanto, por si pasan años antes de que volvamos a vernos!

—¿No puede predecir cuándo será?—dijo cáusticamente Bárbara cuando Della le besaba ruidosamente en la mejilla—. Dice que es la mejor astróloga que existe.

Della dio un paso atrás, cerrando los puños como garras y con fiera expresión. Godwin recordó haber oído hablar de su pasado: líder de una banda callejera de asesinos, cuando tenía trece años, determinada a demostrar que sólo porque su apellido fuera portugués no tenía que vivir en el escalón más bajo de la escala social en Hawai...

—¡Habría sido mucho más divertido reclutarla a ella en vez de a aquella maldita Gorse!

Pero, por supuesto, a él no le habían asignado aquella misión había tenido que cumplir obedientemente su propio deber.

¿Eran suficientes el deber y la obediencia?

—Bien, señoras...—exclamó, postergando la pregunta antes de que Della se abalanzara sobre Bárbara.

—¿Señora?—repitió Della—. No supe lo que significaba hasta que me hice vieja y amarga. ¡Y ella ni siquiera lo es todavía!

Bárbara movió la cabeza, señalando a Godwin

—Pero él tiene una especie de encanto pasado de moda, ¿verdad? Una especie de encanto... perfecto.

Aquello funcionó. El fruncido ceño de Della se redujo para transformarse inmediatamente en una sonrisa, y la gruesa mujer abrazó a Bárbara y le insistió en que volviera pronto, sin aquel pesado para arrastrarla. Bárbara prometió que así lo haría.

—¡Sácame de aquí!—le susurró a Godwin.

Medio sorprendido y a la vez medio aliviado, Godwin se despidió de Della y regresaron a las escaleras. Se estaba preparando para contestar a la que pensaba que sería la siguiente pregunta de Bárbara ("¿Qué hay aquí cuando tú no estás?") y descubrió que no encontraba ninguna respuesta cuando entró en el apartamento londinense y miró aprensivamente hacia atrás. El panorama todavía era hawaiano.

—¿Estamos de vuelta a donde empezamos?—preguntó ella.

—¿Quieres decir si saldrás a Londres si cruzas por esa puerta?

—¡Claro que eso es lo que quiero decir, maldita sea!

—Sí.

—¡Entonces quiero salir!—Recogió la chaqueta de la silla donde la había dejado—. ¡Quiero volver a un mundo cuerdo y familiar, y quiero hacerlo ahora!

—¡No!

Angustiado, Godwin avanzó hacia ella mientras una cascada de pensamientos bullía en su cabeza con una básica y única urgencia: ¡Si no voy a conseguir hacerlo nunca con la niña que me besó en la boca delante del palacio, bien puedo hacerlo con esta versión!

¡Me lo merezco!

Eso no tenía sentido. Tenía que huir de aquella confrontación consigo mismo, y encontró una forma diciendo:

—¿Por qué?

—¡Te lo he dicho!

—¡No!

—¡Oh, claro que te lo dije, y tú ni siquiera te diste cuenta!

Se enfrentaban como boxeadores, las manos a punto de convertirse en puños, jadeantes, casi bailoteando. Era gracioso. Si, como una película de Laurel y Hardy.

Él ensayó una carcajada que estuvo a punto de ahogarle, pero rompió la tensión.

—Si estabas intentando impresionarme—dijo ella—, no lo conseguiste. Pero me dijiste lo que habías hecho y por qué tengo que odiarte.

¿Odiar?

Las palabras relacionadas con sentimientos tan fuertes hacia mucho tiempo que no eran familiares para Godwin. Todo ese tipo de emociones había sido dejado al margen.

—Nunca hice nada para que me odieras—dijo torpemente.

—Pero lo hiciste. Por eso quiero salir de aquí lo antes posible.

Después de ponerse la chaqueta, miró a su alrededor. Tembló ante la visión del espléndido mobiliario, los lujosos cuadros, la visión del verano en el Pacífico que, más allá de las ventanas, permanecía ensombrecida por el humo y la niebla.

—¡Deja ya de hablar en acertijos!—estalló Godwin, agarrándola por el brazo.

¡Ah, la tentación de la ira! Cada segundo que pasaba se acercaba más. Golpear, magullar, hacer sangre...

Pero ¿quizá aquello era una clase de seguro para los amos?

La idea era novedosa y alarmante, pero se mezclaba con las imágenes de la muerte de Hamish. Godwin se controló, miró a Bárbara de nuevo y la vio como a una mujer, una mujer hermosa, una mujer que tenía el valor—las agallas, la inconsciencia—de vivir una vida miserable y, sin embargo, crear, de alguna manera, una identidad, derivada de nadie, sino de sí misma y de sus propios sueños.

¿De quién eran los sueños que me crearon a mí?, se encontró preguntándose.

A los veinte años, ¿qué había sabido de la vida real? ¿Había creído siquiera que tal cosa existía?

—¡Suéltame!—conminó ella, apretando los dientes.

Le agarró por la mano que la sujetaba y le torció el pulgar, haciéndole gritar de dolor. Antes de que pudiera recuperarse, ella se preparó a infligir nuevos daños, esta vez con golpes de karate.

—Tuve que aprender a defenderme. A veces, cuando no se les levantaba, los hombres me echaban la culpa.

¡Usa la flexión! El pensamiento brotó de su inconsciente, etiquetado como URGENTE.

Lo rechazó porque quería saber por qué ella le estaba insultando y así se lo dijo:

—¿Por qué me insultas? ¿Acaso he intentado violarte?

Ahora, ella estaba junto a la puerta, mirándola, visiblemente temerosa de que no se abriera. Según él podía recordar, saber que algo era imposible había sido una cura para el terror. Consecuentemente, habló para tranquilizarla.

—Se abrirá cuando yo lo decida.

Y obtuvo el efecto inverso. Hasta ahora ella había mantenido una máscara de calma; con estas palabras, la máscara empezó a resquebrajarse.

—Vas a hacerme prisionera, ¿verdad?—dijo, a media voz, cada vez más cerca de la puerta, sin mirarle.

—¡Por supuesto que no! Sólo quiero saber...

—Por el amor de Dios... ¿de qué se trata esta vez?

Si, ¿qué era? Godwin permaneció de pie, comparando posibles preguntas en su mente: ¿Qué piensas de mí? ¿Por qué me tienes miedo? ¿Qué he hecho para alterarte tanto? Y la repetida. ¿Por qué me insultas?

Ella alcanzó la puerta y se aferró al pomo, nerviosa.

—Déjame ir—dijo. Y en un susurro añadió—: Por favor.

Eso catalizó sus confusos pensamientos.

—Pero ¿por qué quieres escapar de mí?—pudo decir él.

—¿Vas a dejarme salir?—fue su respuesta.

—Pero...—dio un paso hacia ella, los puños cerrados, no como signo de violencia, sino por mera frustración—. Pero si te vas ahora, nunca sabrás dónde está tu hija.

Parecía una buena idea, pero ella sacudió la cabeza, la cara muy pálida, la voz fina y tensa.

—Si se ha convertido en alguien como tú, no quiero saber nada de ella.

—¿Qué demonios quieres decir?—rugió él.

—¿Qué demonios crees que digo?—Ella había estado conteniendo las lágrimas, pero ahora éstas corrían por sus mejillas— ¡Nunca creí que sería posible, nunca había soñado que podría ser real, pero ahora me lo has mostrado, y como tú mismo dices, no es ni más ni menos real que cualquier otra cosa!

Ella se enderezó, como recabando su atención, orgullosa, aunque sin separarse de la puerta que la enmarcaba como si fuera un retrato a tamaño natural. Le miró con los ojos brillantes.

—¡Has vendido tu alma, maldito seas, y también has vendido la de mi hija!

—Pero no es así—dijo él, unos segundos después, débilmente—. No es como tú dices.

Incluso mientras hablaba, era consciente de su incertidumbre. Desde que había hecho su trato, desde que se dio cuenta de lo que había hecho con su vida, había tenido tiempo suficiente para pensar, reflexionar y estudiar. No necesitaba trabajar para ganarse la vida; ocasionalmente, se obligaba a inventar una nueva ambición, pero eso ocurría rara vez, y una vez concebida, le duraba varios años.

Sin embargo, reverberando en lo más profundo de su mente, estaba el recuerdo de cómo se había sentido apartado, rechazado, abandonado.

Algo en los ojos de esta mujer que se correspondía (¿cómo? ¿cómo?) con la niña que había rescatado una vez, le decía cosas que no eran de su agrado. De alguna manera, a pesar de todo el sufrimiento y todos los malentendidos y privaciones que le había contado (y cuánto se parecía y, al mismo tiempo, qué diferente era de la versión que le había dado Gorse!), ella había encontrado una identidad.

No tenía nada que ver con el nombre; había nacido Gallon y Tupper y Simpkins y condenada a ser Bárbara, la salvaje.

No tenía nada que ver con vivir de un modo aventajado al resto del mundo; había conocido la miseria de la que él había huido cuando tenía veinte años... Y, en vez de huir, había construido sobre ella.

¿Tenía algo que ver, quizá, con el orgullo?

¿Tengo orgullo?

Con la mirada, recorrió toda la habitación, pero no la miró a ella, y se preguntó, por primera vez: ¿He creado esto? ¿Lo gané? ¿Lo inventé, lo concebí o lo diseñé?

Y sintió el frío de la respuesta.

Por supuesto que no. Simplemente lo acepté cuando me lo dieron.

¿Quién he sido durante todos estos años? Y, aun peor. ¿Qué he sido?

34

—La puerta está abierta—dijo por fin, la garganta seca, la lengua más espesa que de costumbre—. Márchate si quieres. ~ Ella se quedó mirándole; una luz de esperanza brilló en sus húmedas mejillas. De manera casi independiente a su voluntad, su mano izquierda agarró el pomo de la puerta y la abrió.

Se volvió.

—Pero antes de irme—dijo con voz débil y distante—, tienes que darme la dirección de Dora.

En ese momento, él la admiró de un modo como nunca antes había admirado a nadie, pues por fin había deducido lo que pensaba que le estaba sucediendo a ella. Se creía a las puertas del infierno. Se creía víctima de un plan establecido por el propio Satanás. Y, sin embargo, aún quería saber de su hija que tanto la despreciaba.

—¿Recibiste educación católica?—preguntó él.

—¡Oh, claro, los fuegos del infierno y compañía! Y creí que había escapado de todo eso. Hasta que te conocí, creía que los cuentos de hadas me habían engañado. Y ahora... ¡Ahora creo otra vez en el diablo y en la venta de almas!

—¿Ves algún mal en mí?—preguntó Godwin, verdaderamente sorprendido.

—¿Que si lo veo?—ella soltó una risa hueca—. ¡Lo escucho, lo huelo y, prácticamente, lo saboreo! Nunca antes había conocido a un monstruo. Pensaba que sí, pero tú eres real y el resto solamente lo pretendía.

—Pero ¿por qué?—ladró él.

Y ella le dio la respuesta irresponsable.

—¡Porque no entiendes lo que quiero decir cuando te digo lo que eres!

—¡Pero no es así!—repitió él, persistente, después de una eternidad—. ¡No lo es!

Ella se había calmado un poco; había ganado suficiente confianza para apartarse de la puerta, como si hubiera decidido que alguien vendido a las fuerzas del mal no tenía por qué ser totalmente malvado, no más que un león es un depredador justo después de una comida. Se acercó, temerosa, y le cogió la mano.

—Quiero correr y esconderme. Y... y no me partiría el corazón si no vuelvo a ver a Dora. Me he pasado años esperando que se marchara para empezar su propia vida. Es ley de vida. Pero hay una cosa que no puedo soportar, y es tu aspecto. ¡Tu cara! ¡Sigue siendo la cara del hombre que me salvó la vida, y él se llamaba Ransome, y ahora debe ser muy viejo, o estar muerto, y no puedo dejar de pensar que eres él!

Tomó aire.

—Tienes la cara del hombre del que me enamoré cuando tenía diez años. Ojalá no fuera así. Ojalá pudiera olvidarlo todo, pero no puedo. Estoy asustada. Quizá porque sé lo que es estar asustada no quiero salir de aquí y cerrarle la puerta a alguien que ha vendido su alma.

—Tienes la cara de la niña de diez años de la que me enamoré —dijo Godwin, áspero.

—Pero yo...—dijo ella rápidamente, a la defensiva.

—¡Lo sé, lo sé! No tenías diez años cuando hice lo que creo que hiciste. No fui yo quien lo hizo cuando tenías diez años. Pero ¿quién lo recuerda con exactitud? ¿Qué pasado es real y vivido como el presente? Recuerdo, no mi pasado, lo que mi pasado solía ser: permanentemente en sombras, borroso.

Hasta su última frase, gracias a la cerveza y al sake que había tomado en Hawái más los cócteles que había bebido antes, Bárbara había dado signos de incipiente borrachera, por su forma de arrastrar los sonidos sibilantes. Ahora, sin embargo, habló con el tono frío y analítico de una asistente social que se encara a un cliente difícil.

—Y en esos días—preguntó—, ¿podrías haber hablado sobre ello de esta forma?

—No—contestó él tras un momento de duda—. No, posiblemente no.

—¿Por qué no?

—No...—Se mojó los labios—. No tenía vocabulario para hacerlo.

Ella le acompañó hasta la silla donde se había sentado antes e intercambió los papeles, sentándose a sus pies y mirándole con fascinación. Siguió sosteniéndole la mano y él detectó que la piel de ella estaba húmeda por el frío sudor del miedo. Sin embargo, había decidido quedarse.

—¿Cómo es?—dijo por fin, acomodándose—. Quiero decir que me has enseñado un poco de lo que puedes hacer. Pero quiero saber..., quiero creer que... ¡Oh, mierda!—Se golpeó en el muslo—. ¡Quiero creer que lo que le has hecho a Dora no es malo!

—¿Quieres creer que no vendí su alma?

—¿No querría lo mismo todo el mundo?

El se encogió de hombros.

—Nunca he sabido lo que es un alma, ni si existe o no una cosa así.

—Yo tampoco, después de librarme de las ataduras que el catolicismo había puesto en mi mente—dijo ella, sacando un cigarrillo y encontrando cerillas en una mesa cercana de la que Godwin no había sido consciente.

Por la cabeza del hombre pasó la alarmante idea de que quizá ella conocía ya mejor su casa que él mismo. Pero después de tantísimas versiones...

—¡Bien, voy a decirte una cosa! ¡Nunca he vendido mi alma, ni la de ella, ni la de nadie! Sé lo que pasa, y a veces creo que soy el único.

—Entonces, explícate—dijo ella con suavidad, mirándole persuasivamente.

Tenía tan poco que ver con las palabras que desafió su primer intento... Aunque, al menos, notó con alivio que al intentarlo no era castigado instantáneamente.

—Bueno, ¿cómo empezó?—sugirió ella, sintiendo su frustración.

Él estaba a punto de decir que no lo recordaba cuando se dio cuenta de que sí lo hacía, aunque confusamente y como desde una gran distancia. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Tuvo una visión momentánea de Irma quitándole otros rastros del pasado, tanto de su cerebro como de su cuerpo, y sintió un breve espasmo de pura furia. Pero enfadarse no

tenía sentido. Tenía que recordar, y detalladamente, y hablar de lo que recordaba: era urgente.

¿Cómo podía haberse preguntado si tenía colegas que también se dedicaran a reclutar nuevos miembros? ¿Cómo podía haber dejado que el recuerdo de su propio reclutamiento se deslizara tan al borde de la consciencia para que hubieran pasado meses, quizá años, sin pensar en el tema?

—Había una mujer llamada Eunice—dijo ásperamente—. Vivía en St. John's Wood, en una casa pequeña, pero exquisita, que un hombre de negocios victoriano había mandado construir para su mujer. Era la moda y se pintaba demasiado la cara, pero su cuerpo era increíble. Decía que había sido bailarina, pero una vez admitió que, en realidad, era acróbata circense, y eso me pareció más factible. Podía doblarse en posiciones inimaginables. Era increíblemente coqueta y tenía una corte de jovencitos admiradores. Debía haber docenas. No sé lo que vio en mí. Quiero decir, la primera vez que nos encontramos me habían echado de un pub, y estaba tirado en medio de la calle, pero tuve suerte. Solía llevarme a Le Touquet y Deauville, y a Cannes en invierno. A todos los lugares de moda. Y me dio a conocer el ballet y el teatro, la buena comida, la buena bebida donde y cuando era seguro... Por supuesto, eso quería decir en su casa o en la de nuestros amigos. No me atrevería a beber ni una cerveza en ningún otro lugar. Ni siquiera ahora.

Reprimió un escalofrío mientras sus ojos enfocaban el pasado.

—¡Cristo, era increíble! Yo no sabía conducir, claro, y como quería hacerlo, hizo que un amigo que conducía Alfás me enseñara. Entonces quise volar, y también arregló eso... Solía ir a Croydon o Stag Lane prácticamente a diario, y conocía a la gente que ocupaba la cabecera de los periódicos con records de velocidad y vuelos de larga distancia... Era maravilloso. Ésa es la única palabra para definirlo: absolutamente maravilloso.

—¿Y es eso mismo lo que estás haciendo por Dora?—preguntó Bárbara tras una pausa.

—Bueno... bueno, yo exactamente no. Todos nosotros.

—Parece como si la magia se debilitara.

—¡Funcionaba perfectamente hasta que apareciste en mi vida!

—Ahora resulta que es culpa mía, ¿no? ¡Al diablo con esa idea!—Ella había vuelto a ganar completamente su autoconfianza; era imposible reconocer a la persona que había gemido de terror ante la puerta, suplicando que la dejaran salir—. Si estás tan convencido de que lo que le sucedió a Dora es lo mejor del mundo, ¿por qué te cuesta tanto trabajo convencerme? ¿Sólo porque soy su madre? No parece ser de la clase de individuos que se preocupa por la familia.

El sentía, a toda costa, la necesidad de justificarse. Era cierto que algunas veces se había preguntado si habría tomado la decisión adecuada; sin embargo, cada vez había llegado a la conclusión de que no había ninguna opción mejor. De otra forma, su vida habría sido un desastre: la existencia breve y espantosa de un vagabundo borracho. Debería ser invulnerable a este tipo de ataques.

Pero le ofendía muchísimo que esta mujer, que era (*¿cómo?*) la contrapartida de la niñita rubia, le acusara de maldad. ¿Cómo podría ser malo lo que hacía? ¡Gorse en persona, Dora, dentro de uno o dos años, se habría envuelto en toda clase de narcóticos, vendiendo su cuerpo para poder conseguir la siguiente dosis de heroína!

Quería decirlo así, desesperadamente, y, sin embargo, tenía miedo de que ella no le escuchara.

—Porque dices que he vendido su alma—murmuró—, y no es cierto.

—Entonces, te lo pregunto por segunda vez, ¿cómo es?

—Principalmente es... Bueno, podríamos decir que es como una operación de rescate...

Hizo un gesto indefenso, buscando en el aire las palabras que nunca había pensado necesitar. Nunca se le había pasado por la imaginación la posibilidad de explicarse ante un extraño; no estaba específicamente prohibido, pero sin aquel impulso que ella le daba automáticamente, habría sido borrada de su consciencia. Toda su existencia había estado dictada por la necesidad de evitar que le advirtieran.

—Bueno, para Gorse es como ser introducida en una sociedad secreta que tiene secretos de verdad y que funcionan.

—Ya veo—dijo ella lentamente. Estudiaba su cara con intensidad, buscando pistas en su expresión—. Pero es... ¿es la verdad?

—Tal vez sea parte de la verdad.—El reflejo de una sonrisa curvó sus labios—. Hugo y Diana no estaría de acuerdo.

—¿Quién?

—Hugo y Diana Peasmarsh, el diseñador de moda.

—Lo siento, el nombre no me dice nada.

—No me extraña. Lo mencionan mucho en los periódicos, pero tiene una clientela muy exclusiva. De cualquier forma, cualquiera podría llegar donde está, según dice. Hay algo extraño en Hugo y Diana.

—Estoy un poco confundida. ¿Hay otras personas que tienen el mismo tipo de... vida lujosa que llevas? ¿Hablas de eso?

—En efecto. Excepto que la mayoría, por lo que sé de ellos, no quiere saber lo que sucede en realidad. Prefieren ocultarse la verdad.

—¿Cómo?

—Bueno, Luke Powers, por ejemplo: piensa que lo que hace es meditar cuando... Oh, supongo que debí haberte advertido antes.—Miró alrededor, sin fijarse en ella; no podía soportar aquellos ojos penetrantes—. Puedes encontrarte a Gorse por casualidad y ver que no te reconoce. No te preocupes, es bastante normal.

—¿Normal no reconocer a tu propia madre?

—Es..., es el precio. Todos encontramos una manera para no darle importancia—dijo, hablando más rápido—. Intentaba decírtelo. Ambrose, por ejemplo: piensa que es una comunión con el infinito. Estudia las ciencias arcanas y, por supuesto, para él funcionan, porque eso es lo que quiere. Puedes consultarle sobre lo que quieras, astrología, numerología, lo que se te antoje, y obtendrás una respuesta adecuada y honesta. Montones de personas lo hacen. Pero últimamente se está metiendo demasiado en la magia negra, y eso no me gusta. Era discípulo de Aleister Crowley, ya ves, así que su capacidad para la autodecepción es tremenda.

Continuo hablando apresuradamente, sin dejar que Bárbara le interrumpiera.

—Irma es muy parecida. Es esteticista y es capaz de hacer lo que cualquier otra persona catalogaría como milagros con el material menos prometedor que exista. Se siente terriblemente orgullosa de contar con clientes entre la gente famosa, aunque se trate sólo de grupos pop con un único éxito en el mercado. Cree que se debe a que recibe guía del mundo de los espíritus, al que, de vez en cuando, se retira. Mientras que con Hermann, que es psiquiatra, todo resulta muy científico. Para él es cuestión de aprender a dominar el inconsciente colectivo; cuando lo consigues, puedes hacerlo todo. Pero, en realidad, no hay ninguna diferencia. ¡Pongamos por caso a Wilf Burgess! ¿Te lo he mencionado antes? Creo que sí. Para él todo es parte de la romántica vida de un músico de jazz que, ocasionalmente, se emborracha y no puede recordar, cuando tres o cuatro días más tarde despierta, lo que ha estado haciendo. Y claro, como es un trompetista tan fabuloso, nadie puede discutir con él. Siempre tiene otros números para hacer felices a los turistas. Y Bill Harvey, ése es ahora el anfitrión de Gorse, cree en encantamientos, conjuros, cánticos y amuletos para la buena suerte. Gana todas las apuestas que hace. Es su placer especial, a pesar de que le han prohibido la entrada en todas las tiendas de apuestas de caballos y de fútbol de todo el país. Simplemente le encanta tener razón. No le importa el dinero, ¿para qué? Igual que yo, tiene todo lo que quiere sin necesidad de dinero para comprarlo.

—Pero mencionaste un precio—presionó Bárbara.

Él se rindió por completo, asintiendo y hundiendo la cabeza entre los hombros.

—De vez en cuando haces...—dudó—, haces cosas que luego no recuerdas. Quiero decir que no eres tú quien las hace. No es muy frecuente. Normalmente, se da más al principio, una o dos veces al mes durante dos o tres días. Más tarde, puede pasar solamente dos o tres veces al año, y nada más por un día. Y, por supuesto, obtienes una recompensa que hace que merezca la pena.

—¿Una recompensa? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, tener éxito en algo que quieras hacer. Para la mayoría de nosotros los lujos no cuentan, aunque es divertido tener un coche como el mío, o un lugar como éste donde vivir.—Abarcó con la mano el apartamento—. Pero sospecho que algunos no saben cómo conseguir lo que quieren hasta que no les pasa. Tal vez esto responda a tus preguntas sobre Gorse y su falta de talento—añadió con creciente entusiasmo—. Por ejemplo, te acabo de hablar de Hermann, tiene muchísimo éxito y se lo debe a... Oh, supongo que dirías que a un socio. A una criatura. Nada como lo que hayas visto en toda tu vida. Y a Irma le encanta

cultivar cosas, tiene las flores más extraordinarias que puedas imaginar; ¡andan solas! Pero todo esto es...

Se detuvo para reflexionar y tragó saliva, decidido a no mencionar de nuevo a Hugo y Diana.

—Todo esto es secundario—dijo por fin—. Lo que importa es que cada vez que te... prestas, te pagan con una experiencia especial. No sé los otros, pero yo siempre pido poder recordar algo de lo que me sienta orgulloso.

Pensó que las palabras eran inadecuadas; sin embargo, ella pareció percibir lo que implicaban sin más explicaciones.

—Como rescatarme—dijo.

—¡Sí, eso es, exactamente! Por eso no falsifiqué mi recorte de periódico. Siempre hay, bueno, no siempre, pero muy a menudo, algo que puedes conservar como recuerdo. Esa vez me quedé con el recorte. Y la medalla, claro.

—Posesión—dijo ella.

El parpadeó, sin comprenderla.

—Posesión—repitió, y empezó a andar de un lado a otro, dirigiéndole de vez en cuando una mirada nerviosa—. ¡Tienes que conocer el termino! Nunca creí que me encontraría con alguien poseído por el diablo, pero todo encaja, y... ¿sabes algo? ¡Nunca había conocido a nadie que me asustara ni la mitad que tú, porque lo aceptas como si tal cosa!

—¡Los diablos no tienen nada que ver!—explotó él, pero se obligó a añadir—: Supongo que en otras épocas la gente lo habrá considerado así, pero... No, es una tontería.

—Me has dicho que todos esos amigos tuyos tienen ideas equivocadas sobre lo que sucede, que se comunican con el infinito, planos astrales y todo lo demás. ¿Cuál es tu explicación? ¡Debes tener una!

El permaneció sentado, completamente inmóvil, como una estatua, durante un largo minuto, sopesando las posibilidades que bullían en su cabeza. Aún no era demasiado tarde para usar con ella la flexión, para vaciar su memoria de todo lo que había aprendido y dejar en ella solamente reflejos molestos, elusivos como los restos de un sueño. Apenas podía creer que hubiera sido capaz de contarle tanto; cada momento que pasaba le hacía, temer más los estertores del castigo, quizá incluso hasta el último: grado infligido a Hamish.

Sin embargo, paradójicamente, pensar en Hamish le hacía estar más dispuesto a hablar. De alguna manera, su muerte le había ofendido. Y ya había sido ofendido por el hecho de que su "prueba" de tener una Medalla George no lo fuera en absoluto, y que alguien con tan poca educación como Bill Harvey lo hubiera visto. Además, el recuerdo de cuando había sido abandonado bullía en su mente. Había sido como todas sus pesadillas combinadas, sin esperanza de que terminara.

Su fe, por decirlo en pocas palabras, había sido minada. Había sido dado de lado por aquellos en quienes confiaba plenamente. Había presenciado un aspecto de ellos que nunca había sospechado, que le habían hecho creer que no existía.

No le había sentado bien ser engañado.

Por lo tanto, sin temor al riesgo de ser castigado, se encaminó al bar y se sirvió una buena porción de whisky. Los efectos de lo que había bebido durante su almuerzo hawaiano estaban pasando y necesitaba valor.

Dando la espalda a Bárbara, mientras colocaba el tapón de nuevo en la botella, dijo:

—Mascotas. Eso es lo que somos. Irma y Bill, y Luke y Ambrose y todos los que conozco. También Gorse, por supuesto.

Se dio la vuelta para encararse a ella y repitió:

—¡Mascotas!

Durante un largo rato ella le miró, como desconcertada, y entonces soltó una risa áspera.

—¿De verdad? ¿Y a quien pertenecéis exactamente?

Él se encogió de hombros y regresó a su silla.

—Sólo pienso en ellos como en los amos—murmuró—. No sé demasiado acerca de ellos. Sabes, nunca se recuerda mucho de los momentos en que... bien, en que te prestas, como si dijéramos. Aunque de vez en cuando despiertas con una especie de mensaje grabado en la cabeza: ve a tal sitio, cuando llegues allí haz esto y lo otro. Así es como conocí a Gorse, excepto que ella pensaba que ya me conocía.

—¿Qué?

—¡Es demasiado complicado para explicarlo! Y, a la larga, no hay ninguna diferencia.

—Ya veo. Es parte del trato, ¿no es así como lo llamarías?

—Sí, supongo que sí.—Bebió un trago de whisky, agradeciendo su áspero sabor.

—Pero la policía te localizó—dijo Bárbara tras una breve pausa—. Y en Hawai te preocupaba que no llevara mi pasaporte. ¿Por qué no está también incluida la inmunidad ante la policía y las aduanas? Te lo pregunté antes y no me respondiste.

—En cierta forma lo está—suspiró Godwin—. Siempre puedes utilizar la flexión.

—¿La qué?

—No sé por qué se llama así, ni siquiera estoy seguro de que todos la llamemos de la misma forma. Es lo que hice con Roadstone y los policías, hice que me olvidaran. Cuesta mucho trabajo. Me sentía demasiado hambriento y fatigado para emplearlo contigo, o no estarías aquí.

—Te doy las gracias por tan pequeño favor—sonrió ella—. Pero ¿no resulta muy difícil no llamar la atención en una sociedad tan compleja como la nuestra?

—Cada vez es peor—admitió él—. Pero... bueno, tengo la impresión de que los amos no entienden mucho a las personas. Saben qué botones tienen que apretar, nos dan comida, bebida, sexo y todo lo demás, pero no creo que entiendan cosas como leyes e impuestos y compañía. Probablemente, tampoco entienden de dinero, pues obviamente no les importa. Francamente, no creo que se preocupen. De alguna manera, parecen apartarse de la gente que tiene auténticas responsabilidades en el mundo.

Estaba disfrutando con esto. No había sabido cuántos pensamientos privados y cuántas reflexiones se habían acumulado en su mente; se escuchaba hablar y él era el primer sorprendido.

—Al menos no conozco a ninguno de los "poseídos" que detenten posiciones de auténtico poder. No hay políticos, ni jefes de grandes empresas, ni nadie así. Un médico, un psiquiatra, un músico, un par de hoteleros, una esteticista, un diseñador de modas, un jugador profesional... ¡Y yo, un aventurero!

Apuró el resto de la bebida y arrojó el vaso a la papelera; al caer éste no se rompió y rodó sobre la alfombra, vertiendo un último rastro de su contenido.

—¿Qué crees que sacan los amos de todo esto?

—No lo sé. Tal vez experiencias que solos no pueden asumir. Eso encajaría. Pienso en ellos, cuando lo hago, lo cual no sucede muy a menudo, como si fueran ángeles invisibles con deseos carnales. En el cielo no existe el matrimonio, ni te puedes emborrachar o hartarte de comer. Como el tipo de la gran ciudad que va de caza pretendiendo que es un bárbaro salvaje como sus antepasados, pero sabiendo que en casa le esperan un baño caliente, ropas limpias y una botella de vino.

Ella asintió, pensativa, aparentemente coincidiendo con sus razonamientos.

—Has dicho que son ángeles. Y ¿por qué no demonios? Sé que dijiste que no tiene nada que ver con todo eso, pero...

El la interrumpió.

—Sí, por supuesto, tienes razón. No sé cuánto tiempo lleva funcionando esto. ¿Miles de años? ¿Millones? Pero encaja. No entiendo mucho de estas cosas, pero recuerdo que leí algo de ese tipo, Marlowe, que mencionaste. Esto... ¿Fausto?

—Fausto.

—Supongo que sí. Bueno, quiso que el vino saliera de las mesas, y acostarse con Helena de Troya, y todo lo demás, y se parece bastante a la forma en que vivo, ¿no? Ella asintió.

—Así que antiguamente la gente podía pensar que habían vendido su alma a los poderes de la oscuridad, mientras que hoy en día eligen otras explicaciones alternativas.

—Exacto. Creo que a Ambrose, ¿recuerdas que te lo mencioné?, le gustaría creer que ha vendido su alma, pero es muy sensato. Como quiso convertirse en el mejor astrólogo del país, pidió y consiguió una computadora a gran escala. Las almas y las computadoras no parecen encajar demasiado.

Dudó un instante y la miró con curiosidad.

—Parece que te has calmado. ¿Todavía crees que lo he hecho?

—¿Hacer qué?

—Vender mi alma y la de Gorse, eso es lo que estabas diciendo hace unos minutos.

—Eso es lo que decía. Y, como acabas de demostrar, tenía razón.

—¡Yo no...!

—¡Tranquilízate! Tú mismo has dicho que antiguamente la gente podía interpretarlo así. El hecho de que la descripción cambie, no altera los hechos. El fuego sigue siendo fuego incluso aunque hoy en día sea el oxígeno y no el flogisto lo que lo hace arder.

—No te entiendo—dijo él, moviendo la cabeza lentamente.

—No importa—dijo ella levantándose—. El hecho continúa. Es el peor destino que podría desearle a nadie y, por nada del mundo lo querría para mi propia hija, aunque a veces la odie. Llévame con ella. Llévame a donde creas que pueda aparecer, si eso es lo mejor que puedes hacer. Quiero tener la oportunidad de salvarla de tu maldición.

—¡Deja de decir tonterías! ¡Ya te he dicho que está perfectamente! O lo estará, en cuanto se acostumbre. ¡Entonces vivirá mucho más que... que tú! ¿Qué edad crees que tengo? Antes dijiste que treinta y dos años, pues te equivocaste.

—Debes tener unos setenta o setenta y cinco años. Eras demasiado joven para combatir en la primera guerra mundial, y pasaste la infancia soñando con ser un héroe de las trincheras. Cuando empezó la segunda descubriste que no tenías madera de héroe porque no te lo permitían. ¡Eras demasiado precioso y delicado, como un perrito pequinés! Nunca habías hecho nada valiente hasta hoy, cuando empezaste a decirle la verdad a un extraño. ¿Bien?

Avanzó hacia él señalándole con el dedo. Él solamente pudo dar un paso atrás, incrédulo.

—¿Cómo... cómo?—pudo decir por fin.

—¡Pero hombre!, ¿cuándo fueron Deauville y Le Touquet los "lugares de moda"? Me fijó en los detalles, y eso me hace ser mejor escritora de que lo que puedo mostrar en esas malditas novelas románticas que escribo. Te dije que nunca las firmaba con mi nombre, ¿no?—Jadeaba intensamente—. No tenía ningún sentido que tuvieras la edad que aparentas. Entonces, ¿qué edad tendrías? ¿La misma que tendría el teniente Ransome?—Se metió la mano en el bolsillo, sacó el recorte y lo agitó ante él—. ¡Oh, no seguramente mucho más viejo! No de la época de las bombas volantes, sino de la Batalla de Inglaterra, lo que añade cuatro años. ¡Y aún más viejo! Seguro que para entonces ya tenías mucha más edad, ¿verdad?

—Sí, pero...—Tuvo que tragar saliva, dolorosamente—. Sí, pero ¿privarías a Gorse de la oportunidad de aparentar no sólo treinta y dos, sino diecinueve, dieciocho, diecisiete, los que quiera, cuando tenga setenta años? ¿La privarías del cuidado y la habilidad que pueden proporcionarle gente como Irma, Luke y Hermann? ¡No los conoces! ¡No sabes lo maravillosos que son cuando tienen la oportunidad...!

—¿Qué oportunidad?—cortó ella.

—Bueno, quiero decir que, obviamente, no pueden... No pueden hacer lo que hacen para todo el mundo, sino sólo para un reducido grupo, pero ahora Gorse está en el grupo y...

—Y en el infierno.

—¿Qué quieres decir?—dijo un paso hacia ella, cerrando los puños.

—¡Esto es el infierno, y tú estás en él!—le acusó ella, preparada para esquivarle si intentaba golpearla.

—¡No puedes probarlo!—rugió él.

—¿Por qué? ¿Porque no es verdad? ¡Creo que sí! ¿Qué sentiste al tener treinta y dos años, durante la guerra, Godwin?—Era la primera vez que le llamaba por su nombre—. ¿Y tener que inventar excusa tras excusa por no ser el héroe que soñabas cuando eras niño? ¿Tener que usar ese truco que llamas la flexión con todos los policías que te pedían tu carné de identidad y los militares que sospechaban que eras un desertor? ¿Y cómo ha sido desde entonces, siempre corriendo para quedarte en el mismo sitio, viendo pasar los conciertos de Billy Haley, los Beatles, los Rolling, Siouxsie y los Banshees, las discotecas, los casinos, los últimos restaurantes, las ropas de moda y los lugares de veraneo más modernos?

—¡Pero yo no...!—explotó él—. ¡No comprendes cómo funciona!

—¿Quieres decir que todo te lo hacen automáticamente?

—¡Sí, sí! ¡Cuando abro el armario, encuentro las ropas adecuadas! ¡Cada vez que me presto, me dicen lo que tengo que hacer!

—¡Pobre diablo!—exclamó ella suavemente—. Entonces es incluso peor de lo que pensaba. Ni siquiera puedes disfrutar lo poco que hay de divertido en este mundo enfermo. ¿Te importa lo que le sucede a otras personas? ¿Te preocupan los mendigos y los indigentes, los niños que nunca han tenido un trabajo y nunca lo tendrán, los perdidos, los solitarios y los locos?

—¡Yo fui uno de ellos, y no sabes cuánto me alegré de salir de allí!

—Sí, eso parece. Así debe ser como lo hacen. Tienen que llamar a gente que piensa que su vida es tan mala que desearían que alguien la controlara. No me extraña que no haya ningún político famoso ni hombres de negocios en tu círculo de amistades... Apuesto que tampoco hay escritores ni artistas

—Wilf Burgess...—empezó a decir Godwin.

—Un músico que prefiere vivir en el pasado y no crear un futuro. Todos de segunda mano. Eso es el infierno, la clase de vida que lleváis. Tiene que serlo; sin más amigos que los del grupo.

Se dio cuenta de que aún agitaba el recorte de periódico. Con un grave sentido del ritual, lo saco de su envoltorio de plástico.

—Ahora estoy segura de que, me ayudes o no, no puedo detenerme ante nada para salvar a mi hija.

—¡Espera!—chilló él, al advertir lo que iba a hacer.

Era como si desollaran parte de su interior. Pero ella se aparto de él, y, teatralmente, partió el papel en pedazos, hasta que éstos fueron demasiado pequeños para seguir haciéndolo. Entonces, dejó que los fragmentos cayeran al suelo y los pisó.

—Esto es exorcismo—dijo—. Me he librado de un fantasma que ha estado conmigo desde que tenía diez años. Ahora quiero hacer lo mismo por Dora, quiero salvarla de convertirse en un juguete de esos súper-seres que, de vez en cuando, quieren jugar a ser gente.

Como un acto reflejo, Godwin se arrodilló, recogió los trozos de papel e intentó reunirlos. Pero se dio cuenta de que no podía ni verlos, pues tenía los ojos empapados en lágrimas. Jadeaba dolorosamente, como si le hubieran dado un golpe en el plexo solar.

Los dejó caer y se puso en pie lentamente.

—Muy bien. Haré lo que me pides. Pero te advierto que no debes juzgar por la primera impresión. El sitio donde Gorse está viviendo no es como éste cuando ella no está presente. Es parecido a ...esto.

Desactivó la habitación, desafiante.

Cortinas rasgadas; la cama con los muelles rotos, la taza cubierta de suciedad y grasa; densas telas de araña en cada esquina; agujeros en la alfombra; el papel despegado de las paredes como lenguas que colgaran; el techo picado, la pintura carcomida, todo polvoriento, desgastado, sucio...

Ella lo observó con calma, sin sorprenderse.

—Lo siento por ti, God, cincuenta años en esta pocilga. Nunca fue tan malo para mí, ni siquiera cuando Dora era un bebé.

—¡Pero te equivocas!—exclamó él, lleno de furia—. ¡Esto no es real, es una fachada! ¡Es camuflaje! ¡Por si alguien entra cuando no estoy aquí!

Ella le miró a los ojos y sacudió la cabeza.

—No, esto es real. Es el resto lo que no lo es.

Caminó hacia la puerta, que se abrió. De abajo subía el inevitable sonido del televisor de la patrona. Las escaleras conducían a la entrada donde estaba la puerta delantera. Y, más allá, la calle mojada por la lluvia.

Confuso, él no pudo hacer otra cosa que seguirla. Cuando la sentó junto a él en el Urraco que les esperaba en el garaje, sintió una especie de placer salvaje. Una cosa así, sólida y palpable, no podía ser negada. El rugido del motor acariciaba sus oídos. Conectó a todo volumen una emisora de rock para no escuchar lo que su acompañante tenía que decir, y aceleró fieramente por las calles vacías en dirección a la casa de Bill.

Más o menos, la lluvia había cesado; los mendigos y los niños harapientos habían vuelto a la calle, como de costumbre, suplicando y maldiciendo a partes iguales. Los ignoró; si alguno se cruzaba en su camino, no reduciría la velocidad, pero haría que se apartaran de un salto.

¿Qué demonios le importaba a ella cómo llevaba su vida? ¡No era su hijo! Lo trataba como si... ¡No, más bien como si fuera su marido, o su amante, y compartiera la responsabilidad de Gorse! ¡Ella había hecho su propia elección, tenía edad suficiente para decidir por sí misma!

¿Acaso le di ácido a la chica? ¿Creé el mundo en el que se considera inteligente tratar con la droga?

Entonces, ¿por qué había sido tan franco con Bárbara? ¿Por qué, en nombre del cielo, había puesto en peligro su futuro por la oportunidad de hablarle tan abiertamente?

La miró de reojo y sintió un escalofrío.

Ella estaba sentada derecha, y todas las arrugas se habían borrado de su cara. Se había puesto la chaqueta y ahora el cuello alzado cubría su cuello y ocultaba las traicioneras huellas de la edad. Había abandonado la caperuza de plástico que llevaba puesta antes, y su bonito pelo rubio ondeaba suelto y despeinado.

Se parecía increíblemente a la versión infantil que él recordaba. Y, entonces, se dio cuenta.

¡Oh, Dios mío! Estoy enamorado de esta maldita mujer. Lo he estado siempre. No lo sabía, pero me esperaba, como una trampa. Estaba enamorado de ella incluso antes de saber que existía.

¡Y ni siquiera me gusta, la muy zorra!

¿Dónde había ido el día? Estaba oscuro, muy oscuro, como si fuera a estallar otra tormenta, inadecuada para esta estación del año. La mayoría de las farolas de la calle estaban apagadas, pero eso era normal; unas pocas, principalmente en las intersecciones, todavía brillaban y servían como guía. Él, demasiado distraído con sus pensamientos interiores, no tenía de qué preocuparse mientras las luces del coche iluminaran su recorrido.

Una mezcla de confusas resoluciones bullía en su mente.

Tal vez tiene razón. Tal vez he estado viviendo en un mundo de sueños. Bien, mierda, sé lo que he hecho, al menos en lo que respecta a la mayoría de la gente. ¡Pero, aun así, es mucho

mejor que morir en la calle con una botella de alcohol en la mano y pulgas y piojos en la ropa, y costra en el cuerpo, y vómito manchándome la camisa, y orín y mierda en los pantalones!

Su náusea se hizo física; tenía que pensar en otra cosa, o al menos intentarlo. De alguna forma, contra su voluntad, seguía un surco establecido.

¿ Vender mi alma ? ¡No creo en las malditas almas! Pero... ¡Oh, tal vez en eso tenga algo de razón! He dejado que todo me lo den hecho. Me pregunto si es demasiado tarde para intentar ser real de nuevo.

Las imágenes fluían de su subconsciente como un géiser.

Supongamos que soy el tipo que le salvó la vida. Supongamos que la encontré, me casé con ella en cuanto la cosa fue legal, cuando tuvo la edad que Gorse tiene ahora. ¿Habría cambiado algo?

No hubo respuesta.

Supongamos que hubiera tenido un ambiente diferente; supongamos que a los veinte años no hubiera sido ya un borracho y...

Recordar la forma en que se había acostumbrado al alcohol era demasiado vergonzosa. Tenía que pensar en otra cosa.

Supongamos que me hubiera quedado con Eunice, que me reclutó... ¿Por qué hace tanto tiempo que no pienso en ella? ¿Estará todavía por ahí? ¡No hay razón para que no esté! Después de todo, seguimos y seguimos y seguimos. Supongo que será cuestión de no sentirse demasiado relacionado. La gente como ella, como yo, está obligada a vivir en solitario. Si tuviéramos relaciones con el mundo cotidiano, podríamos no contestar a tiempo cuando se nos llama.

Advirtió el otro detalle sobre sus amigos que no le había dicho a Bárbara: no sólo ninguno de ellos era una persona de influencia real, ninguno tenía niños.

Un pensamiento tan amargo que resultó gracioso le cruzó por la mente. Tuvo que contener la risa mientras tomaba una curva. Al menos los amos no nos crían. Nos toman tal como somos. ¿Con qué propósito? Cuando Bárbara le había hecho una pregunta similar, su respuesta había sido relativamente adecuada. Pensaba en los amos como en seres de una esfera de existencia más refinada. donde los placeres del ser humano no estaban al alcance. ¿Seres del espacio exterior? ¿De algún planeta lejano? ¿Del futuro? Era absurdo preguntarlo. Ambrose habría dicho una cosa, Luke otra, Irma habría dicho tonterías sobre el plano astral...

En cualquier caso, no importaba. Si en esta época se les llamaba seres extraterrestres, eso no significaría más que cuando se les tomaba por diablos.

La llamada...

Se preguntó si la imagen que tenía del proceso sería la misma que tenían Bill o Wilf. Siempre se había visto a sí mismo como si fuera un perro: corriendo por una verde colina,

deleitado por los olores, las liebres corriendo, las vacas y los terneros, y, de repente, oír un silbido distante recordándole el deber.

La llamada.

Estaba bostezando con tanta fuerza que no podía mantener los ojos abiertos.

Precisamente en el momento en que el horror le atenazó, Bárbara desconectó la radio.

—No me dijiste que Dora se hubiera marchado de Londres —dijo.

¿Qué?

Luchó contra otro bostezo aún mayor por encontrar sentido al mundo. Delante de él no se extendía la carretera familiar que conducía a casa de Bill, ni siquiera una carretera en esa dirección, sino el ancho pavimento gris del Westway, elevado sobre el suelo como la torre de una iglesia, casi vacío de tráfico, como ocurría ahora casi siempre, y con el carril interior inutilizable a la espera de reparaciones, como había estado durante los últimos dos años.

Intentó chillar, pero apenas pudo dejar escapar un sollozo. De repente, le habían robado el control sobre su cuerpo, no zalameramente y durante el sueño como había ocurrido siempre antes, sino con una brusquedad directa que le aterró. Sin más aviso que la necesidad de bostezar, se encontró coexistiendo con...

¿Un ser?

¿Un personaje?

¿Una criatura?

Los conceptos que brotaban en su mente eran grises, translúcidos, bastos, como si el trono de su consciencia hubiera sido usurpado por algo entre una babosa gigantesca y un manojito de humo.

Y había otro matiz: distancia. Pero al principio no tuvo sentido.

Advirtió que el coche aceleraba más y más en la oscuridad. De un modo confuso, oyó gritos a su lado, y por el raballo del ojo divisó movimiento: las manos de Bárbara se clavaban en su brazo y, entonces, al comprobar que estaba más rígido que una piedra, se volvían hacia la manivela de la puerta. No se abriría; el coche tenía un sistema de seguridad que impedía que las puertas se abrieran hasta que el velocímetro marcara cero. Todo formaba parte del progreso humano.

A unos cien metros de distancia, en el próximo cruce, donde el tráfico que se dirigiera al sur tenía que girar a la izquierda, aparecieron unas extrañas luces. Había linternas rojas haciendo señales y un reflector enfocando una bandera británica que colgaba de un improvisado poste. Era un puesto de control fascista similar al que había visto en el East End, ¿hacia cuánto tiempo? Detenían los coches para asegurarse de que no viajaba en ellos nadie de color; si encontraban alguno, lo sacaban a rastras y le daban una paliza.

—¡Detente!—chilló Bárbara—. ¡Maldito loco, no podrás saltarte la barricada!

En cierta medida, le alivió saber que eso era lo que ella pensaba que estaba haciendo. Pero en ese mismo instante el concepto de distancia se le aclaró, y si hubiera podido, se habría golpeado la frente, sorprendido y molesto por su estupidez.

¡Distancia! ¡No en el espacio, sino en el tiempo! ¡Naturalmente! Debería haberlo adivinado hacía años. Desde el punto de vista de un perro, ¿no parecería un ser humano inmortal? Apenas cambiando mientras su mascota pasaba de ser un cachorrillo a adulto y a viejo, y otros cachorros llegaban para tomar el sitio de sus padres.

¿Y qué sensación sería más fascinante para el dueño de un hombre con el que tuviera la misma relación?

Obviamente, acciones de autodestrucción. Drogadicciones. Borracheras. El estrés de vivir al límite de los reflejos, la boca seca, el estómago tenso, las palmas de las manos húmedas, con el corazón latiendo como un martillo enloquecido. Largas horas e interminables madrugadas en el emporio de una gran ciudad. Más acciones de extraño significado privado implicando a más de un participante. ¿Cuánto le importaría a un inmortal el placer del acto reproductor? Pero bien podría sentir curiosidad...

En un segundo todo se aclaró para Godwin, y junto con eso, un conocimiento todavía más terrible.

Después de haber ofrecido toda la gama de sentimientos de los que era capaz, siempre tendría que quedar otra experiencia, necesariamente fascinante, para seres inmortales.

La muerte.

Y sería la muerte la que, idealmente, completaría el conocimiento de lo que sucedía.

Su pie derecho se estampó, no, fue estampado, con tanta fuerza en el acelerador del Urraco que sintió que un tendón se le rompía.

El coche se abalanzó como un león a punto de dar un zarpazo.

38

Hasta que fue demasiado tarde, el grupo de hombres situados en la encrucijada asumió que, al igual que todos los otros vehículos, éste se pararía justo bajo la boca de sus pistolas, o que tal vez daría la vuelta y correría en sentido contrario, dándoles la oportunidad de jugar a perseguirlo.

Cuando fue demasiado tarde, gritaron y trataron de hacerse a un lado, pero el coche se precipitó sobre ellos a ciento setenta kilómetros por hora, segando el mástil como un hacha gigantesca, matando a nueve de ellos al embestirlos y convirtiendo sus cuerpos en lubricante para su deslizamiento final. Entonces, dio tres vueltas de campana y se detuvo al estrellarse contra la barrera que dividía las líneas del tráfico. Empezó a arder.

No había dolor, a pesar de que su cuerpo estaba aplastado y torcido y que sabía que nunca podría volver a respirar porque sus pulmones estaban ya demasiado llenos de sangre. Tenía la impresión de que estaba siendo succionado—chupado—por la criatura que le poseía.

Las llamas eran iguales que las del escenario de la segunda guerra mundial. Le mostraron la cara de Bárbara doblada en un ángulo imposible sobre su cuello, pero limpia de heridas, a excepción de un hilillo de sangre en la comisura de los labios. Su expresión era de total calma, y las marcas de la edad habían desaparecido de ella. Se parecía tanto a la niña de diez años que había rescatado que, por un momento, creyó que era ella, y se preguntó por qué no podía llevarla a un lugar donde estuviera a salvo.

Había ruidos: gritos, chillidos, quejidos, maldiciones y el rugir del fuego.

No importaba. Como tampoco importaba el hecho de que estuviera muriendo. Tal vez la muerte de Bárbara sí importara pero no a él; ¿por qué debería importarle? Había visto lo que había hecho con su vida, y por eso Godwin se despreciaba. Había buenas razones para terminar. De una manera remota, desapasionada, se alegraba.

Hubo un momento de duda. Entonces, sintió la gran presencia amorfa salir de él, dejando tras de sí una sensación de decepción y otro resto de su presencia que era sucio como un escupitajo.

Sintió el dolor.

Entonces, por fin, pudo cerrar los ojos. Con la última consciencia que quedaba en su destrozado cerebro, se preguntó qué pasaría ahora con Gorse.

Y no supo, ahora que tenía toda la vida por delante, si sentir lástima por ella o envidiarla.

FIN